

1
9
5
8

REVISTA DE PSICOLOGIA

1
9
9
8



REVISTA DE PSICOLOGIA

ARNALDO CANO Y LOS INICIOS DE LA PSICOLOGÍA
PROFESIONAL EN EL PERU

Ramón León

Volumen Extraordinario 1998

con motivo de los 40 años de creación de la Especialidad de
Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento de Humanidades
Sección de Psicología

REVISTA DE PSICOLOGIA

Volumen Extraordinario 1998

Directora Cecilia Thorne

Comité Ejecutivo Sheyla Blumen, Roberto Criado, Marcia de la Flor, Dora Herrera, Roberto Lerner, Matilde Ráez, María Ragúz

Comité Editorial Víctor Amorós (Universidad Nacional Mayor de San Marcos), Victoria Arévalo (Pontificia Universidad Católica del Perú), Robert Bechtel (Universidad de Arizona, EE.UU.), Germán Berrios (Universidad de Cambridge, Inglaterra), María Bustamante (IPSIADDES, Lima), Clifton Chadwick (Chile), Rocío Fernández Ballesteros (Universidad Autónoma de Madrid, España), Marta Martina Casullo (Universidad de Buenos Aires, Argentina), Raúl González (Universidad Nacional Mayor de San Marcos), Fernando Jiménez Gómez (Universidad Salamanca, España), Federico León (IPSIADDES, Lima), Ramón León (Universidad Ricardo Palma), Alegría Majluf (Universidad Cayetano Heredia), Gerardo Marín (Universidad de California, EE.UU.), Jacques Mehler (CNRS, Francia), Aníbal Meza (Universidad Cayetano Heredia), Franz Mönks (Universidad Católica de Nimega, Holanda), Manolere Moscoso (Universidad de South Florida, Tampa), Luis Oblitas (Universidad Intercontinental, México), Alfonso Orantes (Universidad Central de Venezuela), Ernesto Pollitt (Universidad de California, EE.UU.), Eulogio Romero (Universidad de Miami, EE.UU.), Burkhardt Schade (Universidad de Dortmund, Alemania), Harold Stevenson (Universidad de Michigan, EE.UU.), Orlando Villegas (Universidad de Wayne, EE.UU.).

Suscripciones

La Revista de Psicología aparece dos veces al año. Las tarifas de suscripción pueden verse en la última página de la revista.

El contenido de los artículos publicados en *La Revista de Psicología* es responsabilidad exclusiva de sus autores.

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial, 1998
Derechos reservados
ISSN 0254-9247

Revista de Psicología de la PUCP. Volumen Extraordinario, 1998.

**ARNALDO CANO Y LOS INICIOS DE LA PSICOLOGÍA
PROFESIONAL EN EL PERU**

Ramón León

Volumen Extraordinario 1998

**con motivo de los 40 años de creación de la Especialidad de
Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú**

PRÓLOGO

Los psicólogos peruanos no se han interesado por recoger y sistematizar información acerca de los inicios de la especialidad en nuestro medio, salvo honrosas excepciones, como Reynaldo Alarcón o Ramón León.

Quizás, esto se deba a que en la formación del psicólogo se ha tenido un énfasis más bien profesional, dando poco peso a la investigación y a las publicaciones. Otra explicación la podemos encontrar en el hecho que hay una tendencia a valorar mucho a los investigadores y profesionales de otros países, restando valor a los estudiosos peruanos. En muchos cursos que se dictan en las facultades de psicología se enseña poco o nada acerca de los psicólogos peruanos y su obra.

La *Revista de Psicología* recoge en estas páginas *Arnaldo Cano y los inicios de la psicología profesional en el Perú*, un trabajo de muy alto nivel realizado por Ramón León, infatigable estudioso e investigador. León dedica este estudio a la figura del insigne y distinguido psiquiatra Arnaldo Cano, quien tuviera un papel central en el inicio de la psicología en el Perú y, en particular, en la Pontificia Universidad Católica del Perú, en la cual fue coordinador de estudios de la especialidad.

León ha recurrido a todas las fuentes escritas posibles, como publicaciones y archivos, información que ha completado con fuentes orales con el afán de reunir los elementos necesarios para brindar una imagen lo más completa posible del Dr. Arnaldo Cano y de su labor en el área de la

psicología. Ha recopilado datos de una manera minuciosa y sistemática a través de colegas, discípulos y exalumnos, amigos y familiares, que le han permitido lograr un perfil bastante completo de la figura del Dr. Cano, que nos presenta en esta publicación.

Este año la Especialidad de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú celebra 40 años de fundada y el Comité Ejecutivo de la Revista consideró propicio acoger el interesante trabajo del Dr. Ramón León, productivo colaborador nuestro y miembro del Comité Editorial. Hasta la fecha no contábamos con una visión de conjunto, por escrito, de cómo se fundó la especialidad, y menos aún de una de las personas que tuvo mayor importancia en su creación.

A través de estas páginas el lector podrá conocer aspectos de la vida y la obra del Dr. Arnaldo Cano, así como el rol significativo que jugó en la constitución de la psicología como profesión en el Perú.

Cecilia Thorne
Directora

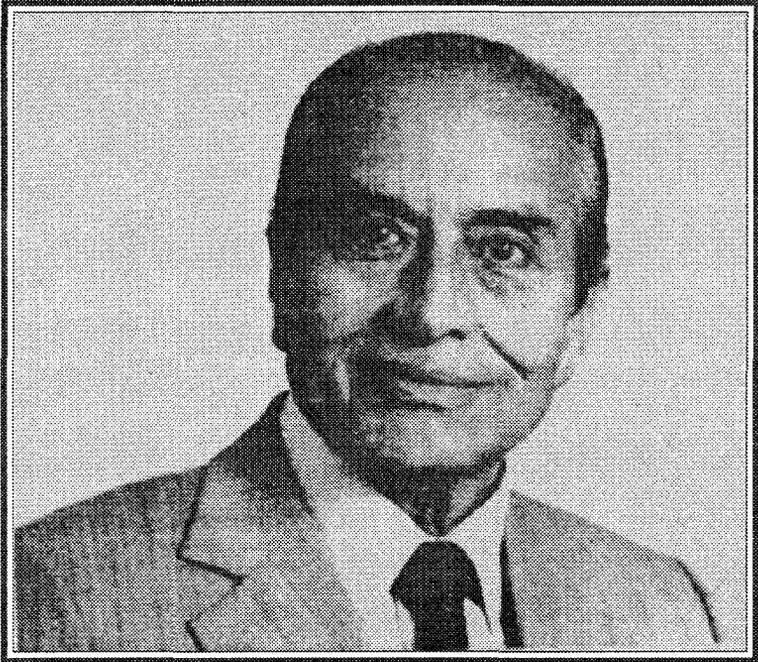
REVISTA DE PSICOLOGÍA

ARNALDO CANO Y LOS INICIOS DE LA PSICOLOGÍA PROFESIONAL EN EL PERU

Ramón León

CONTENIDO

Prólogo (Cecilia Thorne)	3
A modo de justificación	9
Los antecedentes	19
Arnaldo Cano y la psicología	30
Arnaldo Cano y la psicología en la Pontificia Universidad Católica	36
Arnaldo Cano y la psicología en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega	44
Arnaldo Cano, el Centro de Estudios de Población y Desarrollo y el Instituto Peruano de Seguridad Social	51
Arnaldo Cano, lector y escritor	54
Arnaldo Cano y su concepción del psicólogo	61
Arnaldo Cano y la psicología gerontológica	66
El fin	72
Reflexiones acerca de Arnaldo Cano y su aporte a la psicología	75
Referencias	85



Arnaldo Cano Jáuregui
(1919-1987)

A modo de justificación

La historia de la psicología en el Perú espera todavía el análisis detenido, crítico y lúcido, que ella amerita. Cuando éste se emprenda y empecemos a descorrer algunos de los pesados velos que se extienden sobre prolongados períodos y complejas circunstancias en la evolución de la psicología en nuestro país, muchas personas hoy no recordadas –o, peor aún, sencilla y llanamente ignoradas– pasarán a ocupar el sitio que por mérito propio les corresponde. Una de ellas será Arnaldo Cano Jáuregui.

Para los psicólogos peruanos jóvenes así como para la gran mayoría de estudiantes de psicología el nombre de Arnaldo Cano es desconocido. Ya lo era en realidad para muchos al momento de su inesperado fallecimiento, en agosto de 1987. Este desconocimiento, casi el olvido de su nombre, tiene dos causas. Una es el escaso interés y, por tanto, el limitado saber que los psicólogos peruanos tenemos acerca de la historia de nuestra ciencia en estas tierras; saber fragmentario, plagado de déficits, de naturaleza carencial.

La otra causa debemos buscarla en las características de la personalidad del propio Cano. Hombre ajeno a la figuración y a la propaganda, sencillo, daba la impresión de ser una persona que quería pasar desapercibida. La modestia acompañada de un porte digno: eso era quizás lo más característico en él. Como lo era también la cualidad señalada por Guardini (1974; p. 119), de “dejar valer al otro tal como es”. Quienes tuvimos la oportunidad de frecuentarlo en reuniones públicas y también en algunas privadas lo recordamos como una persona afable, de tono de voz más bien bajo, dicción clara y pausada, modales serenos y un lenguaje pulcro, en el cual estaban ausentes los adjetivos extremos y las expresiones rotundas, tan habituales en muchos de nosotros.

Explicable por ello que pasara desapercibido. No era de las personas que llaman la atención o que buscan concitarla en torno a sí; y, además, estaba desposeído de ese conjunto informe de manías, originalidades, excentricidades y hasta desembozadas locuras que el anecdotario popular suele atribuir –no siempre sin razón– a los que ejercen, con mayor o menor fortuna, la psiquiatría o la psicología.

Pero, ya lo sabemos, muchas veces las apariencias engañan. Porque, a pesar de su exterior reservado y de su escasa proclividad al discurso y la actuación egocéntricos, Arnaldo Cano fue una figura destacada y de rol dirigente en los períodos iniciales de la psicología profesional en el Perú.

Formado como médico en la Facultad de San Fernando de la cuatricentaria Universidad de San Marcos y especializado en psiquiatría al lado de Honorio Delgado, Cano era además, o quizás mejor (y sin detrimento de sus cualidades profesionales como psiquiatra), por encima de todo, un psicólogo que no pudo optar el título de tal porque en la época en la cual se formó era imposible hacerlo en el Perú. Por esta razón tuvo que enrumbar por los caminos más cercanos a la psicología: la psiquiatría en primer lugar; pero también por la reflexión filosófica y el interés sostenido por la literatura.

Cano siguió dentro de estos rumbos su propia vía y –en la imposibilidad de estudiar de modo sistemático la psicología y de vivir la experiencia imprescindible del discipulado, en la que invariablemente se forma el profesional– se adueñó *motu proprio* del conocimiento psicológico, elaborando con calma su psicología, su concepción propia del hombre y su misión.

Ciertamente todos, profesionales de la psicología o de cualquier otra área del saber, somos en alguna medida psicólogos, como también somos biólogos, físicos, zoólogos, sociólogos y hasta médicos. Pero, claro, en tanto que sabemos que “nuestra” biología y “nuestra” medicina tienen valor sólo para el propio consumo y no resisten el examen del especialista, en lo que concierne a la psicología estamos plenamente convencidos de que la “nues-

tra” (esto es, nuestro modo personal de entender al género humano en sus grandezas y en sus debilidades) es no sólo la más lúcida sino la única correcta.

Cano debió tener también “su” psicología; su modo íntimo de entender al ser humano, de contemplarlo de modo crítico y a la vez comprensivo, resultado de las experiencias acumuladas a lo largo de su vida y de su ejercicio profesional. Poco sabemos de esto porque es poco lo que él nos ha dejado en letras de imprenta. Pero, al lado de lo que debió ser “su” psicología, hubo algo más. Y eso fue su acción, su trabajo en el campo de esta ciencia.

Es así como en él la vocación psicológica compitió con la de médico y finalmente se vertebró con ésta en un aporte de significado para la psicología en nuestro país, contribuyendo a diseñar el perfil profesional del psicólogo entre nosotros. Es decir, haciendo obra, que es la meta a la que apunta el esfuerzo vocacional, y confirmando con ello la hermosa frase del francés René Le Senne referida a la vocación: “la vocación no adapta a la naturaleza; es por el contrario un movimiento hacia aquello que la naturaleza no es todavía” (1973; p. 592).

Desde muy temprano en su carrera encontramos a Arnaldo Cano vinculado al trabajo psicológico, al frente de la Sección Psicotécnica del antiguo Centro de Instrucción Militar del Perú (CIMP), después conocido como Centros Académicos del Ejército, en Chorrillos. Y también registramos su actuación en la etapa auroral de la formación de los psicólogos en nuestro medio, primero en la Pontificia Universidad Católica del Perú; y, después, en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega.

Fue esto un empeño por la psicología en el cual perseveró por aproximadamente veinte años. Un empeño tal vez incomprendido en su momento y que demandó gran cantidad de energía y de tolerancia a la frustración y a la incertidumbre, pero que ha dejado numerosos frutos. Aún mucho tiempo después de su retiro, la Sección Psicotécnica del antiguo CIMP ha seguido cumpliendo una labor importante, cuya expresión más visible es el temido examen de aptitud psicotécnica a los postulantes a la Escuela

de Oficiales del Ejército Peruano, pero que también se pone de manifiesto –de un modo menos dramático, dada su frecuencia cotidiana– en el asesoramiento psicológico a los futuros oficiales a lo largo de toda su etapa formativa.

Allí están, de otro lado, las especialidades de Psicología de las dos universidades previamente mencionadas, de las cuales han egresado numerosos profesionales, algunos de reconocido prestigio nacional e internacional.

Por último, tenemos sus trabajos, publicados tanto en revistas especializadas como en periódicos. Material desperdigado, que exige búsqueda. Parvo, es verdad, si se lo compara con la producción intelectual de otros cultores de su especialidad, pero que evidencia claramente el interés por la psicología así como la preocupación por diversos aspectos de ella; y, en los escritos de las postrimerías de su existencia, la reflexión lúcida acerca de un área de la cual Cano fue precursor en nuestro medio: la psicología gerontológica.

Pero si Arnaldo Cano no escribió en abundancia, él –como todos nosotros– interactuó con muchas personas. Lo hizo por imperativo inherente a la condición humana. Lo hizo, también, por “deber de función”, en su calidad de médico-psiquiatra; de especialista en la disciplina de las relaciones interpersonales, como entendía a la psiquiatría Harry Stack Sullivan (1964). Lo hizo, por último, siguiendo el llamado del afecto que lo unió a su familia, a sus amigos, a sus colegas cercanos, a sus compañeros de trabajo, a sus alumnos de psiquiatría y psicología.

Fue en esa vinculación viva, que no se cumple a través de la hoja de papel y del tipo de imprenta sino en la inconmensurable e impredecible arena de las relaciones interpersonales, como Cano ejerció su magisterio. Al igual que tantas otras figuras destacadas de la psiquiatría y de la psicología peruanas (Mariátegui, 1990), él fue sobre todo un maestro oral, que instruyó, enseñó y educó en el trato, con la compañía y la palabra hablada. Su didáctica preferida fue la del diálogo –cordial, meditado,

siempre de alto nivel, con la presencia esporádica de una fina ironía— y el silencio.

La figura de Arnaldo Cano, su ejemplo, sus enseñanzas, han quedado grabadas en el espíritu de todos los que fuimos sus alumnos y sus amigos. Lo seguimos recordando; lo seguimos extrañando. Es ese recuerdo el que nos ha llevado a publicar el presente trabajo, cuyo propósito es evocarlo, como también dar a conocer a las nuevas generaciones de psicólogos peruanos, la obra, la acción, el aporte institucional e intelectual de quien fuera uno de los pioneros de la psicología profesional en el Perú.

Sin embargo, no sólo lo afectivo nos ha movido. Hay algo más, y eso es la necesidad de adentrarnos en el pasado del saber y la profesión que cultivamos y ejercemos. Una necesidad que en modo alguno resulta de proclividades a la nostalgia sino que, al contrario, se justifica y crece en lo que ocurre hoy, hoy mismo, en la psicología entre nosotros.

La psicología que hoy se practica, se enseña y se desarrolla en el Perú, ofrece un panorama de variados matices. En su interior se perciben con facilidad diferencias de orientación doctrinaria, de énfasis en el área de especialización, y también (lamentablemente) de calidad en el ejercicio profesional y en el discurso académico.

Es un panorama inquietante para todos los que lo observamos, más aún si formamos parte de él. Un panorama que despierta mil preguntas y mil temores: ¿hacia dónde va la psicología en nuestro país? ¿qué debemos hacer los psicólogos para elevar la calidad de la psicología como ciencia y como profesión? ¿cómo establecer mecanismos adecuados de selección y parámetros apropiados de calidad? Estas son sólo algunas de esas preguntas.

Por lo general, se responde a ellas pensando en la evolución de nuestro saber en los países líderes en él: Estados Unidos, Alemania, Inglaterra. Leemos y estudiamos en los libros que nos llegan de esos países; seleccionamos nuestros temas de investigación en base a lo que los psicólogos hacen allá. Muchas veces los imitamos. Y no es necesariamente malo que

esto ocurra. En ocasiones la imitación puede inclusive ser recomendable. Pero debemos reconocer que por varias razones (falta de información, carencias formativas, aceptación acrítica de teorías y enfoques) nuestra imitación no siempre es la mejor.

No es, sin embargo, vía la imitación como se configuran los destinos personales y grupales. No es a través de la repetición o del calco que cada uno de nosotros se encuentra con lo esencial que hay en él. La imitación es a lo sumo el primer paso; de ninguna manera el definitivo.

Tal vez haya otro modo de responder a las preguntas antes formuladas. Tal vez mirando al pasado podamos reconocer en él algunas constantes, algunas particularidades de ayer, de hoy y de siempre, que precisamente por estar allí, siempre, al alcance de nuestros ojos, no son reconocidas con claridad y valoradas con propiedad. Constantes que se derivan de nuestra saga como pueblo y como seres humanos. Constantes que son el resultado de nuestros errores o de nuestros aciertos; y que, por lo tanto, deben ser conservadas, promocionadas, o, por el contrario, desterradas.

La historia –también la historia de la psicología, y, por supuesto, la de la psicología en el Perú– es precisamente eso: la búsqueda interminable, nerviosa y lúcida, de claves y constantes. No de todas: muchas se han perdido definitivamente y otras están tan enraizadas en nuestro espíritu y en nuestra existencia cotidiana que sólo algo casi como una vivisección podría evidenciarlas.

Ya que es imposible reconocerlas todas, estudiemos al menos algunas claves, algunas constantes. Eso busca la historia: procesos de corta y larga duración, ocasiones y omisiones; errores y aciertos; protagonistas y personajes de reparto; trama y caos; acciones meditadas y casualidades. Esa es la materia prima de la historia. Materia prima que es utilizada por ella para echar luces sobre el aquí y el ahora, a fin de entenderlo.

Arnaldo Cano fue un protagonista de la psicología profesional en sus años iniciales en nuestro país. Por eso también lo estudiamos. Y al estudiar su trabajo, su acción, sus ideas, sus planteamientos, no sólo queremos

recordarlo como ser humano; asimismo pretendemos reconocer tendencias originales, decisiones y proposiciones que de un modo u otro han determinado la evolución de la psicología como profesión en nuestro país.

La Pontificia Universidad Católica del Perú creó la especialidad de Psicología en 1958. Algunos años antes lo había hecho la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Hasta mediados de los años sesenta ambas casas de estudio fueron las únicas que ofrecían la posibilidad de formarse como psicólogo profesional en el país.

Años difíciles los del inicio, nos podemos imaginar. Difíciles para las especialidades en ambas instituciones; pero también para las personas que habían optado por ellas.

Un psicólogo en la sociedad peruana (o, para ser más precisos, en la sociedad limeña) de fines de los cincuenta y de inicios de los sesenta: un personaje singular. Alguien al que en reuniones sociales se miraba con una mezcla de interés un poco doméstico, una pizca de inhibición y otra de sospecha, en la creencia de que sus poderes de observación (“la mirada del psicólogo”) podían conocer e intuir todo en el interlocutor. Un personaje por momentos inmerso en una atmósfera casi pirandelliana, que iba no a la búsqueda de su creador (como en *Sei personaggi in cerca d'autore*) sino que estaba obligado a ensayar alguna respuesta inteligente cada vez que alguien le espetaba la temida y consabida pregunta: ¿me está usted estudiando?

Un psicólogo en la sociedad limeña de aquel entonces: tal vez la causa de algún desencuentro familiar. Dos conocidos colegas provenientes de familias de prestigiosos juristas nos describieron, no hace mucho, la reacción de sus padres al enterarse de que ellos querían estudiar Psicología y no Derecho: del desconcierto a la indignación; del ruego de repensar lo decidido, al mutismo total como señal de decepción.

Las cosas han cambiado. Lo sucedido en la Especialidad de Psicología de la Universidad Católica es un buen ejemplo. Sin abandonar la perspectiva clínica (en la que influyó Cano), la especialidad se ha abierto en sus 40 años de existencia a la psicología educacional, social y laboral. Sin

descuidar el entrenamiento en habilidades profesionales, se ha impulsado también la investigación y los psicólogos egresados de esa casa de estudios han contribuido, con su labor profesional, con su trabajo investigador, con su presencia en los medios de comunicación, a dar una imagen académica a la psicología en el Perú.

Dado que existe muy poco material escrito acerca de los años iniciales de la especialidad en la Universidad Católica hemos recurrido al testimonio de varios protagonistas de la psicología de aquellos años, sea profesores de ese entonces (como por ejemplo José Sánchez García) o alumnos hoy convertidos en profesionales. Es decir, hemos hecho empleo de fuentes orales que, como lo señala Ingham (1988), ofrecen la posibilidad de adquirir conocimientos allí donde –como en el caso de la psiquiatría y psicología peruanas– hay poca información escrita.

Pero, además, las entrevistas y el testimonio oral ofrecen acceso a la dimensión afectiva que no puede faltar en cualquier historia. En el prólogo a su *Historia de nuestro tiempo*, Silva Santisteban plasma conceptos que queremos hacer nuestros: “la historia oral, surgida de los labios de las personas que han vivido los hechos es, además de historia, testimonio cálido de vivencias”. Y es que “la prueba de la historia escrita está en el documento”, mientras que la de la oral “radica en la experiencia vivida, en la que se sobreponen emoción, sentimientos, ideales, recuerdos y en los que aflora espontáneamente la subjetividad del narrador” (1995; p. 15).

José Sánchez García, caracterizado docente de la Sección de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú en los años cincuenta y sesenta, compartió con nosotros, con su sentido del humor, finas observaciones y claros recuerdos, sus impresiones de los primeros tiempos de la especialidad de esa casa de estudios. Al lado de sus vivencias y remembranzas como docente, Sánchez nos transmitió sus diferenciadas percepciones de Cano y Caravedo, la otra figura central en la empresa de forjar y sacar adelante Psicología como especialidad autónoma en la PUCP.

Elsa Felipa Rojas, distinguida psiquiatra, evocó en amable diálogo, sus días de estudiante de medicina y de médica recién graduada, en los que

Arnaldo Cano tuvo –según sus propias palabras– una gran influencia. El trabajo en el Hospital Carrión, de cuyo Servicio de Psiquiatría –fundado por Cano– la doctora Felipa sería Jefa por aproximadamente tres décadas; y las reuniones en casa de él con motivos familiares o para discutir aspectos del Servicio, así como la labor en la Escuela de Enfermeras del Carrión, fueron reconstruidos por la Doctora Felipa.

Max Silva y Rosario Panéz de Silva, amigos del matrimonio conformado por Arnaldo Cano y Ana María Cabello, ofrecieron una imagen de Cano basada en los recuerdos de tardes y mañanas de reunión amical, así como en la actividad docente que ellos desarrollaron al lado suyo tanto en la Católica como en Garcilaso.

Ana María Cabello, psicóloga que estudió en la Pontificia Universidad Católica entre 1957 y 1962 y que fue la segunda esposa de Arnaldo Cano, accedió a una entrevista que giró fundamentalmente sobre los aspectos profesionales, pero que, como no podía ser de otro modo, estuvo matizada y enriquecida por experiencias personales, impresiones singulares, opiniones y conclusiones surgidas y establecidas al calor de la vida en común de ambos.

Raquel Arciniega y Leonardo Higuera, los dos psicólogos de la primera promoción de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú, tuvieron la amabilidad de recibirnos en sus respectivos domicilios para reconstruir la vida, la atmósfera, las ilusiones, preguntas e incertidumbres de sus años de estudiantes de una especialidad que recién surgía.

Ethel Bazán, médico y discípulo de Cano, nos proporcionó una apreciación de él como psiquiatra gracias a sus recuerdos de los años de estudiante, pero también de las preocupaciones profesionales y personales suyas en los últimos años de su vida.

Pierina Liberti, querida amiga y distinguida psicóloga de la Pontificia Universidad Católica del Perú, conversó con nosotros acerca de sus años formativos, relatándonos recuerdos, anécdotas y apreciaciones de gran valor para nuestro trabajo.

En su consultorio de Saco Oliveros, Manuel Zambrano, conocido psiquiatra, nos transmitió algunas de sus impresiones acerca de Cano. Sus años iniciales como médico y su posterior retorno a Lima, tras cumplir labores docentes en la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Trujillo, fueron decisivamente influidos por la presencia y el apoyo de Cano, como nos lo relató Zambrano, quien además perfiló una articulada imagen de él como clínico.

Por su parte, Francisco Miró Quesada Cantuarias, figura de primer orden de la cultura peruana, tuvo la amabilidad de concedernos una entrevista en medio de sus múltiples actividades en *El Comercio*, para conversar con nosotros acerca de la amistad que lo unió a Arnaldo Cano. Estudiantes ambos en el Colegio Italiano, Miró Quesada y Cano establecieron desde sus años en esa institución una amistad que duraría toda la vida y que Miró Quesada considera como fundamental para él.

A todos ellos queremos expresarles nuestro agradecimiento por la amabilidad con la cual aceptaron la solicitud de entrevistarlos; por su interés y por su paciencia ante cada una de nuestras preguntas. En fin, por el tiempo que pusieron a nuestra disposición. Hay todavía otras personas que deben ser mencionadas.

Sin la colaboración del psicólogo Américo Bibolini Trucíos, amigo nuestro y yerno del Dr. Cano; y de su esposa Elena Cano de Bibolini, este trabajo no habría podido llevarse a cabo. Ellos pusieron a nuestra disposición numeroso material de los archivos personales de Arnaldo Cano. Ese material fue ordenado para nosotros por la psicóloga Daniella Bibolini Cano, nieta del protagonista de este estudio.

Nuestro alumno, hoy nuestro colega, y siempre nuestro querido amigo e incansable colaborador, el Licenciado Alfredo Zambrano Mora, nos ayudó a poner en orden textos, citas, párrafos y referencias, demostrando una vez más insuperables habilidades para descifrar nuestra desafiante caligrafía y nuestro intimidante y enmarañado estilo.

Finalmente, Cecilia Thorne, Directora de la *Revista de Psicología* de la Pontificia Universidad Católica del Perú y querida amiga, acogió con entusiasmo la idea del trabajo y decidió su publicación en la serie de volúmenes extraordinarios de la *Revista*.

A ellos también nuestra permanente gratitud.

Arnaldo Cano y los inicios de la psicología profesional en el Perú no pretende ser una biografía. En realidad la mayoría de las aristas de la personalidad de Cano y de su labor profesional como psiquiatra han sido observadas y tratadas de modo somero, pues el propósito del trabajo estuvo dirigido a indagar en el aporte suyo a la constitución de la psicología como profesión entre nosotros.

Si el lector percibe las dificultades, vicisitudes y problemas de la especialidad en sus primeros años en nuestro país, este trabajo habrá logrado su objetivo,

Los antecedentes

“La psicología como estudio metódico y observacional comenzó con la aplicación de métodos, principalmente experimentales, derivados en gran medida de la fisiología y dirigidos a problemas derivados en gran medida de la filosofía” escribe W. M. O’Neil en *Los orígenes de la psicología moderna* (1975; p. 9). Fueron en efecto médicos especializados en fisiología los que impulsaron el desarrollo de la ciencia psicológica en el escenario de su surgimiento, Alemania. Ernst H. Weber (1795-1878), Gustav Theodor Fechner (1801-1887), Hermann von Helmholtz (1821-1894), Ewald Hering (1834-1918), Rudolf Lotze (1817-1881), Johannes Müller (1801-1858), Wilhelm Wundt (1832-1920): todos orientaron su interés no hacia la práctica privada o al trabajo de investigación en medicina, sino hacia la fisiología. Una vez internados en ella, enrumbaron en dirección al fascinante –y en ese entonces tanto como hoy, poco conocido– mundo de las relaciones entre el cuerpo y el psiquismo.

Debió ser una decisión riesgosa y no precisamente de aquellas que auguraban muchos éxitos, pero que con el paso de los años se reveló afortunada para las carreras académicas de todos los científicos mencionados, y trascendente para el destino de la psicología¹.

En el Perú ocurrió algo parecido, si bien los médicos que contribuyeron al desarrollo de la psicología no lo hicieron a partir de su interés por la fisiología, sino más bien desde el campo de la psiquiatría.

Es comprensible que esto sucediera así. La fisiología, “la reina de las ciencias médicas” como la califica Bynum (1986), requiere de ingentes inversiones y de amplias y costosas instalaciones si se quiere hacer activo trabajo de investigación; inversiones e instalaciones ni ayer ni hoy frecuentes o fáciles de lograr en nuestro país. Por el contrario, la psiquiatría fue en sus comienzos –también entre nosotros– una disciplina de escaso lustre y mucho menos exigente en cuanto a los requerimientos materiales que su desarrollo demandaba. Su “escenario natural” era el hospital de enfermos mentales y, en el mejor de los casos, el consultorio de la práctica privada; sus herramientas, aparte del instrumental médico común a todas las especialidades (y hasta antes de la revolución farmacológica y de los dramáticos avances en el dominio de la psicoterapia), una que otra invención destinada a lograr que pacientes agitados se tranquilizaran².

-
1. La gran influencia de la fisiología en la época de constitución de la psicología es resumida en los siguientes términos por Turner (1982):
“La nueva psicología tomó prestado mucho de la fisiología sensorial durante los cruciales años de su establecimiento institucional, entre 1870 y 1895. Tomó prestado de la fisiología los métodos experimentales necesarios para llevar a cabo un programa de investigaciones y dar forma a las técnicas de la psicofísica; el cuerpo de hechos y experiencias necesario para apoyar sus actividades de enseñanza y de certificación; mucho del prestigio de la bien establecida y poderosa ciencia alemana; y el programa metodológico necesario para diferenciarse y elevarse de su disciplina madre, la filosofía, y de la vieja tradición psicológica enraizada en ella” (p. 151).
 2. Refiriéndose a la psiquiatría alemana hacia 1900, Hannah S. Decker escribe lo siguiente: “los métodos de tratamiento eran pocos y no particularmente efectivos: humanizar el cuidado de los pacientes internados; algunos medicamentos; baños; pequeñas dosis de shocks eléctricos (no se trataba de la moderna terapia de electroshock); y la famosa “cura de descanso”, de S. Weir Mitchell –aislamiento temporal y completo del paciente y absoluto silencio” (Decker, 1977; p. 63). Por su parte, Freeman (1987) señala: “en los años treinta tres grandes tratamientos fueron introducidos: terapia electroconvulsiva; hipoglucemia insulínica y lobotomía pre-frontal. Cincuenta

Además, en tanto que la fisiología exige —a tiempo completo— trabajo de laboratorio, generalmente cumplido en el ambiente universitario o en el centro de investigación (Pickstone 1990), la psiquiatría como área de estudio es perfectamente compatible con el trabajo asistencial, tanto en el marco de instituciones como en el ámbito de la consulta particular.

Pero hay todavía una razón adicional, y de mucho peso. A diferencia de la fisiología, la psiquiatría comparte con la psicología el definido interés por el estudio de la mente humana, sus misterios, incógnitas, cimas y abismos. Es natural pues que ambas se influyan recíprocamente, planteándose una a otra preguntas y desafíos y proporcionándose respuestas e hipótesis, además de compartir las miles de dudas que han ejercido, ejercen y ejercerán un efecto decisivo en la posterior evolución de ellas. Como lógica consecuencia, muchos psiquiatras se interesan por la psicología y muchos psicólogos por la psiquiatría³.

años después sólo la terapia electroconvulsiva continúa como una terapia ampliamente aceptada y científicamente evaluada. Henry Rollin (1981) ha descrito el impacto de la terapia electroconvulsiva. Cuando él comenzó en psiquiatría a finales de la década de los treinta, había una atmósfera de nihilismo terapéutico. Los sedantes (...) eran los principales tratamientos al alcance. Los pacientes con depresión profunda y estupor requerían diariamente alimentación forzada. Tarjetas de precaución para los suicidas, que cada enfermera que trataba a pacientes depresivos tenía que firmar, eran usadas. Los pacientes fallecían de exhaustión maniaca y la conducta esquizofrénica bizarra y peligrosa era común” (p. 262).

3. Demás está decir que los problemas psiquiátricos y psicológicos invitan a que no sólo psiquiatras y psicólogos se ocupen de ellos. Sartorius señala que “las clasificaciones de desórdenes psiquiátricos estuvieron en el centro de interés no sólo entre psiquiatras sino también entre abogados, filósofos, taxonomistas y muchos otros, aún antes de que la psiquiatría existiera como disciplina médica” (1990; p. 1). La cercanía de la psiquiatría y de la psicología entre sí y la disposición de ambas a recibir la influencia de otras ramas del saber constituye probablemente uno de los rasgos más característicos de ellas. Zegans & Bruce (1989) indican que “debido a que la mente se ha conceptualizado como entidad separada del cuerpo, a la vez que como parte del ser humano que depende por completo de los procesos somáticos, ha sido reclamada como dominio de teólogos, filósofos, científicos y médicos” (p. 5).

Una demostración del aserto de Zegans & Bruce lo constituye, por ejemplo, el excelente volumen *La mente humana* (Broncano 1995a) que forma parte de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*. En la “Presentación” se afirma que “la mente humana constituye una de las fronteras donde la investigación científica está haciendo los avances más espectaculares del siglo” (Broncano, 1995b, p. 11); y, más adelante, “la naturaleza de la mente ha dejado de ser el territorio exclusivo de los psicólogos; es un territorio abierto a la especulación” (p. 12).

Es por ello que en sus inicios como ciencia en el Perú la psicología se encuentra estrechamente vinculada a nombres de destacados psiquiatras como Hermilio Valdizán (1885-1929) y Honorio Delgado (1892-1969).

Como en otra parte lo hemos señalado (León 1993), ambos contribuyeron de modo decisivo al desarrollo de la psicología como ciencia en el Perú: Valdizán y Delgado crearon una publicación periódica, la *Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas*, en la cual la psicología contó con generoso espacio (León 1986); organizaron y condujeron el Seminario Psicopedagógico, una institución creada e impulsada por el idealismo de ambos, que tenía por finalidad cumplir entre nosotros el mismo rol de las *Child Guidance Clinics* en los Estados Unidos. No sólo eso: escribieron artículos y libros dedicados a temas psicológicos, difundieron en nuestro medio teorías, doctrinas e instrumentos; crearon reactivos psicométricos y fueron precursores de técnicas hoy en amplio uso. En fin: aunque ambos fueron psiquiatras entregaron gran cantidad de sus energías y de sus esfuerzos a la psicología (León 1993; Mariátegui, 1981).

Sin embargo, la obra de ellos no influyó de modo directo en el desarrollo de la psicología profesional en el Perú. Valdizán murió prematuramente, y en los años veinte (que fueron los postreros de su existencia) la historia de la medicina fue su preocupación absorbente (Cueto, 1987). Honorio Delgado, por su parte, escribió en comunión de esfuerzos con Mariano Iberico (1892-1974) un importante tratado de psicología (Delgado & Iberico, 1933), influyente en su época y reeditado en numerosas

Todo esto permite reconocer lo acertado de la apreciación de Peters & Mace, al sostener que "la historia de la psicología en el siglo veinte es la del divorcio y la reconciliación de ella con la filosofía" (1967; p. 26).

A modo de ilustración de como también en nuestro medio muchos psiquiatras se preocuparon e inclusive participaron activamente en discusiones y reuniones propiamente psicológicas, señalemos que en el Comité Organizador del X. Congreso Interamericano de Psicología, que se celebró en Lima del 3 al 7 de abril de 1966, encontramos a Carlos Alberto Segúin como Presidente; a Segisfredo Luza (a nombre de la Sociedad Peruana de Psicología) y a Baltazar Caravedo como Vice-Presidentes; a Máx Hernández como Pro-Secretario; a Moisés Lemlij como Pro-Tesorero. Cano era Presidente del Comité Científico y Sánchez García fungía de Presidente del Comité de Publicaciones.

ocasiones (cfr. León, 1989), pero en el que no hay una sola mención al psicólogo profesional, sino, más bien, se respira una atmósfera de cierto elitismo que puede considerarse como inhibidor del desarrollo de la psicología como profesión.

Lo cierto es que habrían de pasar muchos años hasta que la psicología hiciera su aparición como profesión, cumpliéndose también acá lo que afirma Boring (1992) en su *Historia de la psicología experimental*: “en general, la psicología llegó primero y los psicólogos después” (p. 373).

De fundamental importancia fue el establecimiento en nuestro país del alemán Walter Blumenfeld (1882-1967), un “verdadero especialista en psicología”, como lo calificaría con toda justicia la redacción de *El Comercio* al presentar en sus páginas uno de sus trabajos en 1935 (Anónimo, 1935).

Blumenfeld, que antes de emigrar al Perú se había desempeñado como Profesor en la Universidad Técnica de Dresde, era un experto en el diseño y manejo de pruebas psicológicas; un psicólogo entrenado como tal, preocupado por la psicología *per se* y con una clara identidad de su rol académico y profesional (León, 1981, 1982, 1983b).

El año de su llegada, 1935, era todavía una fecha muy temprana para que la psicología pudiera desarrollarse como profesión. El Perú carecía de la rica tradición investigatoria en psicología de un país como Argentina, a la cual habían contribuido hombres como José Ingenieros (1877-1925), Enrique Mouchet (1886-1977) y Horacio Piñero (1869-1919) (Ardila 1986). Carecía, asimismo, de los frecuentes contactos con la psicología francoparlante que se evidenciaban en el Brasil (León, 1993; Stubbe, 1987). De cara no al Atlántico (y, por tanto, a Europa) sino al Pacífico; saliendo trabajosamente de una época de conmoción social, de “tiempos revueltos” (como los llama Durand Florez, 1993), tras el derrumbe del oncenio leguista y el accidentado gobierno de Sánchez Cerro (Pike, 1969), el país no ofrecía una atmósfera apropiada para el desarrollo de la psicología ni en general para la estructuración y ejecución de proyectos de largo

aliento en ciencia alguna. La presencia de Blumenfeld constituía un importante estímulo para la psicología⁴, pero en modo alguno su desarrollo podría haber sido tarea a cumplirse por un solo hombre.

En un país como el Perú, en el cual los hombres dan el matiz definitivo a las ideas y a las instituciones (y no al revés), amistades y enemistades, simpatías y antipatías, disposiciones y rechazos, determinan el logro o el fracaso de muchos proyectos. Las relaciones entre Walter Blumenfeld y Honorio Delgado no fueron las mejores. El psicólogo emigrado al Perú se quejó en cartas a amigos europeos (León & Kagelmann, 1991) de la enemistad de Delgado e Iberico, figuras influyentes en la escena cultural peruana de la época. Existía entre ellos un desencuentro personal, pero también posiciones antagónicas en materia de psicología (León & Kagelmann, 1992), que jugaron un rol decisivo en sus relaciones y echaron sombras sobre las semejanzas e intereses comunes que es posible constatar (León, 1982).

Delgado representaba una orientación espiritualista, en la que era fácil reconocer perfiles de elitismo; una orientación en la cual la psicología constituía un saber y un quehacer bastante por encima de los habituales en el psicólogo promedio, debidamente entrenado pero sin ese don para calar en el alma ajena, sin esa innata mirada zahorí y la inmensa cultura literaria y filosófica, que eran para el psiquiatra arequipeño las condiciones indispensables para el ejercicio de una psicología de alto vuelo.

Aunque Blumenfeld jamás negó la posibilidad de una psicología llevada a cabo y desarrollada por espíritus superiores, insistía en la sólida formación científica y en el uso riguroso y controlado de instrumentos y

4. Reynaldo Alarcón, en un antiguo artículo titulado "Observaciones sobre la investigación psicológica en el Perú" (1974), sostiene que "Blumenfeld representa en el Perú, lo que Wundt representa para la psicología mundial; es decir, la iniciación de la psicología científica"; y justifica del modo siguiente su aserto: "En efecto, introduce procedimientos de medición y cuantificación en el área de la psicología, empiezan a usarse tests psicológicos en forma sistemática en investigaciones de grupo; por primera vez se hacen experimentos de demostración con instrumental de gabinete" (p. 8).

reactivos (algunos de los cuales él personalmente creó), al alcance de todo aquel que emprendiera los estudios con seriedad. Al privilegio de la intuición, herramienta fundamental para Delgado, Blumenfeld, más que oponer colocaba como extraordinaria, prometedora posibilidad alternativa, al experimento (Blumenfeld, 1946).

Vista desde la perspectiva de hoy, la psicología de Blumenfeld ofrecía mayores posibilidades de desarrollo y sentaba las bases para lo que después habría de ser la profesión del psicólogo. En su momento despertó sentimientos encontrados; hasta oposiciones abiertas, como lo recuerda Sardón (1968). Pero, de otro lado, quien mire las cosas sin prejuicios podrá observar en ella la cercanía a los problemas de la sociedad peruana de la época (véase sobre el particular el extenso y excelente trabajo de Alarcón, 1994).

Había además otro rasgo. Nos referimos a la aparición de una elemental tecnología psicológica de factura nacional: en 1935, ni bien llegado al Perú, Blumenfeld desarrolla el examen psicotécnico para evaluar a los postulantes a la Universidad de San Marcos; comienza el proceso de traducción de reactivos psicométricos creados en el extranjero (como el Inventario de Personalidad de Bernreuter); y, al poco tiempo, hasta diseña aparatos para usos de evaluación psicotécnica en la Fuerza Aérea del Perú (Blumenfeld 1938). Algunas publicaciones resultantes de estos esfuerzos aparecieron en revistas extranjeras y todas se caracterizaban por un elevado nivel científico⁵.

5. Nos parece de interés reproducir lo que Alarcón escribe sobre el particular en el artículo mencionado en la nota previa:

“La calidad técnica que acusan los trabajos publicados en el *Boletín del Instituto Psicopedagógico Nacional* y en algunas publicaciones universitarias como la *Revista de la Facultad de Ciencias y Educación*, publicada por la Facultad de Educación, ambas de San Marcos, es comparable a los estudios de este tipo publicados en revistas especializadas de mayor desarrollo psicológico. La equiparidad de lo que podríamos llamar tecnología psicológica, se debe a que Blumenfeld trajo al Perú una tecnología de la investigación desarrollada en Alemania, país donde había destacado como prominente figura en el área de la Psicotecnia y de la Psicología Experimental. No hubo, pues, pasos iniciales ni trabajo elemental. Hubo trasplante y adecuación de una metodología elaborada en Europa. Las limitaciones en el trabajo estuvieron dadas por los siempre limitados

No significa esto que antes de él y de su actividad fueran inexistentes en nuestro medio los ensayos psicotécnicos y la creación de algunas pruebas psicológicas. Valdizán había difundido entre nosotros la Escala de Binet, después utilizada por Felipe Chueca (1920). El mismo Valdizán construiría un test de evaluación de la atención. Delgado, por su parte, había contribuido a la difusión del Psicodiagnóstico de Rorschach. En fin, Luis Miró Quesada (1880-1976) había hecho lo suyo con los *National Intelligence Tests* (véase para todo esto Alarcón 1961, 1968). Pero ninguno de los mencionados emprendió la tarea de construcción, traducción, adaptación y estandarización de pruebas psicológicas de manera tan sistemática y consecuente como habría de hacerlo Blumenfeld.

Se trataba, sin duda, de una psicología con grandes aplicaciones prácticas y de un trabajo profesional que trataba de responder a las demandas y a las características de nuestra realidad (León 1992). Como siempre en nuestro país, sin embargo, el desinterés y la miopía del espíritu habrían de combatir mucho de lo nuevo y provechoso que Blumenfeld quería desarrollar.

Blumenfeld sentó con su trabajo las bases de la psicología profesional, pero no la estableció entre nosotros. Llegado al Perú ya en la década de los 50 años de edad, los primeros tiempos acá fueron para él de incertidumbre, de laboriosa adaptación, de problemas familiares. Había mucho por qué luchar y muchos de quienes defenderse. Y más de alguna batalla se tuvo que dar por perdida, como por ejemplo la que terminó con el cierre definitivo en 1939 del Instituto de Psicología y Psicotecnia, que dirigiera en San Marcos (León, 1993).

Pero, aunque la psicología no existía *de facto* como profesión, el interés que ella despertaba entre muchos era muy grande. Lo hemos dicho ya:

recursos de equipo técnico y por la necesidad de seleccionar temas cuya investigación era urgente" (Alarcón 1974, p. 9).

Que esto que señala Alarcón provocó reacciones negativas, lo demuestra la opinión dura que expresa Carlos Salazar Romero, en su momento Decano de la Facultad de Educación de la Universidad Católica, en un editorial dedicado a comentar la finalización de la existencia del Instituto Psicopedagógico Nacional en 1952 (Salazar Romero 1952a; véase además Salazar Romero 1952b).

tanto Delgado como Valdizán habían trabajado intensamente como psicólogos. Más aún, Delgado, Profesor de Psiquiatría en la Universidad de San Marcos, aparte del libro mencionado, se había preocupado en reiteradas oportunidades de pasar detenido examen a la estructura y funcionamiento normal y anormal de diferentes procesos del psiquismo humano (Delgado, 1935, 1936a, 1936b, 1938a, 1938b).

Tras ejercer varias cátedras en la cuatricentenaria universidad limeña, Delgado accedió a la de Psiquiatría y Neuropatología el 15 de enero de 1930 (Valdivia Ponce, 1964)⁶. Como dice Valdivia Ponce (1964), sería “el único psiquiatra del Perú por muchos años” (p. 210), dado que “Caravedo estaba abstraído en los problemas de asistencia y administración psiquiátrica, Lorente tuvo que viajar a Chile y Bambarén ya había disminuido su emoción por la Psiquiatría y estaba interesado en otros campos de la Medicina y la Ciencia”.

Durante varias décadas, por las clases de Delgado en la Facultad de San Fernando desfilaron los futuros psiquiatras peruanos. El era indiscutiblemente la psiquiatría en San Marcos. Su inmenso prestigio intelectual, su impresionante productividad científica; su presencia misma y su ideología aristocrática (*vide* Jobe & Rudy 1986) concedían a la cátedra un brillo muy grande. Su enseñanza tenía una clara orientación fenomenológica (Delgado, 1953). Lector y estudioso de Karl Jaspers (1883-1969) y Hans Gruhle (1880-1958); de Kurt Schneider (1887-1967) y de Nicolai Hartmann (1882-1950); de Viktor von Weizsäcker (1886-1957), Kurt Goldstein (1878-1965) y Victor von Gebattel (1883-1976), Delgado presentaba en sus clases una panorámica de la psiquiatría como disciplina vinculada de modo irrenunciable a la psicología, la filosofía y hasta la metafísica⁷.

-
6. Delgado fue desde el 22 de marzo de 1939 exclusivamente Profesor de Psiquiatría y, como Profesor Titular Principal del Curso, desde el 15 de noviembre de 1940 (Valdivia Ponce, 1964; p. 198).
 7. En el Primer Congreso Panamericano de Educación Médica, celebrado entre el 14 y el 18 de Mayo de 1951, Luis A. Guerra y Arnaldo Cano presentaron una extensa ponencia con el título de “La enseñanza de la psiquiatría”, en la cual exponen la metodología, contenido y objetivos de la enseñanza de la disciplina psiquiátrica en San Marcos (Guerra y Cano, 1951). Comentando

Teniendo en cuenta esto, no debe sorprendernos que muchos de los psiquiatras formados por él mostraran gran interés por la psicología. Delgado mismo los estimulaba e, inclusive varios trabajos con pruebas psicológicas y de la autoría de jóvenes psiquiatras fueron publicados en las páginas de la *Revista de Neuro-psiquiatría* (e.g. Inti Luna, 1941; Sal y Rosas, 1944), en las que también encontraron acogida los estudios de Leopoldo Chiappo, psicólogo, con su test noético-perceptivo (1955, 1957, 1958, 1959.)⁸

Fue de esta generación de psiquiatras agrupados en torno a Delgado, como también de las filas de aquellos que se habían educado con Carlos Alberto Seguí (1907-1995), en el antiguo Hospital Obrero, de donde surgieron los precursores de la psicología profesional en el Perú.

Delgado y Seguí representaron en su momento posiciones antagónicas. A su retorno del extranjero, Seguí había asumido la representación y el liderazgo local de una doctrina cuyo introductor, representante y apasionado defensor allá por los años diez y veinte había sido Honorio

el trabajo de Guerra y Cano, Honorio Delgado escribe: "El método fenomenológico, empleado con intención y crítica, es el camino que señalamos constantemente como esencial para que el conocimiento de las distintas clases de funciones psíquicas sea verdaderamente científico. Nos esforzamos en que el estudiante aprenda a precisar los conceptos de los desórdenes mentales, comenzando por los más simples y fáciles de aislar, como las pseudopercepciones, y terminando con los más complicados, como las anomalías de la personalidad. En consecuencia, ponemos empeño en que logren usar una nomenclatura precisa, correspondiente a fenómenos claramente deslindados y vistos en la plenitud de su vida palpitante y en sus efectivas conexiones actuales y temporales. Así, la fenomenología no excluye la comprensión dinámica, ni la explicación genética, psicológica y fisiopsicológica, ni las pruebas mentales, sino que le sirve de sólido fundamento, de incontestable punto de partida" (Guerra y Cano, 1951; p. 217). En "Letter from Peru" (Delgado, 1953), dirigiéndose al público foráneo, Delgado expone: "The third main characteristic of our teaching is the importance given to the phenomenological method. We consider that in psychiatry, as well as in any other field of science and art, the fundamental point is the recognition, as complete as possible, of the facts and as clear and accurate description as feasible. The ideal is to understand the palpitating reality of the patient, the way in which he lives in it and its phenomenal structure, and the effective ties with the rest of the conscious activity of the subject. Without this conception one lacks the factual and essential base for the proper estimation of the total psychic disorder and the personality of the patient" (p. 322).

8. Elsa Felipa recuerda que "Honorio Delgado insistió bastante en la necesidad de hacer un estudio completo del paciente, especialmente del pensamiento. Se aplicaban una cantidad de pruebas psicológicas que medían atención, memoria, etc."

Delgado, el psicoanálisis⁹; en tanto que éste se había acercado a la fenomenología y ejercía una dura crítica a la teoría de Freud¹⁰.

Ambos lideraban grupos con claras posiciones, que podían inclusive precisarse en la ubicación geográfica y en el terreno de la imprenta. El de Delgado en el Larco Herrera; el de Seguí en el Obrero. Delgado dirigía (o, mejor, co-dirigía, al lado de J. Oscar Trelles, 1904-1990) la *Revista de Neuro-psiquiatría*, publicación de formato centro-europeo y trabajo editorial cuidadoso (en la cual casi no aparecía contribución alguna de orientación psicoanalítica) y con resúmenes en inglés, francés y alemán; mientras que Seguí animaba los *Anales del Servicio de Psiquiatría*, impresos en mimeógrafo y de aparición no regular.

Los grupos de psiquiatras formados en torno a uno y otro maestro tenían también sus características. Los “delgadianos” se distinguían por su perspectiva fenomenológica y la consideración precisa de los factores biológicos, así como también, en algunos casos, por cierto vuelo filosófico. Los “seguiños” eran psicodinámicos y, al parecer, más abiertos a la influencia de las ciencias sociales.

-
9. Acerca de Seguí es indispensable la lectura de *Conversaciones con Seguí*, de Silva Tuesta (1979); así como de su más reciente trabajo, *Carlos Alberto Seguí. Otros frentes, otros perfiles* (Silva Tuesta, 1994). José Alva Quiñones perfila asimismo a Seguí en su “Elogio al maestro” (1995). Necrologías de Seguí han sido preparadas por Mariátegui (1995); Vargas López (1995); y por León & Zambrano Mora (1996); en esta última, en lamentable error, se señala a Lima como el lugar donde nació. La influencia de Seguí en la psicología en el Perú es brevemente tratada por Alarcón (1968), y por León & Kagelmann (1993). Algunas notas sobre su influencia en la psicoterapia en el Perú se hallan en Zambrano Mora & León (1997). Apreciaciones de Seguí sobre temas puntuales y personas se pueden leer en *Identidad de la psiquiatría latinoamericana* (Seguí 1990).
 10. Acerca de las relaciones entre Delgado y el psicoanálisis la bibliografía va en aumento: Seguí dió inicio a ella en 1982 con su estudio “Honorio Delgado y el Psicoanálisis”; en 1983 se publicaron los trabajos de Rey de Castro (1983) y León (1983a). En los últimos tiempos Mariátegui (1989) y Rey de Castro (1996), han tratado el tema. El trabajo de Renato Alarcón acerca del pensamiento de Delgado en la psiquiatría contemporánea (Alarcón, 1982) es asimismo de interés. Estudios recientes (de diversa orientación y dimensión) acerca de la vida y la obra de Honorio Delgado son los de León & Zambrano Mora (1992); y Chiappo (1995); y los contenidos en el volumen editado por Alarcón & León (1996).

Como hemos dicho, de las filas de ellos aparecieron los precursores de la psicología como profesión en el Perú.

Arnaldo Cano y la Psicología

Establecida de modo autónomo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos la psicología como especialidad, fungen como profesores filósofos, pedagogos, psiquiatras y algunas personas que tras llevar a cabo estudios de Letras se habían concentrado en la psicología¹¹. Así, de acuerdo con la información que se ofrece en el número 1 de la *Revista de Psicología* (Anónimo 1959), conformaban el Instituto de Filosofía y Psicología de dicha casa de estudios Gustavo Saco Miró Quesada, José Russo Delgado (1917-1997), ambos filósofos; Reynaldo Alarcón, psicólogo; Modesto Rodríguez Montoya, educador; el propio Walter Blumenfeld; Enrique Solari Swayne (1915-1995), psicólogo; Luis Aquiles Guerra (1909-1988), psiquiatra; y, Leopoldo Chiappo, asimismo psicólogo.

Poco después de creada la especialidad en la vieja casa sanmarquina, se la crea también en la Pontificia Universidad Católica del Perú. En efecto, en 1958 se establece en esa casa de estudios la Sección de Psicología de la Facultad de Letras (Sánchez García, 1960)¹². Pero allí el predominio de

11. Esto, por lo demás, no sólo ocurrió en el Perú, sino en muchos países latinoamericanos (véase David, 1964).

12. En el Libro de Actas de 1958 del Rectorado de la Pontificia Universidad Católica del Perú se señala que en la sesión del 24 de abril de ese año, bajo la presidencia del Rector, Monseñor Fidel Tubino, se aprobó la creación de la Sección de Psicología en la Facultad de Letras. El Dr. José Agustín de la Puente, Decano de la citada Facultad fue el encargado de fundamentar la creación de la Sección de Psicología y también la de Etnología. En el Libro de Actas se lee, en lo que se refiere a la Sección de Psicología, lo siguiente: "El Dr. de la Puente explicó el origen de la creación de las dos nuevas secciones refiriéndose a que la Junta de profesores de la Facultad había solicitado esta ampliación de las actuales secciones considerando que los filósofos simplemente como investigadores, tenían pocas oportunidades de orden práctico y que en cambio los psicólogos, además de la individualización adquirida últimamente por esta rama de la Filosofía, tenían vastas expectativas porque se los requería para grandes negociaciones y centros de trabajo; que por estos motivos la especialidad existía en casi todas las universidades, que otorgaban al finalizar los estudios el título profesional de Psicólogo" (p. 19).

El Plan de Estudios aprobado comprendía un ciclo de tres años de asignaturas más un año "dedicado a trabajos prácticos", que serían precedidos por los dos de Bachillerato. El Plan de

los psiquiatras fue mucho mayor. Tanto, que desempeñaron un rol decisivo José Sánchez García, Baltazar Caravedo y Arnaldo Cano.

Se trataba de tres personalidades con perfiles propios. José Sánchez García es un estudioso preocupado por la psicología. Conocedor del Psicodiagnóstico de Rorschach (influido como el mismo lo afirma, por Luis Aquiles Guerra y, después, estimulado por Federico Sal y Rosas durante su estancia en el Hospital de Policía), lo utilizó en su tesis de bachillerato en medicina (Sánchez García, 1951), llegando a hacer una breve incursión en lo que hoy llamaríamos la investigación transcultural al aplicarlo a un grupo de aguarunas (Sánchez García, 1958, 1965).

No sólo a través del estudio del Psicodiagnóstico de Rorschach Sánchez García se había familiarizado con la psicología. Durante sus años de estudiante de medicina, trabajó en el Instituto Psicopedagógico Nacional, especialmente en el Departamento de Antropología, bajo la dirección de Julio Pretto. Allí tuvo la oportunidad de conocer a Modesto Rodríguez, Luis Aquiles Guerra, Enrique Solari, María Gómez Calderón, Walter Blumenfeld, entre otros. Después fue Asistente de Prácticas del Curso de Psicología Experimental, y aún hoy recuerda que debía repetir la misma demostración durante toda la semana bajo la dirección de Rodríguez.

Baltazar Caravedo Carranza (1915-1990) era el hijo de uno de los más prestigiosos psiquiatras peruanos de inicios de siglo: Baltazar Caravedo Prado (1884-1953). Formado en la Universidad de París y en San Fernando, Caravedo era, además, “poeta y cuentista precoz” (Mariátegui, 1990). En el campo de su profesión se mostraría interesado por la psiquia-

Estudios era el siguiente: *Tercer año*, Religión, Psicología General (Curso avanzado); Psicología del Aprendizaje; Psicología Experimental (Primer curso); Psicología del Niño; Estadística Aplicada a la Psicología (semestral) y Bases Neurofisiológicas del Psiquismo; *Cuarto año*, Religión, Psicología General (Curso avanzado), Teoría del Conocimiento; Psicopatología y Nociones de Nosografía Psiquiátrica; y, Teoría e Investigación de Pruebas para el Estudio de la Personalidad (Pruebas Proyectivas y afines); *Quinto año*: Religión, Historia de la Psicología (semestral); Diagnóstico Psicológico (semestral), Psicología Aplicada a la Industria; y Psicología Social; y, *Sexto año*: Internado.

El autor agradece a la Dra. Cecilia Thorne el haberle proporcionado una copia del Libro de Actas de 1958 en las páginas correspondientes a la sesión del 24 de Abril de ese año.

tría social y sería un propulsor de la salud mental, área que logró establecer como una División en el Ministerio de Salud, allá por 1952.

Caravedo tuvo una dilatada y variada actividad docente. En la necrología preparada por Alberto Perales se lee sobre el particular: “En el campo de la docencia universitaria se inicia apenas graduado. Ocupa el cargo de Profesor de Psicología General en la Universidad Católica, siendo, el mismo año, nombrado Profesor Principal de Psicología Social en la misma Universidad. Al mismo tiempo, ingresa a la docencia sanmarquina como Jefe de Clínica y de Semiología en la Facultad de Medicina, cargos que desempeña desde 1942 a 1947. En 1945 se incorpora como Profesor Auxiliar de la Cátedra de Medicina Legal de la misma Facultad; en 1950 es nombrado Profesor Principal de Medicina Legal de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica, y, en el mismo año, logra la Dirección del Departamento de Psiquiatría. En 1971 es incorporado como Profesor Contratado de Psiquiatría a la Universidad Nacional Federico Villareal: un año más tarde es nombrado Profesor del Curso de Higiene Mental aplicada a la Administración Hospitalaria de la Universidad Peruana Cayetano Heredia” (Perales, 1990; p. 188).

Arnaldo Cano, como Sánchez y Caravedo, fue alumno de Delgado, y con posterioridad su asistente. Nacido el 13 de diciembre de 1919, fueron sus padres Alejandro Cano, médico; y, Victoria Jáuregui. Cursó la educación secundaria en el Colegio Italiano, hoy Colegio Antonio Raimondi, entre 1931 y 1935. Allí, en el primer año de secundaria, se iniciaría su amistad con Francisco Miró Quesada Cantuarias, el célebre filósofo; una amistad que él mantuvo y reforzó a lo largo de toda su vida.

Miró Quesada recuerda la estimulante atmósfera intelectual del Italiano, que contaba con una plana docente en la cual figuraban José Jiménez Borja, Raúl Porras Barrenechea y Raúl Ferrero. El, Cano y Miguel Sangalli, formaron desde el inicio un trío inseparable de amigos, en el cual el segundo y el tercero ocupaban posiciones polares: Sangalli, inquieto, sociable, inteligente, pero poco dado al estudio; y, Cano, más bien introvertido y discreto, estudioso y aplicado. Su vocación médica se perfilaba ya en esos

años. “Eramos como hermanos, hablábamos de todo, no había límites en los temas”, así define Miró Quesada su vinculación amical con Cano.

Concluida la secundaria, Cano ingresó a la Universidad de San Marcos en la que entre 1936 y 1938 llevó a cabo los estudios de Ciencias Biológicas; y, entre 1939 y 1945, los de Medicina. El 14 de noviembre de 1946 optó el grado de Bachiller en Medicina y el 27 de diciembre del mismo año obtuvo el título de Médico-Cirujano. Su tesis trató de la parálisis general progresiva. De acuerdo con lo que informa Manuel Zambrano, el asesor fue Tobías Bravo.

Su carrera como médico-psiquiatra la cumplió en dos hospitales: el Víctor Larco Herrera, en donde fue sucesivamente Psiquiatra Asistente (1947-1953), Psiquiatra Residente (1954-1960) y Psiquiatra Jefe de Servicio (1960-1969) desempeñándose –como recuerda Ana María Cabello– en los Pabellones 2 y 9, así como en Ingresos y en un cargo administrativo equivalente a una sub-dirección; y, el Hospital Daniel A. Carrión, en el que entre 1955 y 1962 fue Jefe del Consultorio de Psiquiatría. Desde julio de 1980 se desempeñó asimismo como Director Científico del Centro de Investigaciones Psiquiátricas y Psicológicas Baltazar Caravedo Prado.

En su trabajo en el Larco Herrera Cano no sólo cumplía con sus labores asistenciales. Javier Mariátegui (1985), aparte de recordar que Cano se ofreció como sujeto experimental en su trabajo de tesis con LSD-25 (Mariátegui, 1956)¹³, señala que en torno a él se formaban Manuel Zambrano, Ethel Bazán, Elsa Felipa y Manuel Escobar (estos dos últimos más bien, en el Hospital Carrión). Zambrano (1988) agrega a esta lista los nombres de Alfredo Beyer Rossell (1930-1990) y Alex Castoriano (1923-1988). Algunos de ellos a su vez fueron estimulados por Cano a interesarse en temas psicológicos o psicotécnicos, como fue el caso de

13. Con referencia a la participación de Cano en calidad de sujeto experimental del estudio que realizara Javier Mariátegui, Elsa Felipa recuerda que Cano le relató en detalle los estados de alteración de la conciencia que había experimentado. Según la doctora Felipa, la preocupación de Cano por participar en este experimento no sólo se debió a su amistad con Mariátegui sino también a su deseo de conocer y vivenciar los estados propios de los cuadros psicóticos.

Castoriano, quien obtuvo el grado de Bachiller en Medicina con una tesis sobre el Test de Matrices Progresivas de Raven (Castoriano, 1953; Mariátegui, 1988a).

“Nos reuníamos (casi semanal o quincenalmente) con mucha frecuencia en casa del doctor Cano, porque él era muy amical y nos llevaba para lecturas. Y tenía una familia muy linda. Pude acercarme mucho a ella pues él nos hacía participar de la vida de hogar. Salíamos de paseo con él y con su familia”, así conserva Elsa Felipa estos años en su memoria. Tanto Ethel Bazán como Manuel Zambrano recuerdan reuniones de estudio en el consultorio que Cano compartía con Max Arnillas Arana en la Avenida La Colmena.”Leímos la vida de Freud, Adler, Rorschach, Beck, algunos temas de psicoterapia, Alexander; lo hacíamos los miércoles en su consultorio a partir de las 8 de la noche”, señala Zambrano.

Al lado de su interés profesional por la psiquiatría, Cano sentía una gran preocupación por temas de las ciencias sociales y también por los psicológicos. Así, en 1949, en una ponencia titulada “Problemas y orientación de la sanidad mental en nuestro medio” (presentada en el marco de las Jornadas Conmemorativas del 10. aniversario de la Sociedad de Neuro-psiquiatría y Medicina Legal), y en una época en la cual el trabajo del psicólogo entre nosotros era virtualmente desconocido, se refiere a los aspectos psicológicos y sociológicos de significado en la especialidad psiquiátrica: “Hasta el presente la ciencia médica no ha concedido el interés suficiente a fenómenos sociales tales como el suicidio, la desocupación, el delito, la desorganización de la familia, el divorcio, etc., sino en tanto que factores desencadenantes o como consecuencia inmediata del desequilibrio mental del individuo aislado; pero no como manifestaciones que ineluctablemente comprometen la sanidad mental nacional. Se afirma que de cada dos problemas sociales, uno es de orden psiquiátrico. Gran progreso significa el que la psicología se encuentre ya íntimamente vinculada a la sociología, pero debe establecerse con mayor precisión la relación con la psiquiatría y la psicopatología” (Cano 1949, p. 277). Interesante es observar, asimismo, recensiones de su pluma de trabajos de eminente

interés psicológico en las páginas de la *Revista de Neuro-psiquiatría* (e.g. Cano, 1950a, 1950b)¹⁴.

Desde 1951 hasta el 25 de enero de 1969 Cano fue Jefe de la Sección Psicotécnica del CIMP. Allí condujo cientos de entrevistas de selección; preparó, planificó y llevó a cabo exámenes de aptitud psicotécnica a postulantes; aplicó pruebas proyectivas, tests e inventarios, de modo tal que su destreza en el manejo de estos instrumentos llegaría a ser considerable¹⁵. Su retiro del CIMP se produjo al ser nombrado Director General del Centro de Estudios de Población y Desarrollo¹⁶.

Cano también desplegó una intensa actividad como docente. Desde 1948 fue Profesor Auxiliar de Psiquiatría en su Alma Mater. En aquellos años eran, además de él, entre otros, Jefes de Clínica del Curso, Luis Aquiles Guerra, Emilio Majluf, Andrés Carrillo Broatch y Tobías Bravo. Su labor docente en San Marcos tuvo un abrupto fin en 1953. Manuel Zambrano recuerda que con motivo de la formación de la Asociación

-
14. Cano preparó además una gran cantidad de resúmenes de artículos para la sección "Revista de Revistas" de la *Revista de Neuro-psiquiatría*. Nos parece de interés mencionar acá algunos que se referían a contribuciones e investigaciones con pruebas psicológicas (Cano, 1951a, 1951b, 1952a, 1952b, 1953a, 1953b, 1953c, 1954). Cercano todavía en esa época a Honorio Delgado, Cano formaba parte del grupo de discípulos y asistentes que recibían del psiquiatra arequipeño constantemente material bibliográfico, proveniente por lo general de los canjes de la *Revista de Neuro-psiquiatría*, para su discusión, estudio y resumen. "Contadas eran las veces que llegaba donde un discípulo con las manos vacías; pues aparecía trayendo libros o revistas con artículos varios para su comentario y aplicación..." escribe Saavedra sobre Delgado (1992-1993; p. 52).
 15. Pero, por cierto, no sólo en el marco de su trabajo en la Sección Psicotécnica Cano aplicó pruebas psicológicas. También en el ejercicio diario en el consultorio del Hospital Carrión empleó tests y técnicas proyectivas. Así, por ejemplo, respondiendo a las preguntas que se le formularan en la discusión de su trabajo "Clorpromacina en las neurosis" (Cano, et al. 1957), indica que ha aplicado a algunos centenares de pacientes el Psicodiagnóstico de Rorschach (p. 304), utilizándolo como ayuda de su trabajo clínico. Manuel Zambrano el evocar la atmósfera de trabajo en la Sección Psicotécnica del CIMP allá por inicios de los años 50, señala que: "el Dr. Cano tenía que hacer el examen psicotécnico de los postulantes y las entrevistas. ¿Cuál era nuestra colaboración? Con él escogíamos las pruebas, las validábamos, las imprimíamos. Utilizábamos el Bela Székely. Ethel (Bazán) y Elsa (Felipa) colaboraban. Después íbamos a tomar las pruebas".
 16. Cano no sólo se desempeñó como Jefe de la Sección Psicotécnica del CIMP. También prestó asesoramiento a otras dependencias del Ejército, como por ejemplo la Oficina de Información y Educación del Ejército, y la Escuela de Educación Física y Esgrima (1952; como Profesor de Biometría).

Psiquiátrica Peruana, Cano decidió incorporarse a ella. Al iniciarse el año académico, Cano se dió con la sorpresa de no haber sido considerado en la plana docente de la Cátedra de Psiquiatría de San Fernando. De acuerdo con él, todos los que entraron a la Asociación dejaron de formar parte de la cátedra¹⁷.

Transcurrido un tiempo desde su alejamiento de San Marcos, Cano se incorporó a la Universidad Católica en 1954 en la condición de Profesor Interino de la Facultad de Letras. El 18 de julio de 1963 fue nombrado Profesor Titular del curso de Psicología Experimental.

Zambrano recuerda asimismo la vinculación entre Cano y Blumenfeld, como colaborador del psicólogo alemán. De Blumenfeld Cano aprendió mucho, reemplazándolo en sus labores en el Ejército al parecer hacia mediados de los 40, probablemente por el hecho de que Blumenfeld no tenía la nacionalidad peruana. Por su parte, Ethel Bazán señala que Cano, aunque sentía aprecio por Blumenfeld, era “un crítico muy fino con respecto a él”. “Lo consideraba un buen psicólogo pero muy sesgado a la objetividad. Muy objetivo, muy frío; pero por lo mismo incapaz de penetrar en la subjetividad”. A su vez, Ana María Cabello remite la relación de Cano y Blumenfeld a los años de formación del primero en Pre-Médicas.

Arnaldo Cano y la Psicología en la Pontificia Universidad Católica

Como ya se indicó, los psiquiatras fueron los que fundaron la especialidad de Psicología en la Pontificia Universidad Católica. Sánchez García infoma que fue Caravedo, que era ya Profesor de esa casa de estudios, quien los convocó a él (entonces residente en la Clínica San Isidro) y a Cano para organizar la especialidad.

17. “El Dr. Cano estuvo muy cerca de Honorio Delgado. Fue uno de sus colaboradores más cercanos, desde estudiante. El Dr. Delgado tenía muchísima confianza en él. Le delegaba muchas cosas de tipo administrativo. Pero a partir de esa fecha eso se perdió. Solamente cuando Arnaldo se enfermó en el año 1958 el Dr. Delgado fue a visitarlo”, recuerda Zambrano. Ethel Bazán y Ana María Cabello concuerdan con él.

Durante algunos meses se trabajó intensivamente, sobre todo en horas de la noche, preparando el programa de estudios. Siempre según Sánchez García, en esta etapa de organización de la especialidad los vínculos nacionales e internacionales de Caravedo fueron de gran ayuda. Gracias a ellos pudieron conseguir programas de estudio del extranjero y, en base a los mismos y después de considerar aspectos a favor y en contra, prepararon lo que fue el primer plan de estudios. Sometido éste a las autoridades de la PUCP, éstas lo aprobaron y a partir de allí se dio inicio al trabajo en la especialidad.

La recepción de la especialidad es descrita por Sánchez García como buena y él recuerda todavía la actitud cordial, amable, de José Agustín de la Puente y Candamo, en ese entonces Decano de la Facultad de Letras.

Caravedo era el director de la especialidad, pero Cano desempeñaba un rol de gran importancia en ella. Por las funciones que cumplía, era el coordinador de los estudios, de acuerdo con Roberto Criado. Sánchez García lo califica en referencia a su desempeño en estos años y en la Universidad Católica como “el hombre de las ideas”. Rosario Panes recuerda haberlo visto en la Universidad con un horario muy regular, en contacto permanente con los alumnos. El contacto con los estudiantes por parte de Caravedo era mucho menor.

El trío de psiquiatras que dirigía la especialidad de psicología en la Católica se mantuvo durante un buen número de años al frente de ella. Bajo su dirección y en el vetusto local de la Plaza Francia, en el terreno que hoy ocupa la Librería Studium, Psicología en la Católica fue avanzando en edad y ganando en experiencia.

Eran épocas aurales, tiempos de pioneros, llenos de incertidumbres, interrogantes y escollos. De un lado “[los alumnos] de las dos primeras promociones, verdaderos pioneros de la profesión, ingresaron a la Universidad alentados por otras vocaciones” (Cano, 1966; p. 36)¹⁸. Del otro,

18. Leonardo Higuera, integrante de la primera promoción, nos ha relatado que él había iniciado estudios en Letras, que interrumpió, y que a su retorno a la PUC escogió Psicología. Raquel Arciniaga, asimismo de la Primera Promoción, entró a la Católica con el propósito de estudiar historia.

ninguno de los tres directores de la especialidad era psicólogo de profesión; más bien, se “habían hecho” psicólogos en el fragor de la actividad diaria a través de una disciplinada labor autodidáctica. No siendo psicólogos por formación sino por experiencia y conocimientos ganados en la labor cotidiana, y con escasa posibilidad de tener interlocutores nacionales provenientes del mundo de la psicología, era natural que Sánchez García, Caravedo y Cano tuvieran en aquella época sólo una idea general del profesional que deseaban formar. Cano recuerda los problemas confrontados en un inicio, al escribir que “cuando empezaron a funcionar las escuelas de psicología, por lo menos en el campo que conozco, no teníamos una idea muy clara de cómo sería el psicólogo que egresaría de estas escuelas y qué papel desempeñaría en nuestra comunidad” (Cano, 1967; p. 196).

En la plana docente ocurrían también situaciones propias de esta etapa de pionerismo. Al inicio de sus actividades docentes en la especialidad, José Sánchez García debió enseñar Psicología del Aprendizaje, un área con la cual estaba sólo medianamente familiarizado. “Entré a la docencia en la Pontificia Universidad Católica de la manera más curiosa. Había gente que más o menos podía cubrir una serie de cursos, pero faltaba un profesor para Psicología del Aprendizaje. Como yo había trabajado en el Instituto Psicopedagógico Nacional con Blumenfeld, había hecho Psicología Experimental, y esto lo conocían Caravedo y Cano, ellos me encargaron esa asignatura. Yo no sabía nada de esa área. Esa es la verdad. Aprendí y se lo comuniqué a los alumnos, a quienes les resultó muy chocante que yo les dijera que estaba como ellos en Psicología del Aprendizaje. Rotondo fue para mí de gran ayuda, al proporcionarme abundante material bibliográfico”, recuerda Sánchez García.

La incertidumbre debió ser muy grande, como lo refleja la siguiente cita tomada de uno de los trabajos de Cano: “Alumnos y profesores eran principiantes que empezaban una experiencia arriesgada donde más arriesgaba el alumno que el profesor. Esta penosa e inevitable etapa se tradujo en deserción cuantiosa de ambos” (1966; p. 36).

La perspectiva médica de los tres así como el estereotipo (habitual entonces como también hoy) del psicólogo como psicólogo clínico, de-

terminaron el énfasis que ellos dieron a la especialidad en la dirección clínica. De hecho, además, en los hospitales psiquiátricos y en los hospitales generales el reconocimiento de la importancia de los factores psicológicos (y, por ende, de la necesidad de personas debidamente entrenadas en psicología) comenzaba a ser cada vez mayor. Existía ya la demanda, pero no se tenía una idea clara de cómo satisfacerla y de qué características debía de tener el psicólogo. “El problema es: tenemos necesidad de psicólogos y debemos formarlos. Cuando los formemos, podemos imitar planes extranjeros, ensayarlos, adaptarlos y crearlos, o hacer una mezcla de todos estos. Esto último fue lo que empezamos a hacer; desgraciadamente, cuando se forma un profesional, cualquier ensayo, cualquier pequeño cambio en la dirección de la preparación, puede tener consecuencias graves. La diferencia parece muy pequeña, pero si prolongamos los lados del ángulo, no sabemos a qué distancia uno de otro podrán llegar los puntos de estos lados” (Cano, 1967; p. 197)

Lamentablemente, hay poco (casi nada) escrito acerca del paso de Sánchez García, Caravedo y Cano por la Universidad Católica. Uno de los pocos documentos que hablan sobre el particular es precisamente el artículo de Cano que hemos citado previamente.

Algo, sin embargo, se puede concluir. La orientación dominante era la clínica, y dentro de ella la psicodinámica; predominaba un amplio, detenido entrenamiento en pruebas psicológicas¹⁹. *Los tests*, una obra de Bela

19. En “Observaciones sobre la investigación psicológica en el Perú”, Alarcón describe en términos precisos las características de la época: “La influencia clínica es explicable. Al fundarse los Departamentos de Psicología la mayoría de cátedras fueron asumidas por psiquiatras y la orientación dominante en esa especialidad era psicoanalítica. Esta influencia deja su impronta en las tesis de grado que se producen en estos años. El interés se centró en determinar aspectos de la personalidad o tipos de respuestas más frecuentes en grupos de pacientes neuróticos, psicóticos, hipocondríacos, esquizofrénicos, etc., ante algún test proyectivo, principalmente el Rorschach o la figura humana de Machover. El tratamiento de los datos era muy simple, se redujo a establecer porcentajes de respuestas. En cambio las interpretaciones eran jugosas, con mucho vuelo imaginativo propiciado por las técnicas proyectivas. Se interpretó más de lo que mostraban los datos; no funcionó la célebre navaja de Occam. No se probaron hipótesis, se describían las respuestas de pequeños grupos de pacientes. Varió, pues, la metodología. Antes era más centrada en el experimento y sus reglas; ahora era eminentemente clínica; antes los sujetos

Székely (1952) tenía gran predicamento como *vademecum* para el futuro psicólogo. La demanda acerca de información y materiales psicotécnicos sería satisfecha en los años posteriores por la edición de volúmenes como *Técnicas proyectivas del diagnóstico psicológico* (Anderson & Anderson 1966). En especial, el sello argentino Paidós se hizo muy conocido y apreciado: ponía a la disposición del lector el entonces indispensable *Tests de diagnóstico psicológico*, de Rapaport (1965), así como *Psicología Proyectiva*, de Abt y Bellak (1967). La aparición de la segunda edición en ese sello de un clásico como *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, de Otto Fenichel (1964), y la publicación por Herder de *Una psicología de hoy*, de Enrique Cerdá (1965), constituyeron importantes adiciones al limitado repertorio bibliográfico a disposición de los estudiantes de psicología.

De gran utilidad eran asimismo *La entrevista psicológica*, de Charles Nahoum (1968), y *Cómo entrevistar*, de Bingham & Moore (1973). Los interesados en la investigación tenían a su disposición un verdadero *long-seller*: *Métodos de investigación en las relaciones sociales*, de Selltiz et al. (1965).

De otra parte, la base estadística no era muy sólida, como tampoco había mucha estimulación de la investigación²⁰. Algunos proyectos se

eran generalmente escolares o sujetos normales, ahora eran pacientes psiquiátricos, sobre todo adultos; el tratamiento estadístico era más refinado, ahora se prefería un dato más simple como era el porcentaje; antes se investigaba el comportamiento de sujetos normales, ahora se prefería el comportamiento anormal" (Alarcón, 1974, p. 10).

20. Todavía a mediados de la década de los 70 esos rasgos seguían predominando. En el "Prólogo" a *La Investigación Psicológica en el Perú*, las Memorias del Primer Congreso Peruano de Psicología, celebrado entre el 1 y el 5 de diciembre de 1975, Alarcón (1975) escribe:

"Podrá advertirse, a través de la lectura de este libro, que el movimiento psicológico peruano presenta algunas notas características. En efecto, (1) está cubriendo el mayor número de áreas de la Psicología Aplicada, con mayor énfasis en Clínica y menor en Psicología Industrial; (2) los trabajos están orientados mayormente a la investigación aplicada y en mínimo grado a la investigación fundamental; (3) la investigación es predominantemente correlacional o descriptiva, no se han presentado trabajos de investigación experimental "sensu stricto"; (4) en la recopilación de datos se utilizan tests psicológicos, psicométricos y proyectivos, escalas de actitud, inventarios, encuestas y materiales similares. No hay estudios con instrumental de laboratorio; y, (5) todos los trabajos presentados tienen como sujeto de estudio al hombre. El problema de los psicólogos peruanos es fundamentalmente el hombre" (p. 5). Véase además León & Salas (1986).

forjaron a pesar de todo. Según Sánchez García, Cano estaba preocupado por investigar temas referidos a las actitudes. Por su parte, Max Silva recuerda que en los años de su desempeño docente en la especialidad de Psicología en la PUCP (en donde enseñaría Psicología de la Personalidad y Psicología Industrial) realizó investigaciones sobre psicología del mendigo y el curanderismo en Lima.

Aunque la gran mayoría se inclinaba por la psicología clínica, existía muy poca bibliografía en castellano que ofreciera una visión panorámica de conjunto acerca de esta especialidad. Uno de esos pocos libros era *Principios de psicología clínica*, de Luciano L'Abate (1967). En 1970, los psicólogos clínicos tuvieron a su disposición el volumen cuarto de la serie *Psicología aplicada*, de Anne Anastasi (1970), dedicado precisamente a la psicología clínica.

La gran mayoría de tesis de esos años de la Católica emplea instrumentos psicológicos diseñados en el extranjero; Amelia Aréstegui trabaja la prueba de Goodenough en escolares en el Cusco y Cajamarca (1966); Pierina Liberti determina la validez y predicción del MMPI (1967); Elba Ramos lleva a cabo la adaptación de los subtests de vocabulario de las escalas de inteligencia Stanford-Binet, forma L-M y Wechsler para niños en una muestra de la población primaria del Callao (1965).

Rosario Panez recuerda a Cano como Profesor de Psicología General en la especialidad. Su Jefe de Práctica era Leonardo Higuera; las clases se llevaban a cabo en las instalaciones de la Escuela Militar de Chorrillos, y la orientación era fenomenológica, aunque se rescataba mucho de lo que enseñaba Blumenfeld en su libro de *Psicología Experimental* (1946).

En la plana docente, como hemos dicho, era frecuente la presencia de psiquiatras. Max Silva, que ingresó a enseñar Psicología de la Personalidad en 1963, menciona entre otros colegas suyos que ejercieron la docencia en la Pontificia Universidad Católica del Perú, a Sergio Zapata, Emilio Majluf y Oscar Valdivia Ponce. Ana María Cabello agrega a esos nombres los de Carlos Carbajal Faura y Niza Chiok.

La parte final de la formación, el así llamado Internado, la cumplían los estudiantes en diversas instituciones, para lo cual los contactos de los directivos de la especialidad eran centrales²¹.

Conforme pasó el tiempo y la especialidad fue creciendo, los problemas aumentaron también. Sin duda alguna, el de mayor momento provino de la cada vez más fuerte necesidad de una definición de identidad por parte de las promociones y estudiantes de Psicología de la Católica. La presencia de psiquiatras al frente de la especialidad debió ser percibida como una suerte de contradicción y hasta como un obstáculo para el logro de una clara identidad profesional, más aún si se tiene en cuenta que la presencia de la cúpula directriz de ella representaba el privilegio de la clínica –y dentro de ella, del psicodiagnóstico– y la ubicación del psicólogo como un auxiliar del psiquiatra.

En particular, Sánchez García parece haber sido muy conciente y preocupado por las contradicciones de dirigir una especialidad sin tener las certificaciones correspondientes. El recuerda que insistía ante Caravedo y Cano en la necesidad de graduarse como psicólogo. “Debíamos estudiar,

21. En “Apuntes para la historia del Departamento de Psiquiatría del Hospital Central de Policía (Segunda parte)”, Sánchez García (1984) escribe lo siguiente:

“Nos referiremos sólo a los psicólogos que ingresaron en el periodo 1969-1972 porque todos ellos procedieron de la Universidad Católica y porque consideramos que son quienes representan el roquedal del que se han desprendido muchos otros. El primer psicólogo formado como tal fue Ernesto Pollit Burga, que llegó al Departamento de Psiquiatría a fines de 1962. Fue seguido en 1967 por Alejandro Maguñía, Federico León y Pierina Libertí. Todos ellos ingresan como Internos, hicieron sus tesis en el Departamento de Psiquiatría sobre asuntos que contribuyeron al conocimiento de la realidad de la Policía. Los tres primeros trabajaron alrededor de dos años cada uno y se retiraron para seguir estudios de perfeccionamiento: Maguñía en Europa, Pollit y León en Estados Unidos. Libertí siguió trabajando hasta que se retiró en 1976, cuando ejercía la jefatura de la Sección de entonces, después de permanecer en Rusia en agosto de 1973 a abril de 1975 estudiando psicopatología patológica con Luria. Igualmente, en 1963 ingresan Raquel Arciniega, Carmen Saco e Isabel Galván como Internas, que se retiraron al completar un periodo de adiestramiento no menor de un año que se exigía desde esa época... Como Internas también ingresan Matilde Ráez en 1965 que es la Jefa actual; Norma Maurtua y Mayela Falvy en 1966, que se retiraron para asumir mejores posiciones en 1976 y 1982 respectivamente. Siendo profesionales, se integraron al Departamento de Psiquiatría las siguientes Psicólogas: Maritza Ruiz Huidobro y Aurea Alcalde en 1967; Carmela Picasso en 1971 y Olga Baigorria” (p. 179).

prepararnos y graduarnos”, solía decirles. Pero ambos tomaban el asunto con menor preocupación.

En “Algunas ideas sobre la psicología en el Perú”, Luis Herrera Abad (1976), en esos años en la Pontificia Universidad Católica, nos ofrece una visión (con tono mas bien hipercrítico) de lo que muchos psicólogos en proceso de formación experimentaban y vivenciaban. Se trata de una descripción un poco extensa, pero que creemos de valor dar a conocer: “Como en otros países, la especialidad nace de las antiguas Facultades de Filosofía y Letras y vinculada a las de Educación. Las escuelas de Psicología aparecen ligadas a la Psiquiatría sobre todo en el campo de la docencia. Es decir, los fundadores de los primeros centros de formación de psicólogos son médicos psiquiatras, lo cual revierte en una marcada orientación clínica psicométrica. Por mucho tiempo el psicólogo fue considerado un auxiliar paramédico, que a partir de un precario entrenamiento en algunas pruebas psicológicas elevaba informes más o menos estereotipados, que el psiquiatra utilizaba muy secundariamente con fines diagnósticos. El campo laboral estaba restringido a hospitales psiquiátricos. Esta situación mantenida por algunos años derivó en un serio problema de identidad. Al no poseer los conocimientos teóricos mínimos, al disponer de un escaso material técnico (en la mayor parte procedentes de otras situaciones socio-culturales), al no tener al alcance una bibliografía adecuada, al depender profesionalmente del psiquiatra, el psicólogo evitó cuestionar su rol y su disciplina lanzándose a un ejercicio profesional ni siquiera adecuadamente técnico, buscando seguridad en su afiliación a la psiquiatría, e ignorando lo relativo a su ubicación y compromiso” (p. 25).

En 1969, Cano se alejó de la Universidad Católica. Continuaba aún al frente de la Sección Psicotécnica del CIMP, que había crecido notoriamente desde que él asumiera su dirección. Colaboraba en ella el psiquiatra Salomón Paz, y trabajaban como Psicólogos Elena Cano Correa y Frida Bernard. Invalorable asistente era el Sr. Esteban Figueroa González.

El trabajo en la Sección Psicotécnica en modo alguno era rutinario. Además de las evaluaciones psicotécnicas en el Concurso de Admisión a

la Escuela Militar, en las de Armas, Comandos, Inteligencia y Paracaidistas, estaban las tareas específicas con cada uno de los años de la Escuela Militar²² y estudios realizados con nuevas pruebas y procedimientos de exploración psicológica. En un documento titulado “Procedimiento para el estudio de nuevas pruebas y métodos de exploración psicológica”, del año 1967, Cano enumera algunos reactivos que estaban en consideración: el Inventario de Objetivos Vitales de Bühler y Coleman; el Cuestionario de Intereses de Hereford; las manchas de tinta de Holtzmann y las de Rorschach (en su forma colectiva); el Test de Memoria de Objetos y de Memoria de Rostros; el Cuestionario de Intereses Vocacionales de Cleeton, así mismo el Psicodiagnóstico Miokinético de Mira y López.

Arnaldo Cano y la Psicología en Garcilaso

El prestigio y experiencia profesionales de Cano así como su valiosa experiencia administrativa en el plano universitario debieron jugar un rol

22. En el archivo de Cano hemos encontrado copias de los Planes de Trabajo del Departamento Psicotécnico para 1967 y 1969. De ambos puede deducirse el volumen de trabajo que era absuelto por dicho Departamento.

En el Concurso de Admisión de 1967 se planeaba, de acuerdo con el Plan de Trabajo correspondiente a dicho año, “la colaboración con el Servicio de Sanidad del CIMP en el examen médico, en el aspecto examen neuropsiquiátrico: entrevista breve individual a todos los postulantes (cuarenta por día)”; además, por supuesto, el examen psicotécnico (“preparación de la prueba-trabajo exclusivo del Jefe del Departamento-; aplicación en la Escuela Militar de Chorrillos y en provincias, calificación y entrega de resultados en un plazo de cinco días”); el examen neuropsiquiátrico individual (“en el Hospital Militar Central a todos los postulantes aprobados en los exámenes de conocimientos”); y, por último, el informe escrito de cada postulante examinado (que sirve como elemento de referencia para la entrevista que realiza el Jurado del examen de Apreciación General). En el Plan de Trabajo para 1969 presentado al Coronel Jefe del Estado Mayor del CIMP se señalan las siguientes tareas del Departamento Psicotécnico para los cadetes de cada uno de los años: “Alumnos del primer año: (1) Evaluación del nivel de inteligencia general; (2) Evaluación del status socioeconómico y cultural; (3) Aptitudes intelectuales específicas: razonamiento numérico, razonamiento verbal; reacciones caracterológicas de adaptación a la Escuela; Alumnos del segundo año: (1) Inventario caracterológico; (2) Comprensión mecánica; (3) Sociograma; (4) Inventario Multifacético de la Personalidad; Alumnos del tercer año: (1) Cuestionario de Objetivos Personales; (2); Sociograma; (3) Inventario Multifacético de la Personalidad; Alumnos del cuarto año; (1) Inventario caracterológico; (2) Inventario Multifacético de la Personalidad; (3) Estudio sociométrico. Además se presentan tareas específicas para el trabajo de cada escuela. Así, por ejemplo, en Policía Militar: “se evalúa juicio moral, inteligencia general, comprensión de situaciones, potencial neuropático”.

de mucho peso para que el Rectorado de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega le confiara la conducción de la especialidad de Psicología en el recién creado Programa Académico de Ciencias Sociales, que también fue puesto bajo su dirección. El 1 de junio de 1969 ingresa a la docencia en esa universidad, en calidad de Profesor Contratado. El 22 de abril de 1970 se le comunica su nombramiento como Profesor Principal a Tiempo Completo.

Garcilaso había sido fundada en 1964 como una universidad destinada a formar profesores. Nueva, circunscrita en esos años sobre todo a la casona ubicada en la cuadra 36 de la Avenida Arequipa, Garcilaso era dirigida por Ezequiel Sánchez Soto, personaje controversial y sin mucho brillo académico, pero dotado de cualidades ejecutivas. Entendiendo que la Universidad debía crecer y diversificar su oferta de especialidades, Sánchez Soto decidió crear, además de otras, la de Psicología²³. Muchos alumnos que cursaban el primer o segundo año de los Estudios Generales y que no tenían una idea muy clara de cuál sería la especialidad que terminarían escogiendo, se vieron así ante la interesante posibilidad de estudiar psicología. Uno de ellos fue el autor de estas líneas²⁴.

Inicialmente, las clases de la especialidad de Psicología se dictaron en dos turnos –el de la mañana y el de la tarde– en una casa en la esquina de la Avenida Angamos e Independencia; después, el Programa de Ciencias Sociales se trasladaría a un antiguo caserón en el Jirón Recavarren 542,

23. Con fecha 28 de mayo de 1969 se emitió la Resolución Rectoral Nro. 105. Se crea el Instituto de Psicología en Garcilaso después de que el Consejo Nacional de la Universidad Peruana aprobara la creación de las especialidades de Psicología Clínica, Industrial y Psicopedagogía, y se señala “durante el presente año y mientras se crea el programa académico de psicología el Instituto dependerá directamente del rectorado”. Ana María Cabello recuerda que Cano se sintió muy entusiasmado con la posibilidad de retomar la formación de psicólogos, esta vez en Garcilaso.

24. No era muy grande la representatividad de la psicología en Garcilaso antes de la creación de la especialidad. El psiquiatra Hermilio Valdizán hijo enseñaba algunos cursos, y también estaba la psicóloga Elba Ramos López, que había estudiado en la Católica y colaborado con Cano en algunas asignaturas. En todo caso, el que escribe recuerda que el curso de Psicología General al cual asistió era dictado por Virgilio Berrocal Falconí, un abogado que después sería Decano de la Facultad de Derecho y Rector de la Universidad.

en Miraflores; y, de allí, a la tercera cuadra de la Avenida Petit Thouars, de donde tras un tiempo partiría para instalarse definitivamente en la cuadra 36 de la Avenida Arequipa.

La primera plana docente de la especialidad de Psicología en Garcilaso estuvo integrada por Arnaldo Cano, que tenía a su cargo la asignatura de Métodos Psicológicos; Alberto Perales (Doctrinas Psicoanalíticas); Max Silva Tuesta (Teorías de la Personalidad); Mary O'Phelan (Psicología Experimental); César San Román (Estadística); Daniel Jiménez Bruno (Sistemas Psicológicos Contemporáneos); Rosario Panes, que era la Profesora de Psicología del Desarrollo en el turno de la tarde; y Carlos Saavedra Suescum, que lo era en el de la mañana. Los médicos Jorge Barrenechea y Ricardo Rendón tenían a su cargo, respectivamente, el temible curso de Neuroanatomía. En ciclos posteriores enseñaron por tiempo variable Manuel Zambrano (que retornó a Lima después de una temporada en Trujillo, en cuya Universidad fundó la Cátedra de Psiquiatría), Alberto Péndola, Saúl Peña, Delia Matos, Miguel Boado, Alberto Péndola, Américo Bibolini (quien, con el paso de los años, llegaría a ser Coordinador de la Especialidad), Gloria Luna, etc. El primer Secretario Docente fue Enrique Shimabukuro²⁵.

Se trataba, como puede verse, de una plana docente en la que una vez más predominaban los psiquiatras (Cano, Perales, Silva, Jiménez, Saavedra). Como es lógico, cada profesor tenía su estilo de enseñar. Perales, mesurado, basaba la enseñanza de su asignatura en el *Curso básico de psicoanálisis*, de Tallaferró (1965), pero también en el libro de Hollitscher (1967); Mary O'Phelan, con algunos problemas idiomáticos, nos obligaba a leer el árido texto de Woodworth y Schlosberg (1964); Daniel Jiménez Bruno, por su parte, ofrecía una visión panorámica de la historia de la psicología que complementábamos con la lectura asidua de *Las grandes realizaciones de*

25. Profesores en ciclos posteriores fueron, entre otros: Flor Thays, Virginia Guzmán, Pedro Ortíz, Luis Vicuña, José Alva Quiñones, Carlos Ponce, Charles Uculmana, Héctor Lamas, David Jáuregui, Amelia Aréstegui, Julio Carozzo, Alicia Atocha, Aurea Alcalde, Hector Nuñez, Prisca Valdivia, Rubén Huallanca, Pedro Maguiña y Olga Nieto (comunicación personal de J. C. Montero, del 14.12.1993).

la psicología experimental, de Garrett (1966b); y Rosario Panez se basaba sobre todo en el texto de Hurlock (1967).

Algunos libros, hoy día casi olvidados, eran en aquellos años objeto de repetidas lecturas. El que escribe recuerda el consejo de varios profesores de leer *Imagen y apariencia del cuerpo humano*, compleja obra de Paul Schilder (1957), como base para entender la técnica de Machover. *Psicología práctica*, de Charlotte Bühler (1968); y *Psicología social*, de Otto Klineberg (1973), para sólo mencionar dos títulos, eran asimismo muy leídos. El autor de este trabajo recuerda con afecto la *Introducción a la psicología*, de Werner Wolff (1964). Dos libros muy consultados en lo que a teorías de la personalidad se refiere eran *La personalidad*, de Gordon Allport (1970); y, *La estructura de la personalidad*, de Nuttin (1968).

Particularmente problemática y hasta desoladora era la situación en los cursos de Estadística. Si bien San Román era un excelente profesor, mucha de la lógica propia de la estadística era rebeldemente esquiva a nuestro entendimiento. Así, aunque en la pequeña biblioteca del Programa estaba un ejemplar del impresionante libro de Garrett, *Estadística en la psicología y en la educación* (1966a), nosotros lo ignorábamos.

Silva y Cano destacaban de modo especial. El primero despertaba admiración con su cultura literaria y filosófica. En su curso se pasaba cumplida revista a Kretschmer, Sheldon, Fromm, para terminar con una detenida, minuciosa exposición de la teoría de Philipp Lersch, basada en su impresionante libro *La estructura de la personalidad* (Lersch, 1968).

Cano era un caso completamente diferente. Su curso nos parecía árido y por momentos no entendíamos bien qué sentido tenía. Nuestra imagen de la psicología en ese nuestro año inicial de estudios era otra; probablemente muy romántica y poco científica. Sólo con el paso de los años hemos podido entender el rigor de muchas de sus apreciaciones y algunos de sus planteamientos.

La posición de Cano en el estudio de los problemas psicológicos y psiquiátricos era ecléctica. La impresión de eclecticismo se hizo aún mayor

cuando fue Profesor de Psicopatología General y Psiquiatría, asignaturas que desarrolló siguiendo en líneas generales al *Curso de psiquiatría*, de Honorio Delgado (1969). Ahora, con el transcurso del tiempo, es posible reconocer en sus clases, sin embargo, una mesurada inclinación de corte psicodinámico²⁶.

Las prácticas de las dos últimas asignaturas mencionadas, cumplidas en el Pabellón del Larco Herrera, permitían apreciar el perfil del Cano entrevistador. No sólo se trataba, por cierto, del despliegue de las habilidades y comportamientos que se suelen recomendar para el entrevistador (e.g. Rotondo, 1991), sino de la expresión concreta del respeto genuino ante la individualidad y el sufrimiento del paciente. Zambrano (1988) describe –en términos que suscribimos plenamente– las capacidades y habilidades de Cano como entrevistador: “con Cano aprendimos no sólo la forma de la entrevista sino el valor que ella tiene. Cano era todo un maestro de la entrevista y, además, buen psicopatólogo, ducho en captar el fenómeno psíquico y sobre todo interpretarlo y adecuarlo precisamente al diagnóstico” (p. 55).

Ocasión importante para adquirir experiencia en el manejo práctico de instrumentos y en la aplicación grupal de pruebas psicológicas era la participación de algunos de nosotros en el examen psicotécnico a los postulantes a la Escuela de Oficiales del Ejército (bajo la dirección de Cano) y de la Marina de Guerra (que preparaba y llevaba a cabo Américo Bibolini, con la supervisión más bien laxa de Alfredo Beyer Rossell, psiquiatra asimilado a la Marina). En una época en la cual no estaba difundido en el medio el empleo de las computadoras, nuestra labor en el examen comprendía no sólo el control de los postulantes sino también la califi-

26. Manuel Zambrano perfila en los términos siguientes a Cano como psiquiatra: “era un muy buen fenomenólogo y un clínico muy agudo, muy perspicaz en calificar las cosas y en organizarlas sincrónicamente y por supuesto nosológicamente. Con una gran capacidad de relación, buen rapport y un buen psicoterapeuta. Si la consideramos en el momento actual la suya sería una psicoterapia personal-integral”. Zambrano compartió en la década de los setenta varios años el consultorio con Cano en el jirón Pablo Bermúdez.

cación manual –que tenía que ser llevada a cabo con celeridad– de cientos de exámenes²⁷.

En aquellos años éramos pocos los que estudiábamos psicología en Garcilaso; casi todos nos conocíamos y existían suficientes oportunidades para el diálogo con Cano. Era relativamente fácil para los alumnos traspasar el umbral de su oficina y tratar con él dudas y problemas de estudio; y, en algunas ocasiones, hasta dificultades personales. Cuando se produjeron las primeras convulsiones políticas en esa casa de estudios, con su secuela de intranquilidad, huelgas, paros, tomas de local y tantas otras formas de protesta, pudimos ser testigos de su serenidad y permanente disposición al diálogo.

El paso de Arnaldo Cano por Garcilaso fue mucho más breve que el que tuvo por la Católica. Universidad joven, Garcilaso no pudo escapar a los vaivenes, guerras de bolsillo, intrigas y malas andanzas que son el azote de la mayoría de las casas de estudios superiores en nuestro país. En 1972, durante la gestión de Amparo Salinas, Cano se alejó definitivamente de ella. Pero no del recuerdo de los alumnos de aquel entonces, como lo demuestra el que la Primera Promoción de Psicólogos de dicha Universidad, que egresara en 1973, tomara su nombre como epónimo, y lo invitara en calidad de ponente a las Primeras Jornadas de Psicología, organizadas con motivo de la finalización de sus estudios, entre el 25 y el 30 de junio del mismo año.

En Garcilaso Cano creó –virtualmente de la nada– una especialidad aplicando la experiencia de años ganada en la Católica; convocó para la plana docente a un grupo de profesionales fogueados en las aulas de aquella universidad. Estableció un *minimum* de exigencias que incluía un examen de selección, y concretó, durante los tiempos de su gestión, el desarrollo del Instituto de Investigaciones Psicológicas (ubicado en la Avenida Espinar), en el cual los alumnos tenían la posibilidad de practicar.

27. Así, por ejemplo, un documento conservado en el Archivo Personal de Cano nos permite deducir que en el proceso de selección de 1968, 760 postulantes fueron sometidos al examen psicotécnico correspondiente (Datos de los Cadetes de Primer Año (1968), de 23.4.1968).

Como sucede con todo proyecto y con toda realización humanas, habían carencias y deficiencias. Muchos de los que estudiábamos en esa época éramos pródigos con la crítica. Ciertamente, nuestra condición de “primerizos” constituía un excelente pretexto para que con frecuencia nos sintiéramos una suerte de sujetos experimentales.

Algunos desesperábamos con los áridos capítulos iniciales de *Fundamentos de la exploración psicológica*, de Lee J. Cronbach (1963), lectura obligatoria del curso de Teoría de la Medición Mental que tenía a su cargo Miguel Boado. Resultaba más interesante y ameno leer *Tests psicológicos*, de Anne Anastasi (1966), pero lamentablemente el libro de Cronbach contenía detalles y perspectivas ausentes en el de Anastasi.

Delia Matos, Profesora de Pruebas Psicológicas, enseñaba el WAIS pero también exigía la lectura de *Psicología de la inteligencia*, de Jean Piaget (1970); y, por último, con los cursos dedicados al conocimiento y manejo del Psicodiagnóstico de Rorschach (a cargo de Rosario Panez) se volvía imprescindible la lectura del *Manual introductorio a la técnica del Rorschach* (Klopfer & Davidson, 1972).

Había un marcado énfasis en las pruebas psicológicas; un énfasis excesivo para algunos de nosotros. Los psicólogos debíamos ser correctos, hábiles, concienzudos aplicadores de tests e inventarios. En el desarrollo de su curso, Boado nos solicitó una cantidad a nuestro criterio desproporcionada de protocolos del Goodenough. La asignatura de Psicodiagnóstico de Rorschach era temida por el nivel de precisión y de acuciosidad que Rosario Panez pedía en cada uno de los protocolos de dicha técnica. El curso de Diagnóstico Psicológico, que también dictó ella, tenía una clara orientación práctica y concedía gran valor a la correcta aplicación y adecuada interpretación de los hallazgos psicométricos. El que escribe recuerda vívidamente aún hoy, después de tantos años, la minuciosidad con la cual se revisaba el informe, se confirmaban las calificaciones en el Rorschach; y se hacía, al final, una apreciación clínica de cada caso. La llegada del turno de la presentación de nuestros casos era experimentada con una rara mezcla de entusiasmo y de preocupación. El dominio de la psicoterapia y del

aconsejamiento psicológico era apenas entrevisto, si bien el curso de Consejo Psicológico que dictó Gloria Luna fue excelente.

Los alumnos de aquel entonces nos lamentábamos de carecer de una clara, definida orientación doctrinaria (admirando a San Marcos, con su decisión en pro del conductismo, y envidiando a la Católica su enfoque dinámico) y de ser abrumados por cursos de psicometría, y en particular de Pruebas Proyectivas (¡nada menos que tres cursos de Rorschach!).

Algunas de nuestras críticas condujeron (al menos en el ciclo de la tarde) a abiertas rebeliones, como cuando decidimos boicotear el curso de psicología experimental debido a las dificultades para entender el trabajoso castellano de la señora O'Phelan; o cuando nos opusimos al dictado del curso de Psicología de la Adolescencia por parte de un endocrinólogo.

A pesar de estos problemas, la competencia y la autoridad de Arnaldo Cano, una autoridad que no sólo se fundamentaba en su posición formal dentro de la jerarquía administrativa y docente del Programa, nunca fueron puestas en tela de juicio. De allí que su retiro de Garcilaso fuera sentido por todos, alumnos y profesores del Programa, como una lamentable pérdida.

Arnaldo Cano, el Centro de Estudios de Población y Desarrollo y el Instituto Peruano de Seguridad Social

Tras su alejamiento de Garcilaso, se inició una nueva etapa en la vida profesional de Cano. La formación de psicólogos dejó de ser una de sus principales actividades, aunque él permaneció ligado a la institución universitaria, esta vez en la Universidad de Lima²⁸.

28. De acuerdo con un *curriculum vitae*, evidentemente preparado por él, se desempeñó en esta casa de estudios como coordinador académico de la Dirección de Investigación (desde 1975) y Profesor de Metodología de la Investigación (desde 1979). Cano hizo también una breve incursión en el Ministerio de Educación Pública. El Ministerio de Guerra recomendó en 1969 a Cano como Director de Coordinación con Universidades. El 3 de Marzo de 1969 se produjo el nombramiento, pero el 30 de Abril Cano renunció por incompatibilidad.

Fue por esa época que comenzó su trabajo como Director Ejecutivo en el Centro de Estudios de Población y Desarrollo (CEPD), ubicado en aquellos años en el Jirón Máximo Abril, en el distrito de Jesús María, una institución que propiciaba, canalizaba y administraba proyectos de investigación sobre población en diversas áreas de las ciencias sociales.

Las habilidades requeridas para el desempeño de las funciones de Director Ejecutivo en el CEPD (cargo que asumió el 1.7.1972) eran de índole diversa a las propias del desempeño en la dirección de una Facultad²⁹. Aunque también ubicado en el plano de lo académico, el manejo del CEPD exigía dotes de administrador científico, de generador de fondos para proyectos que antes tenían que ser evaluados en términos de su factibilidad como también de su relevancia teórica. Esto trajo consigo una ampliación sustantiva de los horizontes de Cano. De una perspectiva psiquiátrica y psicológica (en muchos casos, predominantemente psicotécnica), él accedió a una panorámica de índole interdisciplinaria

A modo de evidencia de esto es interesante comparar sus trabajos de los primeros años con un amplio artículo, “La población del Perú. Diagnóstico y perspectiva”, que publicara en *Copé*, en 1977, y en el cual formula un conjunto de consideraciones acerca de la población, del rol de la educación y del trabajo (Cano, 1977). “Comentario y análisis de encuestas realizadas en colegios y universidades. Educación sexual”, otro trabajo de la época de Cano en el CEPD (Cano, 1978), pone de relieve también su incursión en el mundo de la investigación de las actitudes sexuales.

Del CEPD (a cuya dirección ejecutiva renunciara el 19 de junio de 1980) Cano pasaría a desempeñarse en el Instituto Peruano de Seguridad Social, en el cual ocupó funciones de gerencia en las áreas de Relaciones Internacionales y Prestaciones de Salud. Se trataba de un trabajo que poco tenía que ver, por cierto, con la psicología. Pero en esos años, a comienzos de la década de los ochenta, la creación del Instituto Nacional de Salud

29. A su designación como Director General del Centro de Estudios de Población y Desarrollo del Ministerio de Salud, Cano presentó su renuncia a la dirección de la Sección Psicotécnica del CIMP, quedando ligado a ella como Asesor ad-honorem.

Mental “Honorio Delgado-Hideyo Noguchi”, un proyecto acariciado por varias generaciones de psiquiatras peruanos (Mariátegui, 1988b), colocó en el centro de la atención pública a la salud mental. El Instituto, fundado y dirigido por Javier Mariátegui, vivía su edad de oro, contando con el generoso apoyo económico y logístico del gobierno japonés y con la conducción acertada, lúcida, del hijo del Amauta. Gracias al entusiasmo de sus integrantes, el “Noguchi” (como se suele llamar al Instituto), emprendía ambiciosos proyectos de investigación y hacía activa presencia a nivel nacional. Este entusiasmo fue contagioso para la Seguridad Social, que decidió crear una organización homóloga. En el marco de sus actividades, Cano volvió a ocuparse de la psicología, ahora desde la perspectiva de la Salud Mental preparando un documento de uso interno, con el título de “Lineamientos de un programa de salud mental”³⁰.

También por esos años Cano publicó, con motivo del día del psicólogo, un breve artículo periodístico titulado “El psicólogo y la sociedad” (Cano 1985). Se pregunta en ese trabajo cómo acoge la sociedad al psicólogo. “De muy diversas maneras: sumisión incondicional, ilusoriamente esperanzada, sobrevalorando su influencia y su saber, negando sus méritos o magnificando sus errores”, responde.

El artículo concluye con una invocación: “Acójase, pues, al psicólogo como un elemento valioso en la administración del curso de la vida de cada persona y en el de las instituciones. Exíjasele, obviamente, eficiencia y rigor científico en su quehacer, sin demandarle más de lo que técnicamente está en condiciones de dar y sin menospreciar su labor” (p. 10).

30. Interesante es anotar lo que escribe con referencia al psicólogo en ese documento: “Psicólogo. Es también elemento indispensable. Como en el caso del psiquiatra, si el caso lo requiere, convendrá la especialización en determinados campos; psicología individual y psicología grupal. El deslinde de funciones entre el psicólogo y el psiquiatra todavía en algunos sectores es materia de discusión, a pesar de que los elementos de juicio para establecer la delimitación están debidamente establecidos. El problema estriba en falta de experiencia y persistencia de prejuicios”.

Arnaldo Cano, lector y escritor

El trabajo asistencial en el Hospital Víctor Larco Herrera como también en instituciones privadas, la prolongada labor docente pero también su escaso interés por la notoriedad, a pesar de poseer cualidades críticas e intelecto agudo, fueron las causas de la productividad científica más bien limitada de Cano. Zambrano y Bazán anotaron la tendencia suya a postergar la finalización de algunos estudios y ensayos, siempre a la búsqueda de mayor información teórica o, sencillamente, por una actitud hipercrítica hacia lo que escribía. Por eso su obra escrita no es muy grande; por el contrario, en comparación con la de otras figuras de la psiquiatría y de la psicología peruanas puede ser considerada pequeña: la *Bibliografía psiquiátrica peruana* (Valdivia Ponce 1981) enumera sólo nueve trabajos de su pluma.

Lo que Cano publicó se encuentra desperdigado en revistas de la especialidad de psiquiatría y en otras publicaciones de índole periódica. En los últimos años, especialmente las páginas del *Suplemento Dominical* de *El Comercio* acogieron numerosos trabajos suyos, necesariamente breves como lo exige el periodismo³¹.

Es una lástima que Cano no dejara un testimonio escrito de mayor envergadura. Quienes lo tratamos y escuchamos sabemos que tenía mucho que decir. En efecto: podría haber dado cuenta de su actividad y de sus experiencias asistenciales, de su práctica psicoterapéutica, así como también de su personal visión de la psiquiatría, madurada en la vinculación cada vez mayor que él tuvo con las ciencias sociales.

31. Francisco Miró Quesada, el Director del *Suplemento Dominical* de *El Comercio*, califica a Cano como brillante periodista y escribe lo siguiente: "Desde que en la década del 50 comenzó a colaborar en el *Suplemento Dominical* de *El Comercio* hasta el presente, publicó interesantes artículos sobre temas de sicología, de sociología, de antropología, crítica de libros y otros tópicos, distinguiéndose por la información y, a la vez, por la gran claridad de la exposición. Además de escribir artículos el Dr. Cano fue Asesor de la Dirección del *Suplemento Dominical* en todo lo concerniente a temas de sicología, demografía y planificación familiar, siquiatria, gerontología y temas afines. Entre sus asesoramientos más importantes deben citarse los "especiales" de nuestro Suplemento dedicados a temas sexológicos, la sicología juvenil y la planificación juvenil y la planificación familiar" (Miró Quesada 1987; p. 11).

La tarea de escribir habría sido además el necesario complemento a su actividad de omnívoro lector y confeccionador de innumerables fichas, en las que registraba los fragmentos más destacados de sus lecturas. Obras del sociólogo Robert Merton, de Bertrand Russell (1872-1970), Pedro Laín Entralgo, Erik Erikson (1902-1994), Honorio Delgado, Lin Yutang (1895-1976), estuvieron entre ellas.

Como todo lector impenitente, Cano tenía sus autores preferidos. Uno de ellos fue el español José Martínez Ruíz (1873-1967), más conocido como Azorín.

Escritor de prosa sencilla, concisa y clara, caracterizada por párrafos cortos y una puntuación muy personal, Azorín nos ha legado una obra impresionante en la cantidad, e incitante y exquisita en la calidad. Sus novelas y su teatro son, de acuerdo con Pérez-Rioja (1977), pequeños cuadros ambientales o breves ensayos. Al lado de la maestría y la perspectiva de abordaje hay en su obra una decidida intuición psicológica, que ha llevado a Domingo (1980) a señalar que “se han comparado sus novelas a una exposición de estampas –a modo de amarillos daguerrotipos– que nos presentan a los personajes en situaciones cruciales de sus vidas o de sus acciones” (p. 84).

Comprensible es por ello que sus obras despertaran el interés de Cano. Quizás porque en ellas encontró el psiquiatra peruano, además, resonancias de su propia disposición espiritual. Quizás porque vio reflejada (o tal vez alimentó) su propensión al diálogo tranquilo, de atmósfera comprensiva; o su logrado esfuerzo por ver al otro y a los otros desde su más favorable perspectiva. García López escribe que “la actitud moral de Azorín parece derivar de un amable escepticismo a lo Montaigne que le hace ver como valores supremos la bondad, la comprensión, la tolerancia, prescindiendo de radicales afirmaciones de orden metafísico o religioso” (García López, 1969; p. 560). Comprensión y tolerancia que distinguieron a Cano.

Cano se sintió igualmente muy atraído por el teatro. De acuerdo con Zambrano, era asiduo concurrente a presentaciones, pero además fue

convocado en varias oportunidades por el Club de Teatro para hacer análisis y comentarios psicológicos sobre personajes de algunas obras teatrales.

El interés por la literatura y el teatro es frecuente entre los psiquiatras, quienes encuentran en trabajos literarios “una situación psicológica típica tan bien descrita que pueden usarla como referencia” (Sigerist, 1987; p. 224)³². Pero no sólo los psiquiatras; también los psicólogos. Son muchos los autores que ofrecen, con su vida misma y con sus obras, abundante

-
32. Edel (1974) resume de la siguiente manera las relaciones entre la psiquiatría y la literatura: “La psiquiatría y la literatura comparten un terreno común –en el interés de ambas disciplinas– en la expresión de la variedad del comportamiento humano; en capturar aberraciones e idiosincrasias del pensamiento; en el estudio de las formas en las cuales el artista se proyecta a sí mismo a través de formas literarias. Mientras en épocas antiguas estas formas fueron consideradas como impersonales, hoy sabemos que ellas expresan y encapsulan las fantasías íntimas de la imaginación por medio de intrincados usos de la memoria, la asociación y reacciones “aprendidas”. Las formas verbales de expresión pueden ser de ayuda a la psiquiatría en su búsqueda de datos, pero ambas disciplinas comparten el propósito del registro biográfico, sea la biografía como arte o como historia de caso. La imaginación creativa y el trabajo onírico del artista pueden llevar a la psiquiatría más allá del diagnóstico y de la terapia ofreciendo proyecciones de casos extraordinarios altamente individuales. Las disciplinas están así capacitadas para trabajar hacia un mejor conocimiento de la creatividad humana cuando toma la forma que describimos como “genio” y extender, por ello, los potenciales de la creatividad humana” (p. 1032). No tanto Edel, sin embargo, sino Aldous Huxley, el cerebral escritor inglés, es, a nuestro concepto, quien mejor ha señalado diferencias y puntos de contacto entre la ciencia y la literatura: “El científico examina una serie de casos particulares, apunta todas las semejanzas y uniformidades, y abstrae de éstas una generalización a cuya luz (después de cotejarse con los hechos observados) todos los otros casos análogos pueden comprenderse y manejarse. Lo que primordialmente le concierne no es la concreción de algún acontecimiento único, sino las generalizaciones abstraídas, en cuyos términos todos los acontecimientos de una clase dada “cobran sentido”. El encaramiento de la experiencia del artista literario –aún de la experiencia de la especie más pública– es muy distinto. La repetición de experimentos y la abstracción a partir de la experiencia de las generalizaciones no le incumben. Su método consiste en concentrarse en algún caso individual, en observarlo tan detenidamente, que finalmente pueda verlo con toda nitidez. Todo particular concreto, público o privado, es una ventana abierta a lo universal. *El rey Lear, Hamlet, Macbeth*: tres espeluznantes anécdotas sobre seres humanos altamente individualizados en situaciones excepcionales. Pero a través del registro de acontecimientos únicos y sumamente improbables que ocurren simultáneamente en los mundos de la experiencia privada y la experiencia pública, Shakespeare vio, y milagrosamente hizo posible que nosotros viéramos, una esclarecedora verdad en todo nivel, desde el teatral al cósmico, desde el político al sentimental y el fisiológico, desde el excesivamente familiar y humano al incognoscible y divino” (Huxley 1979; pp. 12-13). Por último, una excelente revisión de las relaciones entre literatura y medicina puede hallarse en Neve (1993).

materia prima para la reflexión de unos y de otros. Franz Kafka (1883-1924), August Strindberg (1849-1912), James Joyce (1892-1941), Fedor Dostoievski (1821-1881), Eugene O'Neill (1888-1953), Sylvia Plath (1932-1963), Oscar Wilde (1854-1900), por sólo citar unos cuantos nombres, han sido repetida, compulsivamente estudiados, ya sea en su personalidad y existencia o a través del análisis de sus obras.

Es mérito de Freud la sensibilización de psiquiatras y psicólogos con respecto a las inmensas posibilidades que ofrece la literatura para vislumbrar aspectos recónditos del alma humana. Nadie como él ha demostrado tanta capacidad para extraer de ella tantas enseñanzas e intuiciones geniales. “El llamó la atención de los psicoanalistas hacia temas de la literatura, la biografía y el arte”, escribe Rattner (1993), señalando que “*Imago*, la revista que fundara, fue el lugar de las aplicaciones de su disciplina a dichas áreas” (p. 13).

Como “...lector prodigioso totalmente inmerso en el canon de la cultura literaria occidental y explícito admirador del genio creativo” (García, 1991; p. 32), Freud incluyó en sus obras un gran número de referencias a escritores de la antigüedad pero también de nuestro siglo: de Aristófanes, Homero, Sófocles y Esquilo a Romain Rolland, Oscar Wilde, George Bernard Shaw y Henrik Ibsen, pasando por Shakespeare, Goethe, Byron, Molière, Balzac y muchos más. Un excelente ejemplo de la inspiración que encontraba en las obras de arte (que asimismo le confirmaban muchas de sus presunciones) es la referencia a Tancredo, el héroe de *La Jerusalén Libertada*, de Tasso, en *Más allá del principio del placer* (Freud 1967)³³.

33. Peter Gay (1990), en su excelente biografía de Freud, escribe acerca de los intereses literarios del padre del psicoanálisis:

“Mientras suspiraba por su prometida del lejano Wandsbek, Freud llenaba sus horas vacías releyendo el Quijote; lo hacía reír, y le recomendó calurosamente el libro a Martha Bernays, incluso aunque parte de él era más bien “vulgar” y no precisamente una lectura adecuada para su “princesita”. Este era el joven médico pobre que compraba más libros que los que podía permitirse, y que leía las obras clásicas por la noche profundamente conmovido y no menos profundamente divertido. Freud se procuró maestros de muchos siglos: los griegos, Rabelais, Shakespeare, Cervantes, Molière, Lessing, Goethe, Schiller, incluso un agudo conocedor aficionado de la naturaleza humana, Georg Christoph Lichtenberg, alemán del siglo XVIII, médico, viajero

Podríamos decir que a partir de él los psiquiatras y los psicólogos decidieron acercarse a la producción literaria ya no sólo para encontrar solaz, sino también movidos por el ánimo inquisitivo, con la perspectiva profesional, buscando enriquecer su vivencia y su experiencia profesionales

y autor de aforismos memorables. Esos clásicos significaron más para él que aquel psicólogo intuitivo moderno llamado Friedrich Nietzsche” (p. 70).

Más adelante se puede leer, comentando los trabajos de Freud: “Los tratados, monografías y artículos proclaman la amplitud de sus lecturas, su memoria y su exigente sentido del estilo. Como sabemos, a menudo recurría a sus clásicos alemanes favoritos, en especial a Goethe y Schiller, y a Shakespeare, quien le planteaba enigmas fascinantes, y al que podía recitar *in extenso* en su inglés casi perfecto. Ingenios como Heinrich Heine, y humoristas menos sutiles como Wilhelm Busch le proporcionaban ejemplos mordaces. Pero al elegir a sus favoritos, desdeñó a la vanguardia europea de su época; conocía Ibsen, principalmente como valeroso iconoclasta, pero no parece que le gustaran mucho poetas como Baudelaire, o dramaturgos como Strindberg. Entre los vieneses (que en aquellos días estaban escribiendo, pintando y componiendo música en una atmósfera con irreprimibles impulsos modernistas) hemos visto que sólo Arthur Schnitzler merecía su aplauso inequívoco, por sus profundos estudios psicológicos sobre la sexualidad en la sociedad vienesa contemporánea.

Esto no significa que Freud no reservara algo de su tiempo para leer novelas y ensayos por puro placer. Lo haría, y sus gustos eran universales. Cuando necesitaba relajarse (en especial durante las convalecencias de sus operaciones, hacia el final de su vida), saciaba su gusto por los misterios y los asesinatos con autores clásicos de novelas policíacas, como Agatha Christie y Dorothy Sayers. Desde luego, por lo general su material de lectura era más elevado. En 1907, en respuesta a un interrogatorio de su editor Hugo Heller, que le pedía una lista de diez libros “buenos”, Freud incluyó dos escritores suizos, dos franceses, dos ingleses, un ruso, un holandés, un austríaco y un norteamericano: Gottfried Keller y Conrad Ferdinand Meyer, Anatole France y Emile Zola, Rudyard Kipling y Lord Macaulay, Dmitri Merezhkovski, “Multatuli”, Theodor Gomperz y Mark Twain. Lo mismo que sus preferencias en artes plásticas, las literarias eran relativamente seguras, bastante menos atrevidas de lo que podría haberse esperado en semejante inconformista. Pero por lo menos presentaban un poco de rebeldía. “Multatuli”, el ensayista y novelista holandés Eduard Douwes Dekker, tenía algo de reformador político y moral; *El libro de la selva*, de Kipling, podía leerse como una imaginativa protesta contra la artificiosidad de la civilización moderna, y sin duda Mark Twain era el más irrespetuoso de los humoristas” (p. 199).

Pero Freud no fue sólo un amante y conocedor de la literatura, sino en general de las artes. Gombrich, en su excelente *Freud y la psicología del arte* (1971) escribe: “Tan pronto pudo permitirse el lujo, Freud empezó a coleccionar *objects d'art* antiguos y del próximo oriente. Tal vez el recuerdo de sus visitas al admirado Charcot jugó en esto un papel importante. Al describir el pródigamente amueblado estudio de Charcot, Freud no dejó de observar lo siguiente: “Vitrinas con antigüedades de origen indio o chino, la pared cubierta con tapices y pinturas... las otras habitaciones que fugazmente ví, contenían la misma profusión de pinturas, alfombras y curiosidades –en pocas palabras, un museo” (20 de enero de 1886). La pasión por las antigüedades y la devoción por las colecciones estaban entre las pocas indulgencias que Freud se permitiría” (p. 15).

a través del contacto con la novela, el poema y la obra de teatro. Así, después de Freud, muchos psiquiatras han ensayado su pluma en el análisis de obras literarias: mencionaremos sólo a Kurt Schneider (1922) y Ludwig Binswanger (1949).

Pero también entre nosotros encontramos dedicados estudiosos del psiquismo humano, en sus grandezas y en sus miserias. Es así que en su *Curso de psiquiatría* Delgado destaca el valor de “las descripciones de los grandes literatos que sufren y estudian sus flaquezas y anormalidades: Dostoiéwsky, Amiel, Rousseau, Grillparzer, Hebbel, Cellini, Leopardi, De Quincey, Baudelaire, Proust y tantos otros” (1969; p. 29), mientras que Carlos Gutiérrez Noriega (1906-1950) preparó varios trabajos dedicados a analizar las aristas psiquiátricas y psicológicas de la obra de Cervantes (1942, 1944, 1947). En años mucho más recientes, Leopoldo Chiappo ha llevado a cabo magistrales análisis psicológicos de “La Divina Comedia”, de Dante (Chiappo, 1983).

Volvamos, sin embargo, al protagonista de nuestro trabajo.

Ciertamente, Azorín fue sólo uno de los preferidos de Cano. Manuel Zambrano, en su nota necrológica (1988), destaca el conocimiento de la obra de Nietzsche y la de Hesse, y nosotros podemos dar testimonio de su admiración por el segundo, al grado que él solía recomendar a sus alumnos y a sus pacientes la lectura de *Sidharta*, *Demian* y *El lobo estepario*. Francisco Miró Quesada nos señaló, por su parte, que su interés por Hesse fue despertado por Cano.

Nos atrevemos a sostener que si Azorín ofreció a Cano a través de sus obras innumerables oportunidades para la reflexión y el análisis psicológicos, los libros de Hesse estimularon sus disposiciones filosóficas.

“La obra literaria de Hesse –escribe Miró Quesada (1976; p. 160)– es una constante búsqueda, una constante marcha hacia las posibles salidas de los problemas que plantea la condición humana”. Problemas que Cano vio convertidos en realidades de carne y hueso, de nervio y sentimiento, en el ejercicio cotidiano de su trabajo profesional.

Pero no sólo eso. En las obras de Hesse, como lo anota Tucker (1991), hay una exploración delicada al mismo tiempo que objetiva y precisa de los conflictos entre la espiritualidad y la sensualidad, entre lo físico y lo inefable, que cautivó –como en efecto sucedió con varias generaciones– a los jóvenes, y que, además, concitaba y continúa reteniendo el interés de todos aquellos preocupados por el ser humano, su existencia y su destino. “Aunque Hesse no fue un exiliado y posiblemente tampoco un expatriado, sus libros exploran la necesidad para el espíritu peregrino de completar una travesía a través de lejanas tierras de misterio para arribar al autoconocimiento. El viaje a zonas lejanas debe, en algún punto, tener un correlato en el descenso a la profundidad”, concluye Tucker (1991; p. 313).

Como Goethe, Hesse se vio a sí mismo como el eterno peregrino e indagador y su encuentro con la psicología de Jung enriqueció no sólo su visión del mundo (“en lo que respecta a los trabajos escritos después de 1916, su encuentro con el psicoanálisis [sic] de Jung dio una dirección más precisa a la indagación de Hesse acerca de la identidad del hombre”, escribe Bangerter, 1982; p. 366), sino también concedió un original matiz a la textura de su narrativa, debido al empleo de símbolos y de motivos recurrentes (Archer, 1987). De allí el interés que despertó entre tantos. También en Cano.

Placer que generalmente se disfruta y consume en soledad, la lectura “despierta nuestras disposiciones personales y diferencia y configura nuestro ser espiritual” (Delgado, 1957; p. 9). Es por eso que, si Cano hubiera encontrado el suficiente tiempo para la posterior elaboración intelectual vía la propia obra escrita de esas y otras lecturas, para la integración de la experiencia ajena hecha propia a través de la lectura con la vivencia personal evocada o provocada por el libro que tenía en las manos, creemos que nos habría legado una obra de envergadura no sólo en términos numéricos, sino, por supuesto, en lo concerniente al contenido.

Lamentablemente, tal circunstancia no se virtualizó y por ello Arnaldo Cano pertenece a las filas de “ese enigmático grupo de médicos escritores desconocidos, que no hacen pública su vocación literaria” (Mariátegui, 1994; p. 18).

Arnaldo Cano y su concepción del psicólogo

La bibliografía de Cano, escasa como es, pone sin embargo en evidencia su interés por temas psicológicos y, muy en particular, por la psicología como profesión. Varios de los títulos de su producción así lo demuestran. Como resultado de su labor docente en la formación de psicólogos en una época en la cual ellos eran en el Perú una nueva especie, Cano reflexionó acerca de su labor e, indirectamente, acerca de su perfil y de su identidad profesionales.

Es explicable que esto fuera así. De un lado, él estaba intensamente comprometido con la formación de estos nuevos profesionales. Del otro, sus escritos no sólo servían para dar a conocer a los demás lo que significaba esta nueva profesión; también le permitían sistematizar sus ideas en un campo en el cual encontraba sólo antecedentes limitados en nuestro medio.

No fue el único que lo hizo en su momento, ni tampoco el más destacado. Otros psiquiatras peruanos, como Humberto Rotondo (1958) y, especialmente, José Sánchez García, dedicaron artículos enteros a tratar de los psicólogos³⁴. También lo hizo, aunque más bien de modo tangencial, Honorio Delgado (véase, por ejemplo, Delgado 1960, pp. 141-142).

34. Así, por ejemplo, la *Revista del Viernes Médico* presenta en el volumen 18, además del trabajo de Cano "Preparación del psicólogo profesional en nuestro medio" (Cano 1967), al que nos hemos referido varias veces; otro, titulado "Relaciones entre medicina, psicología y psiquiatría" de Víctor Saavedra (1967); y, un tercero, de José Sánchez García, "El psicólogo en nuestros centros de asistencia psiquiátrica" (1967). De todos ellos, sin embargo, Sánchez García fue el que de modo más insistente trató el tema (merecen lectura detenida Sánchez García, 1960, 1961). Uno de sus últimos trabajos sobre el particular es *Principales funciones del psicólogo peruano. Necesidad de ampliar los roles* (1966), preparado cuando se desempeñaba como Director de la Escuela de Psicología de la Universidad Peruana de Ciencias y Tecnología, hoy Universidad Ricardo Palma [El autor agradece al Psicólogo José Canales el haberle dado a conocer este trabajo]. Sánchez García desempeñó asimismo un rol protagonista en la constitución de la Sociedad Peruana de Psicodiagnóstico de Rorschach y Técnicas Proyectivas, fundada el 31 de agosto de 1967, y de la cual él fuera el primer presidente (Sánchez García, 1993). Los psicólogos parecen haber participado en la polémica acerca de su campo de acción con cierto retraso. En el Segundo Congreso Nacional de Psiquiatría Luis Estrada de los Ríos presentó dos trabajos sobre el particular (Estrada de los Ríos, 1971a, 1971b).

Algo diferencia a Cano, sin embargo. Mientras que los trabajos de José Sánchez García son detenidos –por momentos apasionados y en muchos párrafos unilaterales– intentos de definir los parámetros de acción del psicólogo, señalando de modo claro y hasta rotundo su dominio de acción y su subordinación a la profesión médica, hay en los escritos de Cano una consecuente preocupación por establecer lo que hoy denominaríamos estándares de calidad del trabajo del psicólogo.

No es que Cano fuera ajeno al problema de la indefinición de los roles profesionales del psicólogo. En el simposium sobre “Psicología y Medicina” organizado por los Viernes Médicos, señala que “el psicólogo como profesional técnico, con ejercicio bien delimitado, todavía está en proceso, no diré germinal, pero sí en proceso de desarrollo” (Cano, 1967, p. 165). Y, por supuesto, Cano, médico de su época, ve a la psicología clínica como “una rama auxiliar de la medicina” e inclusive recomienda que “debemos incluir a esta disciplina dentro de la esfera de acción y ejercicio de las ciencias médicas” (Cano, 1958; p. 34). Sin embargo, sus grandes preocupaciones eran otras. Una, la óptima integración del psicólogo en las tareas de un hospital general. Otra: el mejor uso y las características del informe psicológico.

Se trata de contribuciones con objetivos más modestos que las de Sánchez García. Este pretende establecer parámetros para una nueva profesión; Cano sólo desea señalar algunos criterios para el desempeño del nuevo profesional. Está ausente en sus trabajos la rotundidad de Sánchez García en defensa de lo que él entendía que eran los fueros del médico en el ejercicio de la psicoterapia. El psicólogo que hoy lea los escritos de este último descubrirá sin mayor esfuerzo la vena polémica de sus argumentaciones, y la casi absoluta imposibilidad que se deduce de ellas, de una psicología clínica autónoma, un aspecto éste –el de la autonomía– crucial, definitorio para las profesiones modernas (McClelland, 1991).

En Cano no había esto. Más bien, se percibe la preocupación por demostrar qué utilidad y qué rol puede tener el psicólogo en las instituciones de salud en general; y también por establecer las características, el

uso y las posibilidades de la forma de comunicación tradicional del psicólogo: el informe psicológico.

En el desempeño de su actividad en la Sección Psicotécnica del CIMP Cano desarrolló una gran sensibilidad con respecto a las singularidades de la comunicación escrita y oral en psicología. ¿Cómo transformar en palabras, en términos precisos y ajustados a la realidad psicológica de cada cual, el cúmulo de experiencias, de vivencias, de hallazgos, de intuiciones y de presunciones, que el psicólogo gana en su contacto –algunas veces único, otras reiterado– con el cliente o el consultante?

A la respuesta a estas preguntas, que –como lo sabe todo psicólogo y, en general todo aquel que tiene que ver con el estudio de la conducta humana– es muy difícil, Cano aplicó lo mejor de sus capacidades. Su rigor y precisión en la tarea de describir (nutridos por su formación fenomenológica); la parsimonia en el análisis y la sobriedad en la formulación de las conclusiones; y, por último, la expresión precisa y castiza; todo esto hizo de él no sólo el excelente psicopatólogo que él fue, sino también el hombre preocupado por una transmisión fidedigna y al mismo tiempo interpretativa de lo visto y de lo observado.

A nuestro entender, Cano debió ser de los primeros entre los preocupados por la psicología en el Perú de su época, en reconocer y conceder valor al informe psicológico. Más aún: en señalar que los parámetros de trabajo y de interpretación del psicólogo en modo alguno tienen que ser los mismos que los del psiquiatra. Y que, por ello, el informe psicológico no tiene que satisfacer o ajustarse a las ideas preconcebidas o a los atisbos clínicos del psiquiatra. “...Creemos que es conveniente que en forma gradual se vaya dejando en libertad al psicólogo para expresar sus verdades de acuerdo con sus hallazgos estrictamente comprobables, basados en el conocimiento científico de su profesión. Es decir, admitir que un informe psicológico no siempre concordará con el diagnóstico clínico”, escribe (Cano, 1963; p. 282). Agregando más adelante: “La monotonía del diagnóstico psiquiátrico (para los usos de las oficinas de estadística) no debe ser también la monotonía del diagnóstico psicológico” (p. 283).

Cano fue muy consciente de la importancia de los informes, de su estructura y de su contenido, pues, como señala Bellak (1975), “el informe psicológico constituye la depuración de todo aquello que podemos llegar a conocer acerca de una persona empleando nuestras herramientas psicológicas y basándonos en nuestras teorías e hipótesis de trabajo” y es un “documento fundamental de la psicología como ciencia, de nuestros métodos de estudio y constituye un documento personal (empleando el término en el sentido dado por Allport) del psicólogo que escribió el informe” (p. 9).

En su “Comentario acerca de los informes de los psicólogos clínicos”, Cano (1963) trata de este tema en detalle. Es importante colocar este trabajo y las apreciaciones de su autor en el contexto de la época en que fue escrito. Se trataba de los años iniciales de la psicología en el país. Comentando la necesidad del informe en la Primera Reunión de la Asociación Psiquiátrica Peruana, Cano comienza por definirlo: “el informe del psicólogo clínico es un documento destinado a la ilustración de un fenómeno psicológico o psicopatológico que recibe y utiliza el psiquiatra, así como el médico general recibe y utiliza el informe del radiólogo o del laboratorista clínico o del anatomopatólogo” (p. 281).

Es fácil imaginar que en los años iniciales de la psicología en el Perú, la finalidad y el sentido, así como la estructura del informe psicológico, no debieron ser adecuadamente entendidos por los colegas de Cano. Ese debió ser el motivo para que insistiera en precisiones y delimitaciones, que permitirían establecer áreas de autonomía, de encuentro y de recíproca influencia. Dejemos que el mismo exponga sus ideas: “el diagnóstico que hace el psiquiatra a menudo es una condensación taxonómica destinada a una ubicación sintética acorde con una determinada clasificación nosográfica, en la cual el propio psiquiatra advierte limitaciones, ya que su apreciación del diagnóstico pluridimensional del caso desborda en mucho lo que escribe como etiqueta diagnóstica. Si se pretende que el psicólogo clínico haga formulaciones paralelas y llegue a iguales conclusiones se está ocasionando un doble mal. De una parte preconizando el diagnóstico psiquiátrico al gusto del psiquiatra y, de otra, creando en el psicólogo la falsa impresión de que ese diagnóstico es el verdadero y total.

El psiquiatra sabe que no es total; el psicólogo no tiene por qué saberlo. Y se asiste así a la deplorable situación de un psiquiatra que incluye dentro de su equipo de trabajo a un subalterno que repite sus diagnósticos con aparente sumisión, al que no estima debidamente y de quien no es debidamente estimado. Nada grave entrañaría esta situación, aparte de la de constituir una relación inarmónica de algunas personas, si no se tratara, además de una falsa labor científica y de un innecesario gasto de energía, tiempo y dinero sin ningún beneficio para los pacientes” (Cano, 1963; p. 282).

Acerca del otro propósito que persigue en sus escritos, el de generar un espacio para el psicólogo, tenemos que señalar que para él la dimensión clínica del trabajo psicológico en modo alguno era la única. Su propia experiencia en la psicología educacional, le permitía reconocer las inmensas posibilidades del psicólogo en el mundo de la educación, como también en el de la empresa. La más decidida exposición de su punto de vista sobre el particular la encontramos en “Incorporación de un departamento de psicología aplicada en los centros de instrucción superior” (Cano, 1963).

En este trabajo Cano rompe lanzas en favor del empleo del psicólogo en tareas que vayan más allá de la simple selección. Quien lea hoy su argumentación la encontrará actual y moderna a pesar de las décadas transcurridas. Cedámosle la palabra: “una prueba del desconocimiento de lo que puede brindar de provecho la psicología en las instituciones docentes es lo que ocurre en todos los casos en que se solicita la colaboración del psicólogo con fines de selección como primera y a veces como única función. Con la sola excepción de la UNI, todas las instituciones que han solicitado psicólogos han incurrido en tal falla. Han obligado a quienes aceptaban la responsabilidad de seleccionar, a fusionar en un sólo momento operacional hipótesis, experimentación, comprobación y aplicación ejecutiva. Hay y ha habido quienes han aceptado y cumplido esa tarea ajena a todo principio científico. No se puede seleccionar si no se conoce la función que el sujeto seleccionado va a realizar. No se puede conocer la función sin estudio previo y sin comprobación de hipótesis. No se puede seleccionar aún conociendo las funciones si no se conoce cuáles serán las

aptitudes adecuadas para cumplirlas y, por último, si no se conoce los procedimientos para explorar dichas aptitudes y se cuenta con la experiencia local –en el propio medio– de tales exploraciones. No estoy proponiendo una negación absoluta a participar en selección. Estoy enunciando las etapas de la misma y reclamando un trato más justo para quienes se esfuerzan en trabajar en psicología aplicada. El trato justo (justo en el sentido de proceso) consistirá en demandar del psicólogo un primer trabajo de averiguación denominado clasificación de aptitudes, clasificación de grupos de presuntos aptos, comprobación ulterior. La siguiente etapa podrá ser la de selección con validez eliminatória” (p. 278).

Sin embargo, en lo tocante al ejercicio de la psicoterapia por parte de los psicólogos, Cano opta por una postura conservadora, propia de aquellos años: “la posibilidad de intervenir en el aspecto terapéutico queda, por obvia, descartada si como tal se entiende toda forma de terapéutica que no sea la exclusivamente considerada como consejo psicológico, que, a la postre, comprende preponderantemente al terreno del psicopedagogo más que del psicólogo clínico en sentido estricto, por lo menos en el estado actual de los conocimientos y experiencia de los técnicos” (Cano, 1963; p. 281).

Arnaldo Cano y la Psicología Gerontológica

La psicogerontología es el área de la psicología en la cual la obra de Cano tiene mayor significado.

¿Cómo es que Cano, formador de psicólogos y administrador científico, deviene interesado en la psicogerontología?

Su interés surgió como un fruto de su propio envejecimiento. “Esa fue una última etapa en la que yo creo que él estuvo más que buscando ciencia por sí, la ciencia y la identidad consigo mismo”, opina Ana María Cabello. Pero también conviene señalar que los años de senescencia de Cano coinciden con una época en la cual la geriatría comienza a desarrollarse en nuestro país. Arbulú Villasis (1993) ha reseñado esta etapa, en

la cual aparecen albergues como el Canevaro (1982), e instituciones como la Fundación Peruana de Ayuda a la Tercera Edad (1984), todo lo cual expresa el interés creciente de la sociedad peruana por la realidad y los problemas del anciano.

Un interés que, por lo demás, existe ya desde muchos años en la cultura occidental, en la que juega un rol de primer orden en la reflexión – obsesionada y angustiada– acerca de la condición humana, a partir del escepticismo surgido allá por el Renacimiento acerca de otra vida después de la muerte (Gruman, 1973).

“Nadie puede dejar de envejecer; sólo puede hacerse la trampa de no admitir que se envejece” escribe Lin Yutang en *La importancia de vivir* (1970; p. 213). El protagonista de este libro no cayó en esa trampa. Cano envejeció con naturalidad, aceptando las limitaciones de la senescencia y asumiendo los roles y derechos que ella trae consigo. Los quebrantamientos de salud hicieron su aparición a fines de los años cincuenta, tras la muerte de su primera esposa, cuando él era un hombre muy joven aún; pero aprendió a vivir con ellos, a integrarlos en su modo de vida y proseguir con sus actividades. Su vivencia del envejecimiento, la conciencia de su propia senectud, se constituyeron en la ocasión propicia, la circunstancia vital estimuladora de su reflexión sobre la vejez.

Se produjo en esta postrera etapa de su existencia el interesante fenómeno de que tanto su trabajo como su tiempo libre tuvieron como denominador común su preocupación por las personas y los problemas de la tercera edad. Interés científico y vivencia cotidiana se conjugaron en una actividad significativa para él, de modo tal que la senectud de Cano fue la virtualización de lo que Charlotte Bühler señala al afirmar que “la gente que envejece con éxito emplea su tiempo en los últimos años en actividades que dan a su vida experiencias de cierre satisfactorias y con sentido” (Bühler 1961; p. 132).

Pero en el estudio de la tercera edad la perspectiva de Cano no fue sólo la del médico; es decir, la del que registra el declive físico, los déficits

cada vez mayores y más evidentes propios de la ancianidad que avanza. Esto, naturalmente, se encuentra presente, pero basta con revisar el índice de sus póstumos *Apuntes para un bosquejo de psicología del envejecimiento* (Cano, 1988b) para reparar que en su modo de ver las cosas está presente también la consideración de aspectos extramédicos y extrapsicológicos. Así, Cano dedica un breve capítulo a la comunicación intergeneracional; otro, a la vivencia del envejecimiento; y, uno más, a formular “un comentario acerca del envejecimiento y la merma del poder”.

Con este modo de enfocar el problema, Cano abre las puertas a una perspectiva humanística de esa etapa de la vida, una perspectiva que no sólo se encamina al tratamiento de las enfermedades propias del anciano sino que también echa luces sobre las posibilidades de desarrollos postreros en la vida, señalando que “no se debe olvidar ...el enorme potencial insuficientemente aprovechado, que representa lo que hombres y mujeres de edad avanzada saben y pueden hacer; potencial que no se utiliza, por negligencia, prejuicio, ignorancia o por mala voluntad” (Cano, 1988b; p. 43).

Las apreciaciones de Cano acerca de la vejez expresan, de otra parte, sus reiteradas preocupaciones por la sociología y la antropología, preocupaciones de larga data, cuyo origen probablemente se encuentra en sus años formativos como médico, que coinciden con importantes progresos en el terreno de la medicina antropológica y el surgimiento del neopsicoanálisis.

Cano en modo alguno ve al geronte como un ser aislado, como una suerte de entidad en el nivel de la más elevada abstracción. Mucho menos como un ser problemático (pues la vejez es una etapa natural de la vida); por el contrario, “las personas claves en el problema del envejecimiento no son los ancianos sino los grupos de edad más jóvenes, quienes son los que determinan la posición y los roles de la persona anciana en el orden social” (Cano, 1988b; p. 45).

Es precisamente la amplitud de su criterio, que supera la perspectiva médica, la que torna posible la visión del problema intergeneracional desde

un ángulo de mayor agudeza: “lo que está en juego para el futuro no es solamente la alienación de los viejos respecto de los jóvenes, sino la alienación de los jóvenes respecto a los otros y, en general, del hombre con respecto al hombre” (p. 45).

Más aún, la estimativa suya se enriquece con frecuentes atisbos de índole filosófica. Así, por ejemplo, es interesante observar la afinidad con algunas ideas de Schopenhauer referidas a la soledad: “La soledad no siempre es impuesta por los demás, contra las apetencias y necesidades del anciano. También existe, en proporción difícilmente objetivable, necesidad de aislamiento, espontáneo y gratificante” (p. 54).

Sin duda alguna, pocos temas se prestan más a la reflexión filosófica a propósito de la ancianidad que el de la muerte. Cano lo aborda.

Hablar de la muerte, pensar en ella; más aún, pensar en nuestra muerte y en la posibilidad de un mundo en el cual estemos definitivamente ausentes, nos provoca gran angustia, tanta que hasta hace algunos años podía hablarse de una conjura para no referirse a ella³⁵.

En el prólogo a *Letzte Tage*, un bello, conmovedor libro que relata, como lo señala el subtítulo, “historias de agonías de dos mil años”, Hans Jürgen Schultz escribe un párrafo con el cual sólo es posible estar de acuerdo: “En todas las épocas se ha intentado –siempre a través de diferentes medios– reprimir, negar a la muerte. Pero lo que es de reciente data es el inmenso conjunto de extraordinarios esfuerzos por esquivar a la agonía. Lo que antes era algo inevitable y hasta natural, esto es, ver y vivenciar la llegada de la muerte, es algo que hoy hemos olvidado y que está prohibido de formar parte de nuestra vida. Hemos decidido retirar de nuestro mundo nuestras últimas así como nuestras primeras horas. Pero,

35. En los últimos tiempos, sin embargo, se ha producido un cambio perceptible en la comunidad académica, pero también en la opinión pública. Evidencia de ello la constituyen los trabajos históricos de Philippe Ariès (e.g. 1982) así como los muy conocidos y discutidos de Elizabeth Kübler-Ross (e.g. 1970, 1983), que han estimulado la reflexión y la investigación sobre el particular por parte de psicólogos, médicos, sociólogos y especialistas de las ciencias humanas.

¿cómo podremos entonces entender la vida, si hemos aislado su comienzo y su fin, y hemos decidido privarnos de la experiencia de nuestra llegada a este mundo así como de la partida de él?” (Schultz 1983; p. 7).

Cano se refiere a esto, si bien, como es comprensible, no trata *in extenso* el tema de la muerte. Pero ¿es que acaso se puede tratar *in extenso* un tema así? De otro lado, aunque ciertamente la muerte abarca toda nuestra vida, todo nuestro ser, al fin y al cabo la vejez supone mucho más que sólo la muerte. La vivencia del progresivo envejecer, la pérdida de los seres queridos, la jubilación, las enfermedades, la posibilidad de la recapitulación última, íntima y fructuosa, de todo lo visto, lo vivido y lo vivenciado; la configuración final de una forma personal, única, serena, desapegada y a la vez comprometida de ver al mundo, a la vida y a los semejantes (es decir, eso que solemos llamar sabiduría); o por el contrario, la desesperación, a la que se refiere Erikson (véase Kaplan *et al.* 1996; pp. 270-276) ante las oportunidades definitivamente perdidas: todo esto es también parte de la vejez y concede a la senectud de cada cual la índole irrepetible que le es propia.

Pero la muerte es el ineludible punto final de la vejez y de la vida misma. Y el hombre tiene dolorosa, lacerante conciencia de ella, pues, como afirma Yeats, “él conoce la muerte, la conoce hasta el tuétano”, dado que “es el hombre mismo quien la ha creado y la mantiene” (1986; p. 17).

Aunque nos sea imposible saber cuándo ni cómo, sabemos, sí, tenemos la absoluta certeza de que hemos de morir (*mors certa, locus incertus*). Nozick (1992), en sus *Meditaciones sobre la vida*, anota que nadie suele tomar en serio la posibilidad de su propia muerte, pero señala que la muerte se torna en algo real tras la desaparición de ambos padres. “Hasta entonces había alguien que debía morir antes, ahora que nadie se interpone entre esa persona y la muerte, le toca el ‘turno’”, concluye (p. 18).

La negación de la muerte, el profundo temor a ella; el vivir y actuar como si nunca fuéramos a dejar de existir, atentan contra una parte sustancial de nuestro ser; nos impiden el acceso pleno a nuestra plena

identidad. Se convierten en formidable obstáculo para el ejercicio cabal (lleno de irrenunciables riesgos y de grandes incertidumbres, pero también de infinitas posibilidades) de nuestra única existencia. Creemos ilusamente que, entre todos los seres humanos, somos nosotros los que no nos vamos a morir, los que nos perennizaremos en la existencia. Conviene que creamos esto, porque nos alivia (Castilla del Pino, 1995) ¿De qué? Pues, entre otras muchas cosas, de responsabilidades decisivas y de decisiones responsables con respecto a nosotros y a los demás.

“La muerte impera afuera y su imperio continuará de modo ininterrumpido, en tanto haya un mundo y un ser. Pero no señorea más en el hombre que en su interioridad la ha superado”, afirmaba Albert Schweitzer, el médico de Lambaréné, en su bella prédica en la Iglesia de Sant Nicolai, de Estrasburgo, el 17 de noviembre de 1907 [“Zum Totengedächtnis”, pp. 67-78; Schweitzer, 1966]. Cuán cercano al célebre pensador se encuentra el psiquiatra peruano al escribir: “pienso que el hombre tiene la más profunda certeza de su libertad, cuando se da cuenta de la inevitabilidad de la muerte” (p. 40).

Apuntes para un bosquejo de psicología del envejecimiento constituye el aporte fundamental de Cano a la psicología como ciencia en nuestro país, y, en particular, a un área de la psicología que recién comienza a perfilarse entre nosotros: la psicología gerontológica. No son, como sabemos, muchos los libros peruanos sobre el tema³⁶ ni tampoco son muchas las investigaciones efectuadas. Schade (1982), al pasar revista al estado de la psicogerontología en el Tercer Mundo, destaca que faltan los estudios empíricos, pero que son frecuentes los libros con interesantes observaciones e ideas. El de Cano es uno de estos libros. No era su propósito, como el título lo indica, presentar de modo orgánico el área de la psicología gerontológica ni ofrecer datos de investigaciones, sino, más bien, proponer reflexiones e intuiciones, preocupaciones y metas, de un hombre que como él se encontraba inmerso en el estudio de la ancianidad.

36. Debe mencionarse el libro de Vivanco (1982) y el de Lladó (1982).

Pocas instituciones tan apropiadas para dicho estudio como la de la Seguridad Social. Fue en el marco de su actuación en el Seguro Social donde Cano impulsó de modo decisivo el estudio y la atención del anciano y, en general, de los problemas de la Tercera Edad. Los problemas humanos que constituyen el objeto de interés de la Seguridad Social; la amplia población geronte a la que ella debe ofrecer sus servicios; y las necesidades físicas, económicas y psicológicas de dicha población, todo esto constituyó un importante acicate para su interés. Su actividad institucional fue constante, como también lo fue su labor de conferenciante: un año antes de su muerte fue invitado por el Colegio de Psicólogos del Perú a participar como Ponente en la Mesa Redonda “Psiquiatría Social y Tercera Edad”, en el Cuarto Congreso Nacional de Psicología.

El fin

La muerte sorprendió a Arnaldo Cano el 24 de agosto de 1987. Fue una muerte prematura, inesperada. El velatorio y el entierro congregaron a familiares, amigos y colegas, así como a innumerables ex-alumnos suyos. El Suplemento Dominical de *El Comercio* publicó un artículo necrológico de la pluma de Francisco Miró Quesada (1987). Las revistas especializadas también publicaron obituarios (La Redacción, 1988; León, 1987; Zambrano, 1988). Uno de ellos señalaba que “hombre discreto y modesto, el Doctor Cano no buscó nunca la figuración y el aplauso”. “Pero, sin él quererlo, su misma modestia le confirió siempre un atractivo y un inmenso ascendiente sobre estudiantes y sobre todos aquellos que lo conocieron” (La Redacción, 1988; p. 261).

Póstumamente apareció un artículo suyo en el *Dominical de El Comercio* (Cano, 1988a). Fue, asimismo después de su muerte que apareció, gracias a la devoción de sus deudos, el libro acerca de la psicogerontología (Cano, 1988b).

La partida definitiva del otro que ha formado parte de nosotros; el abandono en que nos sume el ser querido que nos deja en su marcha a la eternidad, mueven a la recapitulación y acicatean el recuerdo de lo vivido

y lo sentido con él y por él. El paso del tiempo permite integrar el dolor experimentado por la pérdida con las mil experiencias –de todo matiz y de toda ocasión– que se vivieron en su cercanía, y a las cuales –hoy tenemos la absoluta certeza– no habrá de agregarse una más.

¿Cómo recuerda el que esto escribe a Arnaldo Cano?

Conocimos a Cano cuando él frisaba los 50 años y nosotros andábamos finalizando los 19. El era, como ya lo dijimos, el Director del Programa de Ciencias Sociales de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Este cargo directivo lo convertía en obligada y repetida víctima de nuestras consultas, de nuestras interrogantes y hasta de nuestros problemas personales.

La gran mayoría de los que estudiábamos psicología en la que sería la Primera Promoción de Psicólogos de Garcilaso había llegado a esa especialidad casi de manera casual. Tal el caso del autor de estas líneas: sin saber bien qué estudiar mientras transcurría el período de los Estudios Generales, la creación de Psicología en esa casa de estudios ofreció una posibilidad hasta entonces no considerada; una posibilidad por la que terminó decidiéndose.

A nuestras incertidumbres personales se añadían las de una especialidad que recién se iniciaba. Y todo esto, como decimos, conducía como por una suerte de vía tubular a la oficina de Cano, a quien –probablemente– atormentábamos con preguntas, reclamos de la más diversa índole, inopinadas sugerencias y planteamientos, y hasta abiertos despropósitos.

En él había una invariable disposición al diálogo unida a una actitud de plena consideración, casi paternal, que en modo alguno era el recurso técnico del psicoterapeuta avezado, sino que, muy por el contrario, brotaba con plena naturalidad, sin esfuerzo y pose algunos.

Como es lógico, la función directiva suya lo mantenía relativamente distante de nosotros. Pero, como también lo hemos señalado, no era difícil acceder a su oficina. En muchas ocasiones, de la manera más natural la

charla iniciada en ella se prolongaba en la cafetería de la Universidad en torno a una taza de café.

El paso del tiempo permitió que él nos conociera y que nosotros lo conociéramos a él. Para muchos Cano encarnaba la figura de un padre. Su trato afable, su porte carente de poses; su tono de voz más bien bajo; su generosidad para regalarnos tiempo y comprensión; sus reprensiones suaves y plenas de consideración para con nuestra juventud e inexperiencia: todo esto contribuía a la forja de esa figura.

El que escribe fue testigo de todo esto. Pero también fue afortunado beneficiario de las gestiones que *motu proprio* Cano llevó a cabo ante la Comandancia General del antiguo Centro de Instrucción Militar del Perú para que pudiera trabajar durante un periodo de tres meses en 1971 como Auxiliar de la Sección Psicotécnica del CIMP. Nos recibió con alegría; nos abrió las puertas de la Sección confiándonos tareas adecuadas a nuestro nivel de conocimientos; tareas que podíamos llevar a cabo y cuya ejecución exitosa contribuyó a fortalecer nuestra autoestima. En el contacto cotidiano fue para nosotros un modelo; nos enseñó en la acción. Se preocupó por nuestras lecturas; nos sugirió —con la delicadeza que le era característica— temas de tesis y de reflexión. Cuando llegó el momento de la despedida, después de trámites infructuosos por parte suya para prolongar nuestra estancia, nos dio a entender su plena disposición a ayudarnos en cualquier otra ocasión.

Hubo nuevas oportunidades para el encuentro. La que más recordamos fue la del 30 de junio de 1973, el día en el cual la Primera Promoción de Psicólogos de Garcilaso egresaba. Cano ya no formaba parte de la plana docente de dicha casa de estudios, pero igual estuvo presente. Todos los integrantes de esa promoción nos reunimos en la casa de Dora Lema, una compañera nuestra hoy en Florida (EE UU); nos acompañaban Américo Bibolini, Max Silva y Rosario Panéz. Fue una reunión de gran emotividad, en cuyo transcurso tuvimos ocasión de dialogar con Cano.

Afecto y respeto, confianza y gratitud: esos eran los sentimientos que él provocaba en nosotros. Aún hoy esos sentimientos se mantienen lozanos.

En el transcurso de las entrevistas que hemos llevado a cabo hemos podido verificarlo.

Reflexiones acerca de Cano y su aporte a la psicología

Hemos pergueñado así la trayectoria vital de Cano y su contribución a la psicología profesional en nuestro país. Como toda vida concluida, la suya, vista en su totalidad y con la consideración de los logros, triunfos, omisiones y postergaciones que son las constantes de cualquier existencia humana, invita a algunas reflexiones.

Arnaldo Cano fue un profesional de la medicina, es decir una persona entrenada y calificada para ofrecer servicios de salud. Como tal, él ejerció por cuatro décadas la medicina, una profesión de elevado reconocimiento social y con claro perfil.

Desde el comienzo supo cuál iba a ser su rol y qué esperaba la sociedad de su trabajo, pues una profesión es la vía clara y legalmente delimitada por la cual habrá de transitar quien en un momento determinado (y renunciando a otras mil potencialidades que le son ínsitas) opta por ella y la ejerce por el resto de su vida.

Términos, técnicas, procedimientos, formas de pensar y de actuar, en un inicio extraños, son aprehendidos laboriosamente y, con el paso del tiempo, van enraizándose en el profesional hasta hacerse sangre y nervio en él, estableciendo su impronta en su conducta y en su concepción del mundo. Elegida una profesión, el que la abraza se internará en ella con mayor o menor fortuna, haciendo –como diría Machado– camino al andar. El ejercicio de la profesión podrá convertirse en algunos casos en el ejercicio de la vida misma; en expresión omnipresente de la *vita activa* de un individuo. La “carrera profesional” es el nombre que se da al progresivo desarrollo de habilidades y capacidades en el desempeño cada vez más familiar, y cada vez con mayores responsabilidades (y eventualmente con mayores reconocimientos), de funciones y jerarquías. En la “carrera profesional” es central el concepto de sucesión ordenada, relativamente previsible.

Pero algunas personas se atreven a dar saltos, arriesgándose a dejar (de modo definitivo o por períodos) las vías habituales de trabajo para ingresar —muchas veces como precursores— en nuevos dominios del saber.

Pocas disciplinas como la psicología han sido escenario de tales saltos. El estudio de su historia permite verificar la gran frecuencia con la cual personas profesionalmente ajenas a ella han hecho contribuciones de primer orden para la comprensión de los seres humanos. Podríamos tomar prestado de Marilyn E. Marshall (1988) el término de “acróbatas de la psicología” [*psychological acrobat*, calificación que ella utilizó de modo específico en relación a Gustav Theodor Fechner] para calificarlos de algún modo.

Ellos llegaron a la psicología (o influyeron en la evolución de ella) por las vías más variadas; algunas inimaginables. Lo hicieron, en muchos casos, sin darse cuenta de la forma sutil y paulatina en la que iban deslizándose de su rama originaria del saber al conocimiento psicológico (Freud, por ejemplo, inicialmente un estudioso de laboratorio; o Adler, oftalmólogo); una forma de tal sutileza que algunos nunca se consideraron o se sintieron psicólogos (tal el caso de Pavlov y de Bechterev, este último inclusive opositor de la psicología y propugnador de su propio sistema, la reflejología). Y, sin embargo, la psicología de hoy, o aspectos cruciales de ella, serían impensables sin sus ideas. Las de Federico Nietzsche, Soren Kierkegaard, por ejemplo. Las de Bateson, también. Y por último, las de Konrad Lorenz y Ludwig von Bertalanffy, para sólo citar algunos ejemplos³⁷.

37. La bibliografía sobre los autores citados y su influencia en la psicología es abundante y sigue en aumento. Por supuesto, no es el propósito nuestro tratar de ella con detalle. Sólo señalaremos que Seidmann ha escrito un profundo trabajo sobre la psicología en Nietzsche (Seidmann, 1982). A las ideas de Kierkegaard de valor para la psicología, Ernst Becker les ha dedicado bellas páginas en su profundo *The denial of death* (Becker, 1973). Sobre Bateson encontramos una exposición breve de sus ideas en el terreno de la psicología, la psiquiatría y la psicoterapia en Guerin & Chabot (1993; pp. 228-231). Acerca de Lorenz, la biografía de corte popular de Nisbett (1985) es una buena lectura. Sobre ambos hay buenas presentaciones en Segal (1987) y Wasserman (1987). Algunas de las ideas de Ludwig von Bertalanffy de importancia para la psicología están contenidas en *Robots, hombres y mentes* (von Bertalanffy, 1971).

Nosotros, los que vivimos en un país del así llamado Tercer Mundo, somos proclives a creer que estas acrobacias ocurren sólo en las naciones altamente desarrolladas, con sus grandes y prestigiosas universidades, con sus imponentes centros de investigación interdisciplinaria y la flexibilidad académica que les es característica. Pero no es así, pues ellas también han sucedido en el Perú.

En un país como el nuestro, en el cual hasta no hace mucho las posibilidades de especialización estaban inexorablemente ligadas al proceso autodidáctico (cumplido, como lo señala Loayza-1990, p. 9- “en el silencio de las bibliotecas”) tenemos numerosos ejemplos de acróbatas del conocimiento. Podemos mencionar a Julio C. Tello, médico de profesión, pero especializado en antropología en la Universidad de Harvard, cuya contribución fue decisiva en la forja de la arqueología en el Perú; a Jorge Basadre, figura de primer orden en la historiografía nacional pero que, como él mismo dice, preparó su tesis doctoral “en una actitud que podríamos llamar autodocente, sin maestros, sin director de tesis, sin base de ninguna especie que me orientara en los estudios” (Macera, 1979). También a Mariano Iberico Rodríguez, abogado, pero dedicado por completo a la filosofía. Y, por último, a José Carlos Mariátegui, sencillamente un autodidacta, en el más estricto sentido del término.

Eso fue también, *mutatis mutandis*, lo sucedido con Cano. Psiquiatra de profesión, durante las décadas de los 50 y los 60 y aún en los primeros años de la del 70 trabajó activamente en psicología, dirigiendo programas de formación de psicólogos en dos universidades peruanas, jefaturando una sección psicotécnica en las Fuerzas Armadas y, por último, abordando de manera directa temas profesionales de importancia para ella.

Como muchos otros especialistas de su época, Cano hubiera podido circunscribirse al ejercicio de la psiquiatría. El número de psiquiatras en el Perú de aquel entonces no era muy grande; y, por su trabajo universitario, su labor asistencial y sus cualidades personales y profesionales, Cano tuvo una práctica privada que habría podido ampliar en caso de haberse concentrado en el dominio asistencial de su profesión. Ana María Cabello,

Ethel Bazán y Manuel Zambrano concuerdan sin embargo en que el principal interés de Cano era el docente, el de la interacción con jóvenes que se encontraban en proceso formativo, lo cual determinó el relativo descuido de la práctica privada, que, de haber sido cultivada de modo sistemático, le habrían permitido disfrutar de un elevado *standard* de vida y acceder sin mayores dificultades a la costosa bibliografía especializada.

El trabajo de Cano en psicología respondió a esa mezcla original, única, de oportunidades, azar y voluntad, que es en el fondo la vida de cada uno de nosotros. De un lado, estaba su interés en los problemas psicológicos, estimulado por sus estudios y su labor en psiquiatría tanto como por sus lecturas. Del otro, la casi total ausencia de psicólogos debidamente formados (fuera en el Perú o en el extranjero) en capacidad de dirigir los programas de entrenamiento respectivos. Y estaba, asimismo, la demanda por parte de las universidades que deseaban ofrecer una nueva especialidad y que requerían personal que se hiciera cargo no sólo del diseño de los estudios, sino también del dictado de los cursos. Alguien tenía que hacerlo y la Universidad Católica optó por confiar esta tarea a profesionales de la psiquiatría. Sin duda alguna, el prestigio del que goza la profesión médica tuvo su papel en esto, como también el inmenso lustre que había alcanzado en nuestro medio la especialidad de la psiquiatría, gracias al trabajo y a la incansable actividad de hombres de la talla de Honorio Delgado.

La actividad docente, desarrollada en el trabajo de perfilar una nueva profesión, de crearle un espacio y preparar a los futuros profesionales para el eficaz desempeño de las tareas que habrían de caracterizarla, debió ser para Cano (así como para Sánchez García y Caravedo) una labor de gran interés, en la cual se comprometió. Evidencia de ello lo constituye la cantidad de escritos suyos sobre temas psicológicos y, en especial, sobre la profesión del psicólogo.

Cano meditó de manera constante acerca de la formación de los psicólogos en nuestro medio. Pero, como hemos dicho, no sólo reflexionó sino que también, en comunión de esfuerzos con Sánchez García y Caravedo,

tomó decisiones que gravitaron en el desarrollo de la psicología profesional en nuestro medio. Por ejemplo, la de introducir el examen de selección para aquellos que desean estudiar psicología.

Seguidamente, sus ideas sobre el particular: “Nadie podrá objetarme que en nuestro país se han hecho cambios educacionales, en todos los niveles. Nosotros, en el restringido campo de la formación del psicólogo, hemos procurado no hacer grandes cambios, grandes ensayos; hemos preferido mantener una especie de unidad durante un tiempo tal que permita la formación de dos o tres promociones por lo menos, para, advirtiendo las consecuencias de esta formación profesional, poder ensayar las modificaciones posteriores. Es así como con la experiencia de los tres primeros años, impusimos una modificación que es única en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en la Universidad Católica, el ensayo de plantear una selección para ingresar a psicología. Debo reconocer que esto es una imposición, que si bien no está negada específicamente en la Ley Universitaria, tampoco está referida como tal. Si un individuo se presenta a la Universidad e ingresa, puede elegir la profesión que más le plazca dentro de los lineamientos del ingreso. Si ingresa a Letras, puede seguir Educación, Derecho, Filosofía, etc.; sin embargo, obtuvimos autorización de las autoridades universitarias, para exigir un examen de admisión a psicología” (Cano, 1967; p. 197).

Con su trabajo cotidiano, con sus publicaciones, con su labor docente así como con sus reflexiones acerca de una profesión que comenzaba a buscar su perfil en nuestro país, Cano ayudó a sentar las bases de la actividad profesional del psicólogo en el Perú. Su temperamento no era proclive a la teorización excesiva y el momento en que le tocó actuar tampoco favorecía el desarrollo de grandes ensayos teóricos. Era indispensable avanzar haciendo y profundizando en el camino.

Se trataba de dar a conocer a un nuevo profesional, de crearle un espacio en una sociedad como la nuestra (en general poco afecta al cambio y a la innovación), a pesar del perfil más bien borroso que ofrecen –aquí y en todas partes– las profesiones nuevas.

Tarea, sin duda, en extremo difícil y aún hoy cumplida sólo a medias. Transcurridos más o menos dos lustros desde el inicio de la psicología profesional en nuestro medio, Reynaldo Alarcón escribía en el antepenúltimo párrafo de su *Panorama de la psicología en el Perú* (1968), lo siguiente: "La psicología profesional, como carrera emergente en el país, experimenta hondamente la ausencia de reconocimiento social, aun en los círculos cultos" (p. 43). Hoy, a un cuarto de siglo desde que Alarcón publicara su trabajo, esa afirmación conserva todavía mucha actualidad.

Esto nos lleva precisamente a plantearnos una pregunta con la cual finalizaremos. ¿Qué tipo de psicólogo formó o pensó Cano que debía ser formado en las aulas universitarias de nuestro medio?

Señalemos de antemano que sólo tenemos indicios de lo que él meditó sobre el particular. Por lo tanto, nos moveremos en el terreno de la presunción.

La pregunta que nos hemos formulado puede ser contrastada con otra, que fácilmente aparecerá en nuestra mente: ¿qué tipo de psicólogo requiere un país como el nuestro?

En un provocativo artículo Gustav Jahoda (1973) se preguntaba si los países en vías de desarrollo necesitaban a la psicología y si ésta requería de aquellos. Preguntas plenas de sentido y de actualidad, si se mira la realidad del así llamado Tercer Mundo.

Jahoda hace referencia a muchas de las limitaciones de la psicología en nuestros países; limitaciones evidentes y comprensibles dado que nuestra ciencia y nuestra profesión son un producto de la cultura anglosajona (Connolly, 1985). Su filosofía lo es, así como también lo son sus categorías, incluyendo por supuesto las propias de la psicología clínica.

Connolly (1985) propone una psicología en la cual la praxis y la investigación marchen de la mano y se ocupen de algunos de los más dramáticos problemas de nuestros países, como son la pobreza, la desnutrición, el analfabetismo. Una psicología así, intensamente preocu-

pada por los problemas de la realidad social en la cual ella se desarrolla, se convertiría en una efectiva herramienta para la identificación precisa de dichos problemas y para la posterior erradicación de ellos. Tenemos que señalar que, con honrosas excepciones, ha sido recién en las dos últimas décadas que la psicología en nuestro país ha comenzado a preocuparse activamente por los problemas de nuestra realidad (*e.g.* Alarcón, 1986; Majluf, 1993; Pollitt, 1974; Pollitt *et al.* 1996).

Antes de esto, sin embargo, y aún hoy, el modelo que los psicólogos en países como el nuestro asumimos ha sido y continúa siendo el foráneo, tal como se observa de modo meridianamente claro en el caso de la psicología clínica. Vale pues también para ella lo que van Quekelberghe (1991) dice de la psiquiatría transcultural: “Ya en una rápida panorámica de los campos de investigación actuales de la psiquiatría transcultural llama poderosamente la atención el que la psiquiatría desarrollada en Europa y América del Norte sea considerada como universalmente válida. Aún cuando aparezcan fundamentales diferencias entre las culturas occidentales y no-occidentales, esto no significa que los supuestos básicos del paradigma de investigación puedan ser puestos en duda o al menos observados con sentido crítico. ¡Por el contrario! En estos casos, se inicia una intensa búsqueda de deficiencias metodológicas. Cuando esto no da resultados, se subraya el carácter hipotético de los resultados o bien se parte del supuesto que hallazgos futuros, más sólidos, confirmarán la supuesta universalidad de la psiquiatría occidental” (p. 14).

No tenemos indicios que nos permitan afirmar que Cano entró en esta suerte de consideraciones. No cabe duda, más bien, que la idea que él tuvo del psicólogo era la de un profesional dotado de un conjunto de habilidades (especialmente en el terreno psicométrico) que le permitirían satisfacer las necesidades de atención psicológica de los integrantes de la clase media, que es, como lo señala Jahoda (1973), uno de los grupos que más se beneficia con el trabajo psicológico en países como el nuestro.

Importante era, por ello, ofrecer al estudiante un sólido entrenamiento en el manejo de pruebas psicológicas, insistiendo mucho en la adecuada

aplicación de ellas y en el conocimiento de los fundamentos psicométricos. Rosario Panéz, recordando sus años de formación en la Pontificia Universidad Católica y el rol de Cano en aquel entonces, señala que en él había una preocupación por el desarrollo de la vertiente profesional de la psicología. “Quería dar instrumentos a los alumnos; de ahí es que se orientó más al manejo de técnicas. El curso de Diagnóstico Psicológico era básicamente manejar bien las pruebas”, señala. Que el WAIS, el MMPI, el Bender, y, por supuesto, el Rorschach, debían ser cabalmente estudiados, era en verdad un *obligatorium*. Así también, que el estudiante tenía que desarrollar al máximo sus habilidades de entrevistador.

Este énfasis en los aspectos profesionales se encontraba en claro contraste con la creciente insistencia en aspectos ideológicos o el rechazo de la alternativa dinámica como resultado de la introducción del conductismo. Así, en la Universidad Ricardo Palma de los años iniciales de la primera mitad de los 70, el enfoque predominante era el de Henri Wallon; y, en San Marcos, los cursos de pruebas proyectivas pasaban a ser electivos.

El propósito era formar profesionales con un entrenamiento en pruebas y con marcados intereses por la clínica. La formación en el dominio psicoterapéutico quedaba librada a la posterior iniciativa personal; el trabajo investigatorio recibía un interés mucho menor.

Había una consecuencia más bien paradójica de este modo de ver las cosas. Si bien Cano no tuvo mayor producción en el terreno de la investigación, lo cierto es que en su discurso y en sus clases se podía fácilmente observar un énfasis en los aspectos metodológicos de la psicología que él creía que podían estar mejor fundamentados por una formación en el terreno de las ciencias exactas.

Es así que él consideraba que el estudiante de Ciencias estaba mejor preparado que el de Letras para estudiar psicología: “...nuestra posición personal es que mejor es el que estudia dos años de Ciencias que el de Letras; sin embargo, en la administración de la docencia, tal como está organizada en las universidades, estudian psicología solamente los que tienen dos años de Letras” (Cano, 1967; p. 198).

Reafirmando lo dicho, Cano señala: “el psicólogo no debe ser un gimnasta mental; debe ser un individuo dedicado a repetir, a ajustar conocimientos, a integrar conocimientos, a estructurarse una experiencia sobre la base de la observación, experimentación e información. La información inicial tiende a ser entonces de tipo científico, la psicología como ciencia humana, como ciencia antropológica. Encontramos la desventaja del alumno que no tiene conocimientos de neurología, fisiología y anatomía; se da una información bastante reducida en este campo. El ideal sería que nuestros alumnos de psicología terminaran la carrera con un conocimiento muy sólido de la anatomía, fisiología, neurofisiología y de la bioquímica en relación con la psicología. Esto se da de una manera muy elemental” (p. 198).

Este afán de rigurosidad bien podría haberlo llevado al diseño y ejecución de trabajos de investigación de propia factura. Sin embargo, esto no fue así.

Y no lo fue, porque nos parece que Cano era lo que Pongratz (1993) ha dado en llamar “un experimentador de primer orden”; esto es, alguien que aplica los principios de la metodología científica a los problemas del diario vivir, en oposición al “experimentador de segundo orden”, aquel que trabaja en el laboratorio. Ana María Cabello nos señalaba en la oportunidad en la cual la entrevistamos que si bien la imagen que tenían los alumnos de Cano era la del “hombre científico”, en realidad él era un “hombre vivencial”, alguien que tomaba el saber como oportunidad y como vivencia. A esto, que tenía que ver con sus disposiciones temperamentales, se agregó una serie de circunstancias; una de ellas, el escaso desarrollo de la investigación psicológica en su época; otra, las escasas posibilidades para publicar³⁸. Fue a través del asesoramiento de las tesis como Cano participó de modo activo en el trabajo de investigación³⁹.

38. Ciertamente, en el mundo de la psiquiatría se hallaba la *Revista de Neuro-psiquiatría*, pero en lo que se refiere a la psicología no existía en los años en los cuales Cano trabajó en la Universidad Católica y en Garcilaso revista alguna de aparición periódica en nuestro país.

39. Algunas de las tesis en Psicología en la Católica que tuvieron como asesor a Arnaldo Cano son las siguientes: *La prueba de Goodenough en escolares de 6 a 9 años en Cajamarca y Cuzco* (de Amelia

Esto no quiere decir, sin embargo, que él no incursionara en el terreno de la investigación. En 1957, en colaboración con Elsa Felipa y Manuel Escobar, publica en la *Revista de Neuro-psiquiatría* el trabajo titulado "Clorpromacina en las neurosis" (Cano, *et al.*, 1957), en el que informa acerca del estudio de 106 casos de neurosis tratados en el Consultorio de Psiquiatría del Hospital "Daniel A. Carrión". Otros trabajos suyos de investigación deben hallarse en los archivos de los Centros Académicos del Ejército, inaccesibles al público, pues —al igual que la mayor parte de la documentación militar— se encuentran clasificados como "material confidencial" o "material reservado"⁴⁰.

Arétegui Armas, 1966; 60 p.); *Investigación sobre hábitos de estudios en dos grupos de alumnos de diferente condición socioeconómica, a través del Inventario de Hábitos de Estudio de Gilbert Wrenn* (de Américo Bibolini Trucíos, 1973; 50 p.); *Relación entre afán de logro y métodos de crianza en un grupo de niños de 9 a 11 años*, (de María Isabel Burgos Galvez, 1967; 83 p.); *Resultados de la Aplicación del Test de Bender en escolares de la ciudad de Cajamarca* (de Leonor Chavez Urbano 1966, 53 p.); *Estudio y evaluación psicológica en gestantes primíparas con relación al método profliáctico del parto sin dolor* (de Mayela Falvy Valdivieso, 1967; 132 p.); *Algunas opiniones y problemas de adaptación en un grupo de escolares de Lima* (de Nelly Lainez-Lozada Ballón, 1968; 77 p.); *Inventario Multifacético de Personalidad de Minnesota o MMPI: validez y predicción* (de Pierina Liberti Brusco, 1967; 56 p.); *El castigo en el ambiente familiar* (de Rosario Panez, 1964, 133 p.); *Los departamentos psicopedagógicos y la labor de orientación vocacional en nuestro medio* (de Carmela Picasso Pinto, 1964, 266 p.); *La psicología de la comunicación en el periodismo* (de Juan Antonio Robles Ramírez; 1963; 222 p.; coasesorada con Sergio Zapata).

40. De hecho, entre los documentos que la familia de Arnaldo Cano ha puesto a nuestra disposición hemos hallado un informe con el título de "Algunas observaciones sobre el nivel socioeconómico de los cadetes de la EMCH", realizado a partir de una evaluación de los cadetes que ingresaron en 1967 y 1968. De otra parte, en una comunicación dirigida al Coronel Jefe del Estado Mayor del CIMP Cano al presentar el Plan de Trabajo Anual del Departamento Psicotécnico del CIMP se refiere a "Investigación Psicológica del Ejército". "El Departamento Psicotécnico desde 1967, ha sido encargado de realizar una investigación que con el nombre de OBJETIVO 401, la comandancia general ha dispuesto con el fin de evaluar las características psicológicas del personal de Oficiales para contribuir a un mejor conocimiento de las aptitudes para las diversas tareas que debe realizar el Oficial y hacer una más técnica asignación de funciones. Esta investigación concluirá en 1972 y se lleva a efecto por cuenta del Servicio de Sanidad del Ejército". (Doc. 26.2.1969).

De otro lado, asimismo entre sus papeles personales hemos podido encontrar un proyecto de desarrollo de una escala valorativa de la depresión, hasta donde podemos deducir preparada en el marco de las actividades en el Centro de Investigaciones Psiquiátricas y Psicológicas Baltazar Caravedo Prado. El proyecto de dicha escala comprende un sistema de puntuación, valoración de la necesidad del cuadro depresivo, modelo de registro y la descripción de los once items que lo conforman.

Quedan por cierto muchas facetas de Cano por tratar. Por ejemplo, la del administrador científico, rol que desempeñó a lo largo de su permanencia en el CEPD. O la de médico-psiquiatra y psicoterapeuta, en el Larco Herrera, en el Sanatorio de Enfermedades Mentales y en la práctica privada. Propósito nuestro ha sido circunscribirnos a la faceta del psicólogo. Para ser más precisos todavía: a la de pionero de la psicología profesional en el Perú.

Ella, como toda faceta, es parcial; ofrece sólo un fragmento de su pensar y de su actuar. Pero quizás en ella, como en ninguna de las otras, las cualidades académicas de Cano se pusieron mejor de manifiesto. Así como su profunda, sensible humanidad.

Referencias

- Abt, L. E. & Bellak, L., eds. (1967). *Psicología proyectiva. Enfoque clínico de la personalidad total*. Buenos Aires: Paidós, trd. del inglés.
- Alarcón, R. (1961). *Panorama de la psicopedagogía en el Perú*. Lima: Ministerio de Educación Pública, Publicaciones del Instituto Psicopedagógico Nacional.
- Alarcón, R. (1968). *Panorama de la psicología en el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Alarcón, R. (1974). Observaciones sobre la investigación psicológica en el Perú. *Panoramas Psicológicos*, 1 (2), 8-15
- Alarcón, R. (1975). Prólogo. En: R., Alarcón; J., Infante; C., Ponce y Bibolini, A., eds., *La investigación psicológica en el Perú. Memorias del 1er. Congreso Peruano de Psicología*, Lima, Sociedad Peruana de Psicología, p. 5.
- Alarcón, R. (1982). Vigencia del pensamiento de Honorio Delgado en la psiquiatría contemporánea. *Revista de Nuevo-psiquiatría*, 45, 127-151.
- Alarcón, R. (1986). *Psicología, pobreza y subdesarrollo*. Lima: INIDE.
- Alarcón, R. (1994). *El pensamiento psicológico de Walter Blumenfeld*. Lima: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

- Alarcón, R. y León, R., eds. (1996). *Tiempo, sabiduría y plenitud. Estudios sobre la vida y la obra de Honorio Delgado*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- Allport, G. (1970). *La personalidad*. Madrid: Herder, 3era. edic.
- Alva Quiñones, J. (1995). Elogio al maestro. *Anales de Salud Mental*, 11, 175-182.
- Anastasi, A. (1966). *Tests psicológicos*. Madrid: Aguilar.
- Anastasi, A. (1970). *Psicología aplicada* (vol. 4., *Psicología clínica*). Buenos Aires: Kapelusz
- Anderson, H. H. y Anderson, G. L., eds. (1966). *Técnicas proyectivas del diagnóstico psicológico*. Madrid: Rialp, 2. ed., trd. del inglés.
- Anónimo (1935). Nota de presentación al artículo "La psicología moderna", de Walter Blumenfeld. *El Comercio*, ed. del 27.10. (p. 23).
- Anónimo (1959). Instituto de Filosofía y Psicología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. *Revista de Psicología*, 1 (1), 71-74.
- Arbulú Villasis, O. E. (1993). Historia de la geriatría en el Perú (segunda parte). *Boletín de la Sociedad Peruana de Medicina Interna*, 6, 105-111.
- Archer, S. (1987). Hermann Hesse, 1946. En: F. N. Magill, ed., *The Nobel Prize Winners. Literature* (vol. 2: 1927-1961), Pasadena, California, Englewood Cliffs, New Jersey, 489-508.
- Ardila, R. (1986). *La psicología en América Latina. Pasado, presente y futuro*. México, D. F.: Siglo Veintiuno.
- Aréstequi Armas, A. (1966). *La prueba de Goodenough en escolares de 6 y 9 años en Cajamarca y Cuzco*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, tesis de Bachiller en Psicología.
- Ariès, Ph. (1982). *La muerte en Occidente*. Barcelona: Argos Vergara, trd. del francés.
- Bangerter, L. A. (1982). Hesse, Hermann. En: L. S. Klein, editor general, *Encyclopedia of world literature in the 20th century* (vol. 2), New York, Frederick Unger, 365-369.
- Becker, E. (1973). *The denial of death*. New York: The Free Press.
- Bellak, L. (1975) Prólogo. En: W. G. Klopfer, *El informe psicológico. Uso y comunicación de los descubrimientos psicológicos*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

- Bingham, W. v. D. & Moore, B. V. (1973). *Cómo entrevistar*. Madrid: Rialp, 2da. ed.
- Binswanger, L. (1949). *Henrik Ibsen und das Problem der Selbstrealisation in der Kunst*. Heidelberg: Lambert Schneider.
- Blumenfeld, W. (1938). Un nouvel appareil pour l'examen de la reaction réfléchie. *Le Travail Humain*, 6, 431-436.
- Blumenfeld, W. (1946). *Introducción a la psicología experimental*. Lima: Antártida.
- Boring, E. G. (1992). *Historia de la psicología experimental*. México, D. F.: Trillas, trd. del inglés.
- Broncano, F., ed. (1995a). *La mente humana*. Madrid: Editorial Trotta y Consejo Superior de Investigaciones Científicas. (vol. 8 de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*).
- Broncano, F. (1995b). Presentación. En: F. Broncano, ed., *La mente humana*, Madrid: Editorial Trotta y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 11-16.
- Bühler, Ch. (1961). Old age and fulfilment of life with considerations of the use of time in old age. *Vita Humana*, 4, 129-133.
- Bühler, Ch. (1968). *Psicología práctica*. Barcelona: Miracle.
- Bynum, W. F. (1986). Medicina experimental. En: W. F. Bynum, E. J. Browne, y R. Porter, directores, *Diccionario de historia de la ciencia*, Barcelona, Herder, 377-378, trd. del inglés.
- Cano, A. (1949). Problemas y orientación de la sanidad mental en nuestro medio. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 12, 276-291.
- Cano, A. (1950a). Recensión de *Ensayo sobre la teoría de la inteligencia de Spearman*, de L. F. de Onrubia (1949). *Revista de Neuro-psiquiatría*, 13, 132-134.
- Cano, A. (1950b). Recensión de *Les test mentaux en psychiatrie* (vol. 1), de P. Pichot (1949). *Revista de Neuro-psiquiatría*, 13, 138-139.
- Cano, A. (1951a). Resumen de "A new evaluation of the Thematic Apperception Test", de Z. A. Piotrowski [*Psychoanalytic Review*, 1950], *Revista de Neuro-psiquiatría*, 14, 182-183.
- Cano, A. (1951b). Resumen de "Normas aperceptivas para el Test de Apercepción temática", de S. Rosenzweig [*Revista de Psicología General y Aplicada*, 1950]. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 14, 574-575.

- Cano, A. (1952a). Resumen de "Objective evaluation of personality test", de J. Zubin [*American Journal of Psychology*, 1951]. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 15, 90-91.
- Cano, A. (1952b). Resumen de "Aspects of Thematic Apperception Testing: paranoid schizophrenia", de M. Valentine & A. Robin [*Journal of Mental Science*, 1950]. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 15, 379-380.
- Cano, A. (1953a). Resumen de "Contribution á l'étude du test de Tsédeck", de G. Boisson [*Annales Médico-Psychologiques*, 1952]. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 16, 219-220.
- Cano, A. (1953b). Resumen de "The Rorschach test in obsessional neurosis with special reference to the effects of pre-frontal leucotomy", de J. McFie, M. Pierce & O. Zangwill [*British Journal of Medical Psychology*, 1951]. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 16, 221-222.
- Cano, A. (1953c). Resumen de "Resultati e considerazioni critiche circa l'applicazioni del test tsedeck negli schizofrenici e nei loro parenti", de E. Altea [*Rassegna di studi Psichiatrici*, 1952]. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 16, 234-235.
- Cano, A. (1954). Resumen de "De la validité du test de Szondi" de R. Pruschy-Bejarano [*Anales Medico-Psychologiques*, 1953]. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 17, 364-365.
- Cano, A. (1958). Ubicación de la psicología clínica dentro de la psicología general. *Revista del Viernes Médico*, 9, 1,2,3, 34-40.
- Cano, A. (1963). Comentario acerca de los informes de los psicólogos clínicos. *Revista de la Sanidad de la Policía*, 23, 4, 281-283.
- Cano, A. (1966). Características psicológicas del estudiante. *Revista de Ciencias Psicológicas y Neurológicas*, 3 (1-2), 34-42.
- Cano, A. (1967). Preparación del psicólogo profesional en nuestro medio. *Revista del Viernes Médico*, 18 (2), 195-200.
- Cano, A. (1977). La población del Perú: diagnóstico y perspectivas. *Copé*, 8 (8), 2-7.
- Cano, A. (1978). *Comentario y análisis de encuestas realizadas en colegios y universidades. Educación sexual*. Lima: Centro de Estudios de Población y Desarrollo [Serie Nro. 6].
- Cano, A. (1985). El psicólogo y la sociedad. *Dominical*, suplemento de *El Comercio*, ed. del 5.5., p. 10.

- Cano, A. (1988a). Reflexiones sobre los inicios de la vejez. *Dominical Suplemento de El Comercio*, edición del 10.1., pp. 6-7.
- Cano, A. (1988b). *Apuntes para un bosquejo de psicología del envejecimiento*. Lima (compilación de A. Bibolini & E. Cano).
- Cano, A.; Felipa, E. & Escobar, M. (1957). Clorpromacina en las neurosis. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 20, 296-305.
- Castilla del Pino, C. (1995). *Celos, locura, muerte*. Madrid: Temas de hoy.
- Castoriano S., A. (1953). *Las matrices progresivas. Aplicación y resultados entre nuestra población estudiantil*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Medicina, tesis de Bachiller en Medicina.
- Cerdá, E. (1965). *Una psicología de hoy*. Barcelona: Herder.
- Connolly, K. (1985). Can there be a psychology for the Third World? *Bulletin of the British Psychological Society*, 38, 249-257.
- Cronbach, L. J. (1963). *Fundamentos de la exploración psicológica*. Madrid: Biblioteca Nueva, trd. del inglés.
- Cueto, M. (1987). La historia de la medicina y de las ciencias médicas en el Perú hasta 1950. *Boletín de Lima*, 52, 31-35.
- Chiappo, L. H. (1955). Investigación experimental acerca del proceso configurativo noético-perceptivo en los afásicos. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 18, 304-342.
- Chiappo, L. H. (1957). Prueba de integración perceptiva en esquizofrénicos crónicos. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 20, 113-118.
- Chiappo, L. H. (1958). La evocación verbal y categorial en las lesiones cerebrales. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 21, 456-481.
- Chiappo, L. H. (1959). La alteración de la actitud abstracta y la prueba de configuración noético-perceptiva en los pacientes con lesiones cerebrales. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 22, 693-710.
- Chiappo, L. (1983). *Dante y la psicología del infierno*. Lima: Atlas.
- Chiappo, L. (1995). *Presencia espiritual de Honorio Delgado. Maestro de vida superior*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- Chueca, F. (1920). Estudio sobre la capacidad intelectual de los niños en las escuelas de Lima. *Anales de la Facultad de Medicina de Lima*, 6, 46-57 y 122-133.

- David, H. P. (1964). Graduate training abroad. En: L. Blank, & H. P. David, eds., *Sourcebook for training in clinical psychology*, New York, Springer Publishing Company, 219-277.
- Decker, H. S. (1977). *Freud in Germany. Revolution and reaction in science, 1893-1907. Psychological Issues*, Monograph 41, New York, International Universities Press.
- Delgado, H. (1935). Psicología general y psicopatología de la percepción. *Actualidad Médica Peruana*, 1 (4), 231-248.
- Delgado, H. (1936a). Psicología general y psicopatología del pensamiento y la imaginación. *Actualidad Médica Peruana*, 2 (1), 3-37.
- Delgado, H. (1936b). Psicología general y psicopatología del sentimiento. *Actualidad Médica Peruana*, 2, (5), 199-219.
- Delgado, H. (1938a). Psicología general y psicopatología de las tendencias instintivas. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 1, 255-353.
- Delgado, H. (1938b). Psicología general y psicopatología de la conciencia del yo. *Actualidad Médica Peruana*, 3, (11), 473-489.
- Delgado, H. (1953). Letter from Peru. *American Journal of Psychiatry*, 110, 321-323.
- Delgado, H. (1957). *Lectura y cultura*. Lima: Lumen, 2da. ed.
- Delgado, H. (1960). *Enjuiciamiento de la medicina psicósomática*. Barcelona: Científico-Médica.
- Delgado, H. (1969). *Curso de psiquiatría*. Barcelona: Científico-Médica, 5ta. ed.
- Delgado, H. e Iberico, M. (1933). *Psicología*. Lima: Imprenta del Hospital Víctor Larco Herrera.
- Domingo, J. (1980). La prosa narrativa hasta 1936. En: J. M. Diez Borque (coord.), *Historia de la literatura española* (vol. 4, *El siglo XX*), Madrid, Taurus, 71-116.
- Durand Florez, L. (1993). La República: 1900-1993. En: *Compendio histórico del Perú* (vol. 6), Lima: Milla Batres, 9-528.
- Edel, L. (1974). Literature and psychiatry. En: S. Arieti, ed., *American handbook of psychiatry* (vol. 1: *The foundations of psychiatry*), New York, Basic Books, 1024-1033.
- Estrada de los Ríos, L. (1971a). Actualidad de la psicología clínica. En: *Anales del Segundo Congreso Nacional de Psiquiatría*, 440-442.

- Estrada de los Ríos, L. (1971b). La ley de profesionalización del psicólogo. En: *Anales del Segundo Congreso Nacional de Psiquiatría*, Lima, 442-445.
- Fenichel, O. (1964). *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Buenos Aires: Paidós, 2da. ed., trd. del inglés.
- Freeman, C. P. L. (1987). Comentary to "A new method of shock therapy: electroconvulsive therapy" (summary). U. Cerletti y L. Bini. En: C. Thompson, ed., *The origins of modern psychiatry*, Chichester, New York, Brisbane, Toronto, Singapur, John Wiley and Sons, 259'273.
- Freud, S. (1967). Más allá del principio del placer. En: *Obras completas* (vol. 1), Madrid, Biblioteca Nueva, 1097-1125.
- García, E. E. (1991). Trivializando a Freud. Un examen crítico de *Freud*, de Peter Gay. *Cuadernos Psicoanalíticos* (Guadalajara, México), 10, 28-39.
- García López, J. (1969). *Historia de la literatura española*. Barcelona: Vicens-Vives, 14. ed.
- Garrett, H. E. (1966a). *Estadística en psicología y educación*. Buenos Aires: Paidós, trd. del inglés
- Garrett, H. E. (1966b). *Las grandes realizaciones de la psicología experimental*. Buenos Aires: Paidos
- Gay, P. (1990). *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidos, trd. del inglés.
- Gombrich, E. H. (1971). *Freud y la psicología del arte. Estilo, forma y estructura a la luz del psicoanálisis*. Barcelona: Barral.
- Gruman, G. J. (1973). Longevity. En: Ph. P. Wiener, editor en jefe, *Dictionary of the history of ideas* (vol. 3), New York, Charles Scribner's Sons, 89-93.
- Guardini, R. (1974). *Una ética para nuestro tiempo*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Guerin, Jr., Ph. J. & Chabot, D. R. (1993). Development of family systems theory. En: D. K. Freedheim, ed.; y H. J. Freudenberger, J. W. Kessler, S. B. Messer, D. R. Peterson, H. H. Strupp, & P. L. Wachtel, eds. asocs., *History of psychotherapy. A century of change*, Washington, D. C., American Psychological Association, 225-260.

- Guerra, L. A. & Cano, A. (1951). La enseñanza de la psiquiatría. En: *Trabajos del I. Congreso Panamericano de Educación Médica*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 211-218.
- Gutiérrez Noriega, C. (1942). La contribución de Miguel de Cervantes a la psiquiatría. *Revista de Estudiantes de Medicina*, 6, 7, 5-9.
- Gutiérrez Noriega, C. (1944). Contribución de Cervantes a la psicología y a la psiquiatría. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 7 (2), 149-190.
- Gutiérrez Noriega, C. (1947). La personalidad y el carácter en la obra de Cervantes. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 10 (4), 516-541.
- Herrera Abad, L. (1976). Algunas ideas sobre la psicología en el Perú. *Cuadernos del Consejo Nacional de la Universidad Peruana*, 20-21, 24-27.
- Hollitscher, W. (1967). *Introducción al psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 5ta. ed., trd. del inglés.
- Hurlock, E. (1967). *Desarrollo psicológico del niño*. Nueva York.
- Huxley, A. (1979). *Literatura y ciencia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ingham, K. (1988). Oral history. En: J. Cannon, R.H.C. Davis, W. Doyle, & J. P. Greene, eds., *The Blackwell dictionary of historians*, Oxford, Basil Blackwell, 309-310.
- Inti Luna, R. (1941). Ensayo de la prueba de Rorschach en 104 niños. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 4, 249-262.
- Jahoda, G. (1973). Psychology and developing countries: do they need each other? *International Social Sciences Journal*, 25, 461-474.
- Jobe, T. H. & Rudy, L. H. (1986). On some decisive influences in the development of Latin American psychiatry. *Psychiatric Journal of the University of Ottawa*, 11 (4), 193-198.
- Kaplan, H. I.; Sadock, B. J. & Grebb, J. A. (1996). *Sinopsis de psiquiatría. Ciencias de la conducta-psiquiatría clínica*. Buenos Aires: Panamericana, trd. del inglés, 7ma. ed.
- Klineberg, O. (1973). *Psicología social*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, trd. del inglés.
- Klopfer, B. & Davidson, H. H. (1972). *Manual introductorio de la técnica del Rorschach*. Buenos Aires: Paidós, trd. del inglés.
- Kubler-Ross, E. (1970). *On death and dying*. Londres: Tavistock Publications.

- Kübler-Ross, E. (1983). *On children and death*. Londres: Souvenir Press.
- L'Abate, L. (1967). *Principios de psicología clínica*. Buenos Aires: Paidós, trd. del inglés.
- La Redacción (1988). Arnaldo Cano (1919-1987). *Psicología y Sociedad*, 1, 261.
- León, R. (1981). El aporte de Blumenfeld a la psicología en habla castellana. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 36, 941-951.
- León, R. (1982). Dos psicólogos peruanos: Walter Blumenfeld y Honorio Delgado. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 28, 310-318.
- León, R. (1983a). Honorio Delgado y el psicoanálisis, 1915-1930: un estudio cuantitativo. *Revista de Psicología*, 1, 107-128.
- León, R. (1983b). Un pionero de la psicología en América Latina: Walter Blumenfeld. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 15, 433-452.
- León, R. (1986). La Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas y su significado. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 49, 102-121.
- León, R. (1987). Arnaldo Cano, in memoriam. *Anales de Salud Mental*, 3, 299-300.
- León, R. (1989). *Habent sua fata libelli*. *Psicología*, de H. Delgado y M. Iberico. Esencia y destino de un clásico. *Revista de Psicología*, 7, 167-187.
- León, R. (1992). Walter Blumenfeld y la posibilidad de una psicología peruana. *Más Luz*, 1, 73-86.
- León, R. (1993). *Contribuciones a la historia de la psicología en el Perú*. Lima: CONCYTEC.
- León, R. & Kagelmann, H. J. (1991). Zwei Emigranten in Südamerika: Der Briefwechsel zwischen Walter Blumenfeld und Emilio Mira y López. *Psychologie und Geschichte*, 3, 65-76.
- León, R. & Kagelmann, H. J. (1992). Die Anfänge der Psychoanalyse in Lateinamerika: Der Fall Honorio Delgado. *Psychomed*, 4, 123-127.
- León, R. & Kagelmann, H. J. (1993). Ein Abriss der Geschichte der peruanischen Psychologie in 20 Jahrhundert. En: R. León, & H. J. Kagelmann, eds., *Psychologie in Peru*, Munich, Profil Verlag, 29-65.

- León, R. Salas, R. (1986). Trece años después: una aproximación a la psicología peruana en 1966 y en 1979. *Revista de la Universidad Ricardo Palma*, 8-9, 67-76.
- León, R. & Zambrano Mora, A. (1992). Honorio Delgado: Un pionero de la psicología en América Latina. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 24, 401-423.
- León, R. & Zambrano Mora, A. (1996). Carlos Alberto Seguín (1907-1995). *Más Luz*, 3 (1), 163-167.
- Lersch, Ph. (1968). *La estructura de la personalidad*. Barcelona: Scientia, trd. del alemán.
- Le Senne, R. (1973). *Tratado de moral general*. Madrid: Gredos, trd. del francés.
- Liberti Brusco, P. (1967). *Inventario Multifacético de la Personalidad de Minnesota o MMPI, Validez y predicción*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, tesis de Bachiller en Psicología.
- Lin Yutang (1970). *La importancia de vivir*. Buenos Aires: Sudamericana, 28. ed., trd. del inglés.
- Loayza, L. (1990). *Sobre el 900*. Lima: Mosca Azul.
- Lladó, M. (1982). *Introducción a la geriatría*. Lima.
- Macera, P. (1979). *Conversaciones con Basadre*. Lima: Mosca Azul.
- Majluf, A. (1993). *Marginalidad, inteligencia y rendimiento escolar*. Lima.
- Mariátegui, J. (1956). *Psicopatología de la intoxicación experimental con la dietilamida del ácido d-Lisérgico (LSD 25)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Medicina, tesis de Bachiller en Medicina.
- Mariátegui, J. (1981). *Hermilio Valdizán. El proyecto de una psiquiatría peruana*. Lima: Biblioteca de Psiquiatría Peruana.
- Mariátegui, J. (1985). Humberto Rotondo Grimaldi. Proyecto, trayectoria y destino. *Anales de Salud Mental*, 1, 251-269.
- Mariátegui, J. (1988a). Alex Castoriano Salem (1923-1988). *Revista de Neuro-psiquiatría*, 51, 127-130.
- Mariátegui, J. (1988b). *Salud Mental y realidad nacional. El primer quinquenio del Instituto Nacional de Salud Mental*. Lima: Biblioteca de Psiquiatría Peruana.

- Mariátegui, J. (1989). Sigmund Freud en el Perú. Notas para la historia del movimiento psicoanalítico en Iberoamérica. En: H. Delgado, *Freud y el psicoanálisis. Escritos y testimonio*. Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia (compilación de J. Mariátegui), 15-65.
- Mariátegui, J. (1990). Baltazar Caravedo Carranza. *El Comercio*, ed. del 14. 3; p. A-2.
- Mariátegui, J. (1994). *La medicina como arte literario en el Perú*. Lima: edición privada.
- Mariátegui, J. (1995). Carlos Alberto Segúin (1907-1995). *Revista de Neuro-psiquiatría*, 58, 299-302.
- Marshall, M. E. (1988). Gustav Theodor Fechner: psychological acrobat. En: J. Brozek, & H. Gundlach, eds., *G. T. Fechner and psychology*, Passau, Passavia Universitätsverlag, 31-43.
- McClelland, Ch. E. (1991). *The German experience of professionalization. Modern learned professions and their organization from the early nineteenth century to the the Hitler era*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Miró Quesada, F. (1976). Hesse, la poesía como salvación. En: D. Sobrevilla, ed., *Introducción a la literatura alemana. De Goethe a Thomas Mann*, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia, 159-173.
- Miró Quesada, F. (1987). Arnaldo Cano. Una muerte que enluta la ciencia. *Dominical, Suplemento de El Comercio*, ed. del 06.09; p. 11.
- Nahoum, Ch. (1968). *La entrevista psicológica*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Neve, M. (1993). Medicine and literature. En: W. F. Bynum, & R. Porter, eds., *Companion encyclopedia of the history of medicine* (vol. 2), Londres, New York, Routledge, 1520-1535.
- Nisbett, A. (1985). *Lorenz*. Barcelona: Salvat, trd. del inglés.
- Nozick, R. (1992). *Meditaciones sobre la vida*. Barcelona: Gedisa, trd. del inglés.
- Nuttin, J. (1968). *La estructura de la personalidad* Buenos Aires: Kapelusz, trd. del francés.
- O'Neil, W. M. (1975). *Los orígenes de la psicología moderna*. Caracas: Monte Avila, trd. del inglés.
- Perales, A. (1990). Baltazar Caravedo Carranza, 1915-1990. *Anales de Salud Mental*, 6, 187-188.

- Pérez-Rioja, J. A. (1977). *Diccionario literario universal*. Madrid: Tecnos.
- Peters, R. S. & Mace, C. A. (1967). Psychology. En: P. Edwards, ed., *The Encyclopedia of Philosophy* (vol. 7), New York, The Macmillan Company & The Free Press, y, Londres, Collier-Macmillan; 1-27.
- Piaget, J. (1970). *Psicología de la inteligencia*. Buenos Aires: El Ateneo, trd. del francés.
- Pickstone, J. B. (1990). Physiology and experimental medicine. En: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie, & M. J. S. Hodge, eds., *Companion to the history of modern science*, Londres, New York, Routledge, 728-742.
- Pike, F. B. (1969). *The modern history of Peru*. New York, Washington: Praeger.
- Pollitt, E. (1974). *Desnutrición, pobreza e inteligencia*. Lima: Retablo de Papel.
- Pollitt, E.; Jacoby, E. y Cueto, S. (1996). *Desayuno escolar y rendimiento. A propósito del Programa de Desayunos Escolares de FONCODES en el Perú*. Lima: Apoyo.
- Pongratz, L. J. (1993). Selbstdarstellung. En: E. G. Wehner, ed., *Psychologie in Selbstdarstellungen* (vol. 3), Berna, Gottingen, Toronto, Hans Huber, 227-244.
- Ramos López, E. (1965). *Adaptación de los subtest de vocabulario de las escalas de inteligencia Stanford-Binet, Forma L-M; y Wechsler para niños en una muestra de la población primaria del Callao*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, tesis de Bachiller en Psicología.
- Rapaport, D. (1965). *Tests de diagnóstico psicológico*. Buenos Aires: Paidós, trd. del inglés.
- Rattner, J. (1993). Sigmund Freud und die Kunst. En: J. Rattner, & G. Danzer, eds., *Kunst und Krankheit in der Psychoanalyse. Oscar Wilde, Camille Claudel, Rainer Maria Rilke, Paul Klee, Fjodor M. Dostojewski, Anton Tschekow*, Munich, Quintessenz, 11-57.
- Rey de Castro, A. (1983). Freud y Honorio Delgado: crónica de un desencuentro. *Hueso Humero*, Nro. 15-16, 5-76.
- Rey de Castro, A. (1996). Honorio Delgado y el psicoanálisis. En: R. Alarcón, & R. León, eds., *Tiempo, sabiduría y plenitud. Estudios sobre*

- la vida y la obra de Honorio Delgado*, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia, 61-71.
- Rotondo, H. (1958). Relaciones de la psicología clínica con la psiquiatría. *Revista del Viernes Médico* 9, 1-2-3, 41-47.
- Rotondo, H. (1991). El examen mental. En: A. Perales C., M. Zambrano Z., G. Vásquez-Caicedo, A. Mendoza, eds., *Manual de psiquiatría "Humberto Rotondo"*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 4-8.
- Saavedra, V (1967). Relaciones entre medicina, psicología y psiquiatría. *Revista del Viernes Médico*, 18, (2), 201-205.
- Saavedra V., V. (1992-1993). Psiquiatría y filosofía en Honorio Delgado. *Acta Herediana*, 13 (2da. época), 48-56.
- Sal & Rosas, F. (1944). Experimentos con una prueba para la memoria de fijación. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 7, 92-108.
- Salazar Romero, C. (1952a). El Instituto Psicopedagógico Nacional y la investigación educacional en el Perú. *Revista de la Facultad de Educación*, 3 [5], 3-6.
- Salazar Romero, C. (1952b). Necesitamos investigación educacional. *Revista de la Facultad de Educación*, 3, [5], 7-11.
- Sánchez García, J. (1951). *Psicodiagnóstico de Rorschach. Contribución al estudio de las respuestas de forma en nuestra población*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Medicina, tesis de Bachiller en Medicina.
- Sánchez García, J. (1958). Los indios aguarunas vistos a través del Rorschach. *Boletín del Departamento de Higiene Mental*, 1, 4-5, 10-37.
- Sánchez García, J. (1960). Necesidad de delimitar las funciones del psiquiatra y del psicólogo. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 23, 253-278.
- Sánchez García, J. (1961). Algunas consideraciones sobre la preparación del psicólogo. *Revista Psiquiátrica Peruana*, 4, 72-86.
- Sánchez García, J. (1965). La cultura aguaruna vista a través del Rorschach. *Revista de Sanidad de la Policía*, 25, 1-6, 177-194.
- Sánchez García, J. (1966). *Principales funciones del psicólogo peruano. Necesidad de ampliar los roles*. Lima: Universidad Peruana de Ciencias y Tecnología.

- Sánchez García, J. (1967). El psicólogo en nuestros centros de asistencia psiquiátrica. *Revista del Viernes Médico*, 18, (2), 206-211.
- Sánchez García, J. (1984). Apuntes para la historia del Departamento de Psiquiatría de Hospital Central de Policía (segunda parte). *Revista de la Sanidad de las Fuerzas Policiales*, 45 (2), 179-189.
- Sánchez García, J. (1993). Expectativas por la creación de la Sociedad Peruana de Psicodiagnóstico de Rorschach y Técnicas Proyectivas (lo que se dijo hace 25 años). *Cuadernos Psicológicos*, 1 (1), 11-21.
- Sardón, M. (1968). *Evocación de Walter Blumenfeld*. Lima: edición del autor.
- Sartorius, N. (1990). Sources and traditions of psychiatric classification: introduction. En: N. Sartorius, A. Jablensky, D. A. Regier, J. Denning Burke, Jr., & R. M. A. Hirschfeld, eds., *Sources and traditions of classification in psychiatry*, Toronto, Lewinston (N. Y.), Berna, Goettingen, Stuttgart, Hogrefe & Huber, 1-6.
- Schade, B. (1982). Aging and old age in developing countries. En: H. Thomae & G. Maddox, eds., *New perspectives on old age*, New York, Springer, 98-112.
- Schilder, P. (1957). *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. Buenos Aires: Paidós, trd. del inglés.
- Schneider, K. (1922). *Der Dichter und die Psychopathologie*. Colonia: Rheinland.
- Schultz, H. J. (1983). *Letzte Tage. Sterbengeschichten aus zwei Jahrtausenden*. Stuttgart-Berlín: Krunz Verlag, 7-8.
- Schweitzer, A. (1966). *Strassburger Predigten*. Munich: C. H. Beck [ed. por U. Neuenschwander].
- Seidmann, P. (1982). Die perspektivische Psychologie Nietzsches. En: H. Balmer, ed., *Geschichte der Psychologie* (vol. 1: *Geistesgeschichtliche Grundlagen*), Weinheim y Basilea, Beltz, 358-421.
- Segal, D. A. (1987). Gregory Bateson. En: R. Turner, ed., *Thinkers of the twentieth century*, Chicago, Londres, St. James Press, 2da. ed., 44-46.
- Seguín, C. A. (1982). Honorio Delgado y el psicoanálisis. En: *Tres facetas*, Lima, 11-108.

- Seguín, C. A. (1990). Entrevista. En: R. D. Alarcón, *Identidad de la psiquiatría latinoamericana. Voces y exploraciones en torno a una ciencia solidaria*, México, D.F., Siglo Veintiuno Editores, 579-593.
- Selltiz, C.; Jahoda, M.; Deutsch, M. & Cook, S. W. (1965). *Métodos de investigación en las relaciones sociales*. Madrid: Rialp, trd. del inglés.
- Sigerist, H. E. (1987). *Civilización y enfermedad*. México, D. F.: Instituto Nacional de Salud Pública y Fondo de Cultura Económica [1943], trd. del inglés.
- Silva Santisteban, F. (1995). *Historia de nuestro tiempo*. Lima: Universidad de Lima.
- Silva Tuesta, M. (1979). *Conversaciones con Seguín*. Lima: Mosca Azul.
- Silva Tuesta, M. (1994). *Carlos Alberto Seguín. Otros perfiles, otros frentes*. Lima: Fondo Editorial del Banco Central de Reserva del Perú.
- Stubbe, H. (1987). *Geschichte der Psychologie in Brasilien. Von den indianischen und afrobrasilianischen Kulturen bis in die Gegenwart*. Berlín: Reimer.
- Sullivan, H. S. (1964). *La teoría interpersonal de la psiquiatría*. Buenos Aires: Psique.
- Székely, B. (1952). *Los tests*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Tallaferro, A. (1965). *Curso básico de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2da. ed.
- Tucker, M. (1991). Hermann Hesse. En: M. Tucker, ed., *Literary exile in the twentieth century. An analysis and biographical dictionary*, New York-Westport, Conn.-Londres, Greenwood Press, 312-313.
- Turner, R. S. (1982). Helmholtz, sensory physiology, and the disciplinary development of German psychology". En: W. R. Woodward, & M. G. Ash, eds., *The problematic science. Psychology in nineteenth-century thought*, New York, Praeger, 147-166.
- Valdivia Ponce, O. (1964). *Historia de la psiquiatría*. Lima: edición del autor.
- Valdivia Ponce, O. (1981). *Bibliografía psiquiátrica peruana*. Lima: edición del autor.
- van Quekelberghe, R. (1991). *Klinische Ethnopsychologie. Einführung in die transkulturelle Psychologie, Psychopathologie und Psychotherapie*. Heidelberg: Ronald Asanger.

- Vargas López, M. (1995). Carlos A. Seguí Escobedo (1907-1995). *Revista de Psicología* (PUCP), 13, 265-270.
- Vivanco, C. (1982). *Tercera edad: aspectos del envejecimiento humano*. Lima: P. & L. Villanueva.
- von Bertalanffy, L. (1971). *Robots, hombres y mentes*. Madrid: Guadarrama, trd. del inglés.
- Wasserman, F. E. (1987). Konrad Lorenz. En: R. Turner, ed., *Thinkers of the twentieth century*, Chicago, Londres, St. James Press, 2da. ed., 472-474.
- Wolff, W. (1964). *Introducción a la psicología*. México, D. F. Fondo de Cultura Económica.
- Woodworth, R. S. & Schlosberg, H. (1964). *Psicología experimental*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2 vols., trd. del inglés.
- Yeats, W. B. (1986). *Poesía y teatro*. Barcelona: Orbis, trd. del inglés.
- Zambrano Mora, A. & León, R. (1997). La psicoterapia en el Perú: un informe. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 6, 177-182.
- Zambrano, M. (1988). Arnaldo Cano Jáuregui (1919-1987). *Revista de Neuro-psiquiatría*, 51, 54-57.
- Zegans, L. S. & Bruce, S. V. (1989). Aspectos conceptuales en la historia de la psiquiatría. En: H. H. Goldmann, ed., *Psiquiatría general*, México, D.F., El Manual Moderno, 2da. ed., 5-19.

Documentos personales de Arnaldo Cano

Gracias a la amabilidad de la familia del Dr. Cano hemos tenido acceso a una serie de documentos personales y profesionales de él (oficios dirigidos a autoridades de los centros en los cuales trabajó; informes, memorandums, apuntes de reuniones, innumerables fichas bibliográficas) que nos han sido de particular utilidad para la elaboración de este trabajo. No podemos hacer un recuento minucioso de la documentación revisada, pues es muy abundante y la enumeración de ella abultaría en exceso esta publicación.

Entrevistas

Raquel Arciniega, Psicóloga de la PUCP.

Ethel Bazán, Médico-psiquiatra de la UNMSM.

Ana María Cabello, Psicóloga de la PUCP.

Elsa Felipa, Médico-psiquiatra de la UNMSM.

Leonardo Higuera, Psicólogo de la PUCP.

Pierina Liberti, Psicóloga de la PUCP.

Francisco Miró Quesada, Filósofo y Periodista.

Rosario Panes, Psicóloga de la PUCP.

José Sánchez García, Médico-psiquiatra de la UNMSM.

Max Silva, Médico-psiquiatra de la UNMSM.

Manuel Zambrano, Médico-psiquiatra de la UNMSM.

Para canjes dirigirse a:

Canjes-Biblioteca Central
Atención Sr. Raúl Sifuentes
Pontificia Universidad Católica del Perú
Apartado 1761
Lima - Perú
Telf: 511 462 2540 Anexo 256
Fax: 511 461 1785
Correo Electrónico: canjes@pucp.edu.pe

La *Revista de Psicología* se terminó de imprimir en el mes de abril de 1998,
en los talleres de Servicio Copias Gráficas S.A. (RUC: 10069912),
Jorge Chávez 1059 Lima 5, Perú.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL

REVISTAS

EDICIONES ANUALES

Anthropológica

Suscripción	US\$	14.40
Número suelto	US\$	18.00

Envío aéreo certificado:

América Latina	US\$	14.42
Canadá y U.S.A.	US\$	17.50
Europa	US\$	19.80
Asia y Africa	US\$	22.88

Envío vía superficie a cualquier destino:	US\$	5.00
---	------	------

Boletín del Instituto Riva-Agüero

Debates en Sociología

Derecho

Espacio y Desarrollo

Pensamiento Constitucional

Suscripción	US\$	14.40
Número suelto	US\$	18.00

Envío aéreo certificado:

América Latina	US\$	8.00
Canadá y U.S.A.	US\$	9.50
Europa	US\$	10.50
Asia y Africa	US\$	12.00

Envío vía superficie a cualquier destino:	US\$	4.00
---	------	------

EDICIONES SEMESTRALES

Areté

Economía

Educación

Histórica

Lexis

Pro Matemática

Revista de Psicología

Revista de Química

Suscripción	US\$	24.00
Número suelto	US\$	15.00

Envío aéreo certificado:

	Suscripción	Número suelto
América Latina	US\$ 9.00	US\$ 4.50
Canadá y U.S.A.	US\$ 10.00	US\$ 5.00
Europa	US\$ 11.00	US\$ 5.50
Asia y Africa	US\$ 13.00	US\$ 6.50

Envío vía superficie a cualquier destino:	US\$ 4.00	US\$ 2.00
---	-----------	-----------

REVISTA DE PSICOLOGIA

Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento de Humanidades
Apartado 1761, Lima 100, Perú
Telf: 51-14-622540 anexo 251
Fax: 51-14-611785

Periodicidad: semestral

Suscripción 1995 (2 números):

Perú: US \$ 19.20

Extranjero (envío aéreo certificado):

– América Latina: US \$ 28.20

– Canadá y USA: US \$ 29.20

– Europa: US \$ 30.20

– Asia y Africa: US \$ 32.20

SOLICITUD DE SUSCRIPCION A LA REVISTA DE PSICOLOGIA

Estoy adjuntando US\$ Cheque Giro

Periodo de suscripción: año

Nombre:

Dirección:

Ciudad:

Código Postal:

País:

Telf:

Fax:

Deseo que me envíe información sobre los números anteriores de la revista.

Remitir a:

Pontificia Universidad Católica del Perú

Fondo Editorial

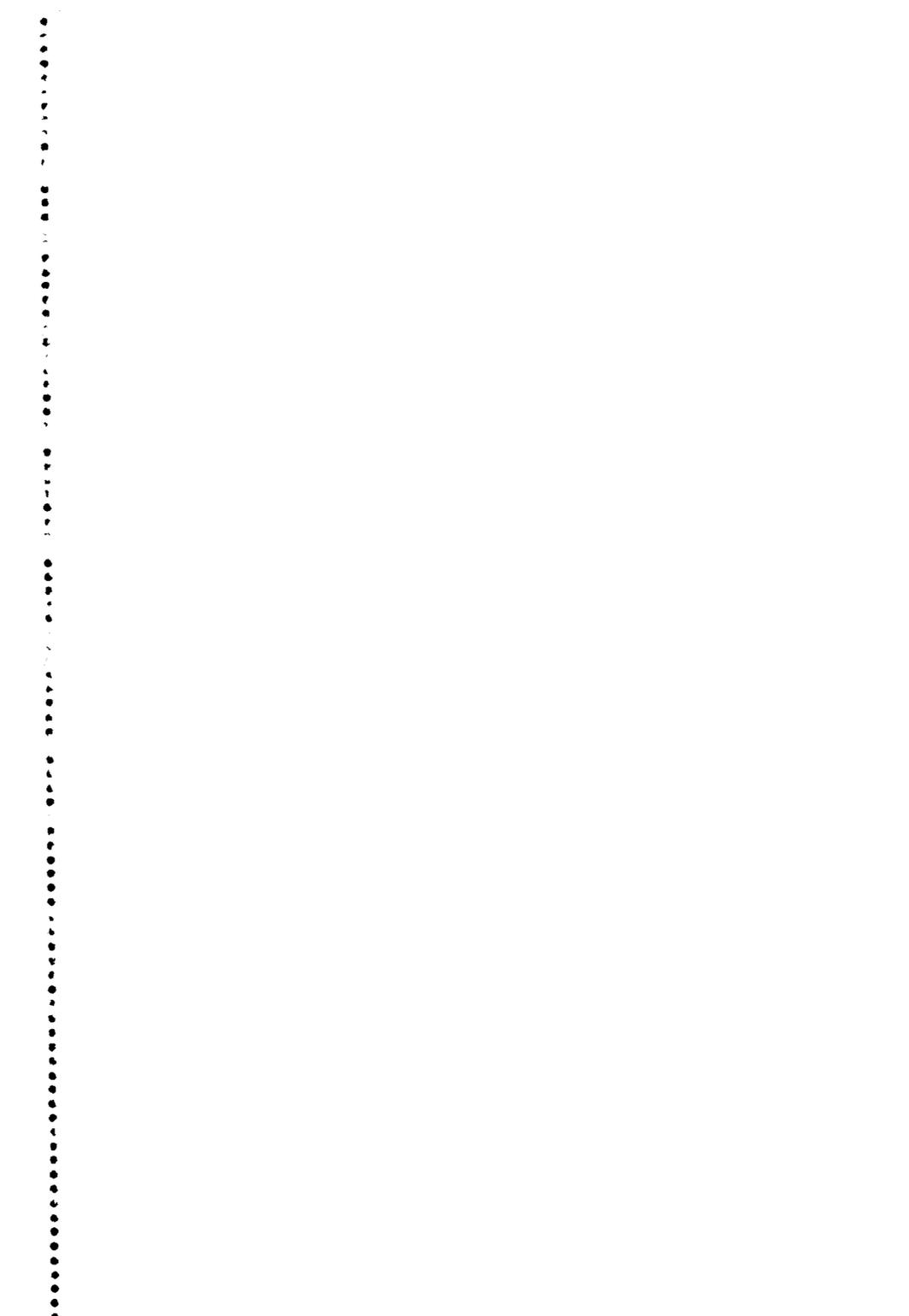
Apartado 1761, Lima 100, Perú

Telf: 51-14-622540 anexo 220

Fax: 51-14-626390

Correo Electrónico: cthorne@pucp.edu.pe

De preferencia remita su solicitud vía fax.



Las contribuciones (ver información para los colaboradores) deberán ser enviadas a: Cecilia Thorne, Sección Psicología, Pontificia Universidad Católica del Perú. Apartado 1761 Lima 100, Perú.

Información para los colaboradores

Objetivos:

La presente revista se propone publicar artículos originales relacionados con la Psicología y basados en trabajos de investigación empírica, teórica o aplicada. Asimismo, recibirá contribuciones en la forma de revisiones de literatura y reseñas bibliográficas; notas sobre temas de interés científico, ético y profesional; información sobre eventos de importancia para la Psicología y desarrollos institucionales en el Perú.

Las contribuciones serán seleccionadas en base a su relevancia teórica y/o importancia práctica. En general, antes que criterios metodológicos o epistemológicos rígidos, se considera el rigor con el cual se trata el tema.

Los artículos deberán ser inéditos y no estar considerados para su publicación en otra revista. No existen requisitos en cuanto a extensión. Sin embargo, se pide a los autores la reduzcan –también en lo que respecta al material gráfico– al mínimo necesario para analizar el tema adecuadamente. Las tablas, cuadros, gráficos, pie de página y referencias bibliográficas, deberán ir al final del texto sometido a consideración y el autor indicará el lugar donde serán colocados.

Las contribuciones serán publicadas en español con resúmenes en inglés. Se recibirá artículos en otros idiomas que el español y luego de ser aceptados se procederá a su traducción.

La aceptación o no de los artículos se hará sobre la base de los informes de dos miembros del Comité Editorial. De haber desacuerdo importante, se apelará a un tercer informe.

Los autores recibirán gratuitamente 30 separatas de sus contribuciones.

